

El delirio de los huevos del gallo

LUIS DARÍO BERNAL PINILLA



Fundación Editorial
elperroylarana

COLECCIÓN
los ríos profundos
serie **CONTEMPORÁNEOS**

los ríos profundos
Contemporáneos

El delirio de los huevos del gallo

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

Luis Darío Bernal Pinilla

El delirio de los huevos del gallo

COLECCIÓN 
LOS RÍOS
PROFUNDOS
Serie CONTEMPORÁNEOS

© Luis Darío Bernal Pinilla

© Fundación Editorial **El perro y la rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección:

Jenny Blanco

Gabriela Correa

Foto de portada:

Carlos Alfonso Bernal Pinilla, 2010

Título: *Montserrat, cerro tutelar de Bogotá.*

Edición al cuidado de:

Ybory Bermúdez

José Jenaro Rueda

José Rafael Zambrano

Raylú Rangel

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC 2018001568

ISBN 978-980-14-4266-0

La colección *Los Ríos Profundos* hace homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas y supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en la necesidad que lleva a hombres y mujeres a perpetuar sus historias y a dejar huellas de su imaginario. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Este espacio se abre a los representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran voces que suenan como piedras ancestrales y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido no toca. La colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* reúne obras que al pasar del tiempo se mantienen como íconos claros de la narrativa universal; y *Contemporáneos* ofrece las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Presentación y advertencia

Esta obra fue realizada a través de una investigación acuciosa en la zona de los hechos, relacionando y encadenando testimonios de individuos que tuvieron de una forma u otra la vivencia real de todas las situaciones narradas por el autor.

Se advierte que no existe relación y/o afinidad de ideología política del autor con el ideal de ningún personaje de esta obra, pero fue necesario este aporte fidedigno para dotarla del verdadero sentir y de las fundamentadas vivencias de sus personajes. Se les expresa a los lectores descripciones idénticas a las condiciones del ambiente social, el paisaje, las circunstancias, las costumbres y, lógicamente, el pensamiento ideológico. A las personas que se sientan vinculadas directa o indirectamente a la narrativa, el autor precisa categóricamente que no existe alternativa para el evento de perjuicio moral o físico de ninguna índole, por cuanto fueron cambiados los nombres y apellidos de los personajes, así como de lugares y fechas. Cualquier similitud con personas naturales, jurídicas o cualquier forma empresarial y de tipo jurisdiccional, se asumirá como total coincidencia. Con respecto a las personas de labor pública pasada o presente citadas en la obra, también el autor aduce que posee argumentos probatorios para demostrar que las afirmaciones fueron extraídas de fuentes mediáticas reconocidas o producto de casos juzgados que reposan en archivos judiciales.

*A la memoria de todas las víctimas
de la guerra en Colombia.*

*A todos los colombianos sometidos al
desplazamiento forzado, aquellos que
permanecen desprotegidos, olvidados
y sumidos en la pobreza.*

*A todos los que han sufrido la horrible
tortura del secuestro.*

A Javier.

*A la memoria del que fue mi mejor amigo
en la capital.*

*¡Habrá un futuro mejor algún día.
Un futuro de justicia y paz!*

... La democracia en Colombia se ha caracterizado más por la consolidación en el poder para su beneficio de una clase privilegiada, que por la representación de la voluntad, el querer y el sentir de un pueblo desesperanzado, limitado y sometido ante el miedo por el horror de la violencia...

ARTURO MUSKUS V.

*A Mery y Luis Alfonso,
Catalinito,
Carlos Alfonso,
Miriam Ramírez Méndez, a quien le debo buena parte de lo
que soy,
como ser humano y como escritor.
María del Carmen, Francis;
Clemencia, Patricia, Yulimar, Mery, Aydita, Lidya, Mirtha, Piedad
Ruffo, Josué, Ramiro, Roberto, Ildefonso;
en Cartagena de Indias, Caracas, Bakatá,
El Sombrero, Pasto, Popayán, Cali, Pasto, La Habana, Maracaibo.*

Capítulo primero

Después de muerto... para qué sombrero

Lo que más me impresionaba de Roberto era su manía de electrocutar mariposas negras. Con las de colores no se metía, porque era un esteta, decía él. Yo tenía trece años, y aún no sabía la semántica de su expresión pero, conociendo a Roberto, pensé por mucho tiempo que esteta era una grosería. Bueno, la verdad tampoco sabía en aquella época la semántica de la palabra semántica. No obstante, tenía que solidarizarme humilde y calladamente con él, o mejor con su letal divertimento vespertino (siempre lo realizaba al caer la tarde), porque los ritos importantes son amigos de la penumbra, decía el cruel adolescente chamán, cuando en lugar de mariposas negras, las cuales solo aparecían en el Barrio en vísperas de la muerte de un familiar, según afirmaba mi madre, Roberto ajusticiaba sin fórmula de juicio (después lo haría con guerrilleros, como mayor del Ejército) a cuanto ratón caía en sus manos.

Nunca le fue difícil aprovisionarse de víctimas. A una cuadra del parque (detrás de mi casa y diagonal a la tienda del Boyaco donde comprábamos Alimentón, y nos pertrechábamos de diminutas bolas de maíz millo para tacar las angostas bodoqueras de plástico y bombardear las nalgas regordetas de las mucamas que pasaban por nuestro teleobjetivo) había una reserva natural con la cual podría repoblarse de roedores el planeta; en caso de que estos miserables bichos estuviesen un día en peligro de extinción, y hubiese algún imbécil contrapapa que quisiese salvarlos y esparcirlos como quien reparte maldiciones *urbi et orbi*.

Bastaba tirar una piedra por encima de una pared de ladrillo que encerraba un lote de engorde (como si lo que engordara fuese el lote y no el precio que el avaro dueño iba ganando por mantenerlo virgen, sin construir) para que brincaran, hincando sus feroces dientes y agitando sus asquerosos látigos puntiagudos, decenas de bien nutridas ratas, sobre las ramas de un pasto que casi alcanzaba el borde del muro de tres metros de altura.

Nadie, ni siquiera Roberto (el Juan Sin Miedo del Barrio, el *putis boy* de la Westinghouse, el bacán de la cuadra, la última *Coca-Cola* del desierto, el papá de los pollitos), se hubiese atrevido a meter la mano en semejante arsenal de colmillos. Un palo de escoba, revestido de grasa, y un trozo de queso atado a mitad del camino de madera lograban que la presa cayera en poder del verdugo atrapada de patas y manos por efecto del sebo. De inmediato la repletaba de éter como anestesiándola para una alta intervención quirúrgica, con una jeringa que le había robado a su hermano agrónomo, y la espernancaba luego —con una solvencia profesional que envidiaría cualquier Triple H torturador, otra voz, cualquier Triple A, en el fondo son iguales de triples— sobre una fina red tejida en alambre y conectada por dos cables muy delgados a un primitivo sistema de baterías que se había inventado Jaime.

Jaime, El Ciro Peraloca de la gallada, luego de recibir Ph.D. en quinto elemental, decidió no desafiar más las fuerzas de la naturaleza, ni causarle más traumatismos a su cerebro, ni abrirle más agujeros al bolsillo de su padre, y dedicarse más bien, profesionalmente, a desentrañar el misterio eléctrico de cuanto radio, radiola, licuadora, televisor o nevera dañados había en el Barrio y en los alrededores. Además de que las personalísimas reparaciones de Jaime rescataban lo mejor de la herencia surrealista, y se adelantaban proféticamente al realismo mágico de los años siguientes, había que oírlo defender verbalmente sus arreglos frente a sus damnificados

18 clientes. Y era que la luz, con frecuencia, le mamaba gallo, como justificaba él, ante algún aterrado, enberracado, emputado, arrecho dueño de casa que al ir a prender el televisor, intervenido por Jaime, comenzaba a escuchar por el parlante del aparato, *¡in crescendo!*,

¡mamma mia!, un ensordecedor rugido de terremoto cuando no un romántico y sugestivo piar de pajaritos. O veía a su licuadora brincar, cual si tuviese epilepsia, repartiendo generosa, como rociador de jardinería, marrones chorros de jugo de guayaba por todas las paredes de la cocina. Aún recuerdo el novedoso *look* de Chucha, la empleada de la casa de los Muñoz, de quien aseguraban, por su arrugado rostro jurásico, que había nacido de sesenta años y no había pasado jamás de esa edad, cuando por semanas tuvo que lucir su ojo derecho a lo Moshé Dayán, luego de que la tostadora restaurada por Jaime se convirtió en catapulta posmodernista, y comenzó a disparar incandescentes pedazos de pan tostado contra la cara de la empavorecida mujer quien, luego del imprevisto bombardeo de jamón y mantequilla, agarró tal miedo visceral al aparato que jamás volvió a usarlo; a pesar de las posteriores reparaciones realizadas en talleres de reconocido prestigio en el sector, es decir, en los de la competencia de Jaime, quien nunca logró encontrar el justo medio a sus reconstrucciones técnicas. “Todo o nada” era su lema. Como cualquier tahúr, Jaime era un hombre de principios y de finales, pero jamás de medios.

Recuerdo la noche de la fiesta en la casa de la familia Romero (en donde siempre nos cobraban alguna pequeña contribución para “poder atender mejor a los muchachos”, decía la dueña, cuando en verdad era para cuadrar su mermado presupuesto doméstico) que terminó en un monumental zafarrancho porque el equipo de sonido, reformado por Jaime, invertía inexplicablemente las revoluciones de los discos, y mientras Elvis Presley resultaba cantando el *one a rock, two a rock, three a rock clock* como si fuese un vals de Julio Jaramillo y los boleros obligados, acaramelados, torturantes pero deliciosos, que a regañadientes permitía la señora Romero para que los que empezaban a enamorarse pudieran acercarse hasta el límite de sus respiraciones y de sus partes no santas, comenzaron a sonar como si estuviesen cantados por Bill Halley y sus Cometas, a unas velocidades que invitaban a todo menos al recogimiento amoroso.

Pero nuestro *Ciro Peraloca* no se intimidaba con eso, ya que advertía, cuando no encontraba otra excusa, “son gajes del oficio”.

Como si a los ingleses, con todo y su orgulloso imperio y su flemática disciplina, no se les hubiera hundido el Titanic. Y eso si que fue grave, carajo, porque, enfatizaba Jaime, después de muerto para qué sombrero. Y seguía, mientras recuperaba clientes, inventando aparatos rarísimos que cambiaba por relojes, encendedores, llaveros, o aguardiente en las tiendas. Cuando no por un poco de billetes con los cuales invitaba a las mucamas, cachifas, canastos, cholitas, cebollitas, sirvientas, empleadas del servicio doméstico del Barrio, al Encanto, al Roma, al Alcazar, al María Luisa o al Tirso de Molina, a morboséarselas en el rincón más oscuro de aquellos populares cinematógrafos.

Entre tanto, en la pantalla, Cantinflas le mamaba gallo a medio mundo e inauguraba, con su hablado entrecortado y surreal y su caminado saltarín, un nuevo concepto de humor y sensibilidad en el continente; Pedro Infante y Luis Aguilar huían de los latigazos de la Sarita García o de los coscorriones de Fernando Soler; la Flaca Vitola se enamoraba largamente del enano Tun Tun; Arturo de Córdoba se burlaba del pretendiente de Sully Moreno, un burguesito pretencioso y cobarde de nombre Pericles pero de apellido simplemente Pérez; el Enmascarado de Plata se enfrentaba a tiestazos con la momia azteca o con Los Tigres del Ring; el Águila Negra desafía entuertos de los buitres del infierno y Enrique Rambal gritaba desesperado en *El Mártir del Calvario*, para que los romanos con cara de mariachis lo desclavaran de la cruz: “Padre mío, por qué me has abandonado”.

Cuando Roberto acercaba los cables a los extremos de las pilas de aquel equipo mortal inventado por Jaime, el inmundo mamífero saltaba en su sitio. Se inflaba como una bomba de caucho esponjando toda su animalidad negra, (Roberto las prefería oscuras para calmar sus apetitos racistas) hasta *blow up* en su interior, produciendo un sonido que Roberto esperaba sádicamente impaciente.

20 Aun siento hoy —luego de treinta y cinco años— los insoportables chillidos terminales de muchas ratas. Y se me confunden en el recuerdo, con los gritos de satisfacción que soltaba Roberto frente a sus víctimas, después de cada ajusticiamiento. Luego, yo invitaba

a roscón con Kolcana o a posesionarnos de la tapia de la casa del doctor Muñoz —la conciencia crítica del Barrio, quien nunca tragó entero en política, cofrade que alternaba sus investigaciones científicas particulares con pacientes en el consultorio y algunas clases en la universidad, y combinaba las finas corbatas francesas con unos relucientes zapatos y un buen *whisky*, con el cual soportaba la nostalgia de sus lejanos años de estudiante de Medicina en Montpellier, durante la Segunda Mundial, como llamaba coloquialmente a la guerra de 1939—, desde donde, dueños del mundo, nos dedicábamos a despellejar con la lengua y la imaginación a cuanto transeúnte se nos atravesaba, o a saborearnos con las nalgas, los senos o las piernas del contingente femenino que cada día iba engrosando las apetencias sexuales de nuestra recién estrenada adolescencia.

Así todas las jornadas de vacaciones. O los fines de semana. O simplemente cuando nos daba la gana, hasta el momento en el cual el hambre empezaba a ahorcarnos las tripas y daba orden de retirada. Entonces, sumisos a nuestros jugos gástricos, enfilábamos hacia las casas a reponer la humanidad. O a escoger la hebra bacana para impresionar en la fiesta, que comenzaba cuando la patota del barrio invadía la sala anfitriona de la señora Romero, de *sweaters* César Costa; copetes Enrique Guzmán repletos de fijador Palmolive y medias blancas, pantalón oscuro, marica seguro, secadas de afán o planchadas luego de una retahíla de madrazos, por las mucamas, muchachas, sirvientas, sus mercedes, por no tenerlas listas cuando a nosotros se nos daba la gana. Pero los que no podían faltar eran los Tres Coronas. Los mocasines bacanos para azotar baldosa, como los que usabas aquella noche que quisiste robar a la muda o violarla en el baño. Porque la verdad nunca se supo si lo que tratabas de abrirle era la cartera o las piernas, ya que se armó un zaperoco de los mil demonios cuando la señora Romero, siempre tan moralmente inmoral como todos los que de tales suertes hacen epopeya, trató de echarle una miradita al inodoro del segundo piso para ver si todavía estaba orinable. Y vio que salías sudoroso del forcejeo o del susto porque te habían pillado. Y al entrar al mingitorio se dio cuenta que la mudita lloraba a mares sin poder decir ni pío, porque estaba en

shock y porque ella era de verdad sordomuda y tú, un hideputa, para ser castizos. Sí, tú, no te hagas el de la vista obesa, pues desde que aterrizaste en el barrio fuiste siempre un advenedizo, gordito grasoso y medio maricón que tumbabas a todo el que se te acercaba, como cuando me afanaste mis patines nuevos Hudora Rueda Roja con el cuento del candado que dio un brinco y quedó parado. Y yo, como un huevón, esperando por meses a que me los devolvieras. Pero nunca lo hiciste. Y era que lo único que realizabas a cabalidad, bolita degenerada, era bailar bien. Y mira que al diablo no hay que negarle su infierno y tú le sacabas chispas a cualquier tablado, mientras te ibas arrimando a la víctima hasta brillar hebilla, y ella a cien por hora. Pero lo hacías más por espectáculo y por apantallar que por deseo, ya que jamás se te vio una hembra en serio. Y lástima que fueras una mierdita porque hasta simpático te veías cuando bailabas, a pesar de que, como dice la canción, se me olvidó tu nombre. Solo sé que te llamábamos Ruchuchui, el vanidoso, el que andaba sin cinco en el bolsillo pero eructando pollo y hablando con obsesión de un hermano que era como el Halley, pues solo aparecía por el barrio de tarde en tarde con su pinta de Pedro Navajas del Quiroga.

Entre tanto, nosotros seguíamos en el plató de esa película que hace treinta y cinco años filmamos interpretando cada uno su propia adolescencia. En medio de la escenografía de aquella década caótica en la cual lo único claro era que nada era claro en el mundo, en el pensamiento ni en nuestras vidas.

Menos en la cultura, pues mientras Jean Paul, carajo, qué confianza, renunciaba al existencialismo que había preconizado toda su vida desde las más variadas tribunas y le hacía tremendo pisto-lazo al Premio Nobel de Literatura, otros se arrastraban intrigando por recibirlo. La verraquera intelectual de Sartre —insólita en estos potrereros, que lo llevó a lanzarse a las calles de París a sus sesenta años a vender periódicos maoístas porque le pareció que el gordito presidente Chino había hecho más por la humanidad que el señor Husserl y sus conmitones de la fenomenológica angustia— nos dio una lección de honestidad que yo jamás he olvidado. Pero en aquellos días, aún creía en los huevos del gallo. Y confiaba, con la

majestuosa candidez e ignorancia de mis trece años, en el Glorioso Partido Liberal. Y en su florea, populista y engañosa ideología libertaria, heredada de mi padre. Lo mismo que su ingenua forma de ver el mundo.

Recuerdo que mis cristianos sentimientos de justicia terminaban siempre mal feridos, cuando yo, iluso quijote adolescente y chapineruno, me estrellaba contra los molinos de viento de una sociedad que acababa de salir de su última tragedia para entrar en la siguiente, y contra los comportamientos de mis avispados compañeros de Barrio que, mayores que yo, empezaban ya a especializarse, y de qué manera, en la faena más difícil pero también la más gratificante del mundo: vivir.

Capítulo segundo

Con el rostro cortado por la rabia

—Oiga, hermano, dízque al doctor T. T. está que se lo lleva el putas.

—¿Ya le llegó la notificación?

—Pues, claro, desde las ocho y media. Y la Mariela me chismo-seó que el hombre cambiaba de colores como un semáforo.

—¿Se imagina lo asoleado que debió quedar al pillarse al compita Pinilla con nosotros?

—¿Asoleado? Hummmm. Si cuando lo vio en la lista casi se traga las gafas. Temblaba de la rabia cuando la Mariela le alcanzó a escuchar entre dientes, refiriéndose a Pinilla: “Ese es mucho hijueputa”.

—Hola, ¿y a todas estas la Mariela qué pitos toca?

—Qué va, hermano, esa vieja es buena para lo que sabemos, pero en estas vainas es más voltearepas que el carajo. No es sino que a uno se le suelte la labia y más se demora en oírlo que en soplárselo al T. T. Para mí que el T. T. le está haciendo el favorcito. En cambio a uno no le tira ni un hueso.

—Y, por ahora, mejor. No va' y se indigeste. Acuérdesse, hermano, lo que nos advirtió el man de la federación. Hay que andar abusados. La empresa se va a agarrar de cualquier vainita para jodernos. Así, maestrito, que amárrese la bragueta o cañoneé para otro lado.

Gil y Aníbal soltaron una carcajada que, a pesar del estridente traque-traque de las máquinas plegadoras, levantó la cabeza del Director de Talleres. Desde muy temprano andaba clavado en

su calculadora. Era catorce y la nómina debía estar terminada esa misma tarde. Eso le impidió a Hitler, como lo llamaban todos en Talleres, acercarse a ellos y amenazarlos con ensuciarles su hoja de vida. Solo pudo lanzar, sobre los comunicativos linotipistas, una teatral y ridícula mirada que causó más hilaridad que temor en el par de operarios.

El pequeño y macrocefálico dictador de Talleres, siempre amarrado por un grueso cinturón que terminaba en una enorme esvástica que hacía las veces de hebilla y embutido en una morada camiseta que forraba una ofensiva musculatura cultivada, según él, en West Point, volvió a meterse íntegramente en sus registros de horas extras.

—¿Sí vio cómo nos miró ese manteco? —exclamó Gil con mofa, mientras contaba las líneas de una página que había concluido.

—Déjelo, déjelo, que ese piojoso no se imagina lo que le corre pierna arriba. Prontico se le va a acabar su campo de concentración.

—Mire, hermano —advirtió Gil a Aníbal, señalando con los labios la parte alta de Talleres.

Por el borde de la escalera apareció de pronto T. T. con la cara cortada por la rabia. De tres brincos acabó la distancia que lo separaba del primer piso. De un salto se montó en la tarima, en donde Hitler continuaba pegado a sus anotaciones. Mostrándole unos papeles que Hitler miró sorprendido, T. T. manoteaba sobre la cabeza del amoratado Director de Talleres como si quisiera pegarle al mundo.

Hitler se rascaba la nuca con nerviosismo, mientras hojeaba la corta pero contundente comunicación ministerial. En forma repentina, como si obedeciesen al pistoletazo de una carrera de velocidad, ambos dejaron el estrado y remontaron la escalera hasta perderse detrás de la puerta de la oficina de subgerencia.

26 Remolinos de operarios comenzaron a formarse, primero disimulados y silenciosos, y luego abiertos y ruidosos, en los cuatro extremos del local, cuando la secretaria de Talleres ascendió cadenciosamente la escalera, volcando sobre decenas de desorbitados

ojos masculinos, la desafiante y provocativa redondez de su culo monumental.

Las máquinas continuaron funcionando al garette durante algunos minutos hasta cuando la Carnuda, lugarteniente de Hitler, volvió a aparecer, ahora con aire congestionado, tomando con rapidez unos papeles del escritorio de su jefe y subiendo de nuevo al segundo piso.

Las oficinas de Personal y Subgerencia estaban invadidas de ejecutivos, secretarias y documentos que desplazaban de un lado a otro, al ritmo de las películas del cine mudo, mientras en el resto de la empresa la expectativa iba creciendo a medida que se acercaba la hora del almuerzo.

La pequeña cafetería, donde seis aseadoras instalaban cada mañana su cuartel general de chismografía, estaba repleta de secretarias de todos los departamentos. Con el pretexto de tintos y aromáticas para sus jefes, acudían allí, ávidas de conocer los pormenores de lo que sucedía para divulgarlo, de oficio, por toda la empresa.

Mariela, la secretaria de Personal y quien había recibido el bombazo de la comunicación oficial, se había convertido en un orgulloso, curvilíneo y autosuficiente correo electrónico ambulante. Consultada por todo aquel que se iba topando a lo largo de sus desplazamientos, la asistente de T. T. era solicitada sin descanso por los jerarcas de la Compañía que en Subgerencia simulaban un cónclave que elegiría finalmente la estrategia empresarial.

—Hay que sacar a Pinilla. A las culebras se las mata por la cabeza —propuso Hitler con suficiencia, ocultando sus dientes aindiados entre unos labios extensos y batrácicos—, ese tipo es medio comunistoide y...

—Y eso sería una locura en este momento —agregó Grenada Belfón rapándole la palabra—, no podemos decidir a la ligera. No se olviden que Pinilla tiene fuero sindical como los demás fundadores y eso lo protege... —concluyó con malicia el subgerente— por ahora.

—Ese doctorcito tiene acogida en Talleres —masculló el gerente de Contabilidad apartando la mano izquierda que siempre llevaba

pegada a la boca—, echarlo lo convertiría en mártir y traería más afiliaciones —sonrió amaneradamente, justificando el sobrenombre de Calígula que le tenían sus subalternos—, además valdría mucha plata.

—Alvarado tiene razón —afirmó T. T. Es necesario primero frenar las afiliaciones. Ya tendremos tiempo de ocuparnos de Pinilla —puntualizó recordando con rabia que él lo había recibido en la empresa—, y de sus compinches de Redacción.

—Nos resultó subversivo su Departamento —soltó con ironía Hitler sobre la cara del doctor Garza. La respuesta del ofendido director de Redacción, que miró a su colega de Talleres con inocultable fastidio, quedó en el aire ante la intempestiva entrada de Mariela a Subgerencia.

Haydémelo, como habían bautizado de manera gráfica en Talleres a la secretaria de Grenada Belfón, fue enviada a vigilar la planta de producción. Pretextando el traslado de una colección de revistas económicas; la huesuda, coqueta y dadivosa auxiliar de Subgerencia, se paseaba de un extremo a otro del pasadizo olisqueando con disimulo cualquier conato de pérdida de tiempo.

—Si sospecha, hermano, la enverriondada de Caldo Livias cuando le echen el cuento —comentó Aníbal terminando el cabezote de una revista gerencial que rezaba “Diez Consejos Prácticos contra el alcoholismo de los Ejecutivos”.

—Hummmm, ... sobre todo por el jefe —comentó Gil señalando a Antonio Madrid, el viejo y experimentado cajista pastuso que embebido en sus plomos y como si nada estuviese pasando no alzaba la vista de su mesa— no ve que el compa presidente y el viejo Caldo Livias son amigos.

—¡Qué amigos ni qué carajos! —reaccionó Aníbal—, está en la olleta, maestro, si cree que un ricachón de esos va a ser amigo de cualquiera de nosotros. No me diga que también cree en la virginidad de su abuela —terminó Aníbal.

—Bueno, bueno, sea lo que sea Caldo Livias debe estar berraco con el jefe y puede tirar a joderlo —dijo Gil de manera cortante, tratando de sacarse de encima las burlas de Aníbal.

—Y usted, ¿qué se imagina, maestrico, que nosotros somos mancos? —repuso Aníbal con seguridad—, además, al jefe no lo sacan a la bulla de los cocos. El compa Madrid lleva como quince años trabajando en esta jaula. Eso les costaría un chichonerón de plata y el corazón de estos hijueputas es una alcancía.

Gil no tuvo más remedio que acompañar a su colega en una estrepitosa carcajada que llamó la atención de varios operarios preocupados por las zancadas de Haydé a lo largo del corredor del segundo piso.

—¡Mire, compadre, la flaca Haydémelo parece un guachimán de la Modelo! —comentó Aníbal—, la madre si no la mandaron a que nos pistiara —agregó relamiéndose—, así me chuzara me la papiaría.

—Siii —contestó pensativo Gil, ajeno a la última expresión de Aníbal—, la marea como que está empezando a subir —añadió para sí.

—Bueno, hermanito —aplaudió Aníbal mirando el reloj—, acabe esa vaina y prepárese que ya van a ser las doce y media. No olvide que tenemos cita en el chuzo de la esquina —precisó en tono fanfarrón recordando que había sido elegido cabeza de la Comisión de Propaganda.

El timbre de Talleres, que se disparaba durante un largo minuto a las doce y media y a las seis de la tarde, empezó a chillar. Como atraídos por el imán de la curiosidad, salían de los cuatro costados de la planta decenas de operarios engrasados, secretarias cuchicheando y mandos medios arreglándose las corbatas, afanados todos por el deseo de intercambiar opiniones sobre la vacaloca que había rodado por toda la empresa desde las ocho y media de la mañana.

Algunos operarios y uno que otro empleado se dirigían con prisa a la Cafetería de la Avenida de las Américas habilitada *ad hoc* como comedor a la hora del almuerzo. Allí se encontrarían con Pinilla. Los de cuello blanco, así llamaban en la empresa a la gente de oficina, se encaminaban a diversos restaurantes de la zona,

mientras los carros de los ejecutivos arrancaban hacia los exclusivos salones de las inmediaciones del Club Militar.

Tan solo la oficina de Subgerencia continuaba con vida, indiferente a la hora. Pinilla se colocó con lentitud el saco mientras lanzaba una panorámica mirada a los Talleres que poco a poco iban quedando en el más absoluto silencio. Caminó al lado de su secretaria hasta la punta de la escalera y descendió sin demora a tomar el garaje que lo separaba de la calle, encontrando a varios trabajadores de planta que pugnaban por marcar sus tarjetas de salida.

A diferencia del resto de ejecutivos, Pinilla no caminó hacia las Américas. Recorrió en silencio las dos cuadras que lo llevaban a la tienda-restaurant. Más de quince sindicalizados lo recibieron con alegría, tratando de ocultar el nerviosismo, con burlas y chistes, sobre las directivas de la empresa.

—Bueno, compas, ¿cómo ven la situación? —comenzó sin preámbulos Pinilla, sentándose en el primer espacio que encontró.

Sus palabras vadearon con dificultad los malabares que realizaba la dueña del restaurante con una bandeja llena de platos de cuchuco de trigo. Era la especialidad de los lunes y la mujer no se molestaba en preguntar qué querían. Una vez veía en la esquina de su establecimiento la patota de trabajadores de la empresa editorial, sus clientes habituales, comenzaba a servir la hirviente sopa coronada por espinazo de copartidario, ¡y ay de que alguno no se comiera su prestigioso manjar! Tenía que vérselas con la afilada lengua de la mujer, más famosa en la zona que sus deliciosas sopas.

—Yo creo que la cosa se está poniendo buena... —exclamó Aníbal, excitado por la chiva que creyó iba a dar. Mariela me soltó que Caldo Livias había cortado su gira por Medellín y que pensaba volver muy pronto a Bogotá.

—Por lo menos los estamos haciendo parir borugos —dijo uno de los cortadores.

30 —¿Pero aún no ha llegado? —preguntó Jairo, el secretario de la organización.

—Ya llegó... y es posible que a esta hora ya esté en la empresa —aseguró Antonio Madrid a Jairo. Cuando sonaron las doce me

llamaron de Personal por un dato de mi trabajo y Mariela me confirmó, luego de decirme que me había metido en la grande, que Caldo Livias acababa de llamar de El Dorado y que venía de inmediato para acá.

—Mejor dicho, ahora sí se va a armar la gorda —repuso Amanda en tono asustado.

—La gorda ya se armó y es ahora cuando comienza nuestro trabajo, compañeros —miró Pinilla a su secretaria. A partir de este momento hay que tener mucho cuidado. Nadie debe dar motivos para que lo sancionen. Laboren como si no estuviese pasando nada, pero atentos a todo y, sobre todo, procuren cuidar la lengua —miró con intención a Aníbal convocando la carcajada del grupo.

—¿Qué harán? —indagó preocupado Gil, dejando a mitad del camino la cuchara sopera.

—Ya comenzaron. Por lo menos conmigo —contestó Pinilla al linotipista. Grenada me ordenó terminar la revista de Jurisprudencia antes del fin de semana y desea revisar personalmente todos mis originales. No quiere que bajen a Talleres sin su aprobación.

—Tienen miedo que les sabotee las revistas —sentenció sonriente Madrid.

—Así parece, presidente —continuó Pinilla—, pero lo importante no es lo que ellos hagan sino lo que logremos nosotros. Necesitamos gente. Mucha gente. No somos sino treinta y cinco y...

—¡Treinta y seis!... —lo interrumpió Aníbal, parándose y ondeando con orgullo, sobre varios platos de sopa desocupados como si fuese la bandera nacional, una hoja de afiliación— esta mañana le agarré la firma a la gorda Esperanza, la de cafetería, y me prometió que iba a convencer a las otras.

—Buena esa, pelaíto —le gritó Franco, el único sindicalista del Departamento de Ventas, cuando sus compañeros se botaban encima de Aníbal, despeinándolo y abrazándolo como si acabara de anotar un gol en la final de la Copa Mundial.

—¿Ya pasó la hoja a Personal? —le interrogó Pinilla alzando un vaso de Coca-Cola.

—Nooooo —titubeó—, pero apenas entremos se la voy a llevar a Mariela —contestó turbado Aníbal, entendiendo que había cometido un error.

“Ojalá no le haya contado a nadie”, pensó en voz alta Pinilla frunciendo el ceño. De inmediato cambió de expresión y dijo:

—Está bien ese entusiasmo, compitas —(no quiso hacer sentir peor a Aníbal)—, pero no olviden que toda afiliación deben comunicarla de inmediato a la empresa. Cualquier descuido y un compañero puede ir a parar a la calle.

Luego de unos instantes que gastó tomando el último sorbo de gaseosa, Pinilla sacó dos hojas de afiliación y leyó en voz alta los nombres de Julio, el mensajero de Redacción y de su compañera ejecutiva, la doctora Luz Helena finalmente entregó las hojas al secretario.

—¡Viva el Departamento de Redacción! —gritó Aníbal empuñando una bretaña.

—¡Viva! —corearon todos, hasta la mujer del restaurante que no se había perdido una coma de la conversación. Todos la miraron sorprendidos, pero ella los calló cuando les dijo:

—Tranquilos, amigos, que yo soy una tumba... Además, bien hecho que le hagan sindicato a esos miserables. No crean que me olvido de cómo botaron a mi esposo como a un perro porque no se dejó joder del desmirriado jefe de Personal. Cuenten conmigo para lo que quieran.

—Ahora solo falta Rosalía —afirmó el Flaco Vidal, el tesorero.

—No, Mono, Rosalba es una cepillona —intervino Amanda sin ocultar el resentimiento con su compañera —ella está con la empresa. Toda la mañana no ha hecho más que sermonearme. Y no me ha dejado respirar. Me ha puesto a pasar a máquina un juego de cartas y órdenes de trabajo que no se necesitan hasta la semana próxima.

32 —Sí. Rosalba es nuestra enemiga. Y de las más peligrosas porque la empresa confía en ella y tiene arrastre entre la mayoría de las secretarias —enfaticó Pinilla mirando el reloj—, bueno,

compas, ya es hora. No olviden lo que hablamos —terminó levantándose de la mesa.

—Tranquilo, compa, que no les vamos a dar papayita para que nos jodan —aclaró Aníbal, eufórico de nuevo.

—Papayita, la de la gorda Esperanza, ¿no es cierto? —comentó lascivo un cortador acercándose al linotipista, mientras ilustraba gráficamente sus palabras con un gesto obsceno de sus manos.

—Usted sí, hermano, es más dañado que agua de florero —repuso Aníbal tapándose la cara con teatralidad, en medio de las carcajadas de los que abandonaban en ese momento el pequeño restaurante.

El sonoro tableteo de las máquinas plegadoras volvió a inundar el ambiente. Una circular de Gerencia, repartida después del almuerzo y leída por todos, era el tema de conversación. Redactada en un lenguaje rimbombante que denunciaba la mano del jefe de Personal, la comunicación patronal de prohibiciones y amenazas a los afiliados, salpicada de artículos del *Código Laboral*, terminaba en un meloso llamado de lealtad a la Compañía.

El ambiente de tensa tranquilidad que vivía la empresa luego del mediodía, y que parecía iba a prolongarse hasta el timbrado de las seis, se rompió de pronto. Un selecto comando de ocho secretarías ejecutivas inició poco antes de las cinco un ágil operativo que cubrió en minutos todas las secciones, solicitando a todos los trabajadores congregarse en la planta para una reunión urgente con el gerente. El timbre de la tarde sonaría una hora antes de la acostumbrada.

Al intentar comunicarse con sus compañeros de Junta Directiva para trazar alguna estrategia sindical, Pinilla descubrió que los teléfonos internos estaban inutilizados o intervenidos y descartó de plano la posibilidad de acudir a la línea roja de los gerentes, única que seguía funcionando al interior de la empresa.

Con la circular en la mano, Pinilla giró su silla hacia el vidrio que daba a Talleres y decidió bajar allí para contactar siquiera al presidente Madrid. Seleccionó algunos originales de trabajo que justificaran su presencia en la planta. Al disponerse a salir, un

desa-sosiego se apoderó de pronto de Pinilla. Hitler y T. T. charlaban en forma animada con algunos cortadores al pie de la escalera, a unos pasos del Presidente. Ya no era prudente abandonar su oficina, pensó preocupado.

Las máquinas empezaron a silenciarse poco a poco y los corrillos de la mañana revivieron en torno a varios directivos sindicales, en los rincones, a la entrada de los baños y en los corredores de los *vestiaires*, ante la inminencia de la concentración. Cuando el timbre sonó, Pinilla comprendió, recostado en su silla, que tendría que enfrentar, él solo, la andanada empresarial. Estaba seguro de que el gerente lanzaría sobre él toda la responsabilidad de la fundación del sindicato.

Una puñalada de sudor, frío y punzante, inundó las espaldas del joven abogado.

A medida que caminaban los minutos, los departamentos se iban desocupando. Los empleados se acomodaban los sacos. Las secretarías se perfilaban, coqueta y rápidamente, los labios, como si fuesen a asistir a un *cocktail*, y algunos operarios luchaban con la grasa en los lavamanos. Las puertas se abrían y cerraban sin descanso, alimentando el singular desfile que convergía con expectativa hacia Talleres. Estos se fueron colmando de empleados de todas las secciones mientras Haydé dirigía, con aire triunfal, sus últimas miradas vigilantes sobre el novedoso escenario editorial.

Al abandonar Caldo Livias la Subgerencia —encabezando el grupo que con Grenada Belfón, Alvarado, Hitler y T. T. se instaló inicialmente en lo alto de Talleres—, un silencio inconsciente se apoderó de los trabajadores que veían aparecer a sus jefes como a los indios en las colinas de las películas del *far west*. Rodeado de ejecutivos, el Estado Mayor Conjunto de la empresa descendió a la planta.

34 Del otro lado del pasadizo, surgió en ese momento Pinilla. Caminando al lado de sus compañeros de Redacción y de su fiel secretaria, este grupo completaba la escena del curioso enfrentamiento. Sus protagonistas, en lugar de jeans y chaquetas de cuero

desfleçadas y olorosas a pólvora, acudían ataviados con elegantes mocasines y corbatas de colores diversos.

El pequeño grupo de Pinilla recorrió el largo corredor, acompañado de la mirada escrutadora de cientos de ojos que solo descansaron cuando el joven dirigente y sus amigos se instalaron al final de su trayectoria, frente a la baranda de la Dirección de Talleres. Detrás de ellos, de manera espontánea, se colocó el grueso de los sindicalizados. Como guardando las espaldas de sus líderes.

Cuando Caldo Livias comenzó su discurso, las respiraciones se paralizaron y algunos comentarios tardíos fueron acallados por las primeras frases.

El humo salía desordenado de las anónimas gargantas, diluyéndose con rapidez mientras trataba de alcanzar las claraboyas.

Minutos más tarde, amoratado, el enfurecido Caldo Livias gritaba como un loco.

Capítulo tercero

La madraza del sexo

Había entonces una mujer morena. Era pequeña. Menuda. Sensual. Hermosa. Luego de ti, me enamoré de ella. Tú la reemplazaste en el Conmutador. Ella fue siempre, en aquel sitio, menos evidente que tú. Ya me ocuparé algún día de ella. Cuando logre arrancarme esta telaraña obsesiva de añoranzas que me ata a ti. Y que me tiene atrapado en estas cuatro paredes. Pendiente de lo que arrastro de tu vida. Y de lo que resta de la mía.

En aquella época teníamos todo el futuro a la vuelta de la esquina. Y un agitadísimo presente. Ahora únicamente nos queda el pasado. O aquello que podemos recuperar de él. Porque la memoria es traviesa y hace lo que se le da la gana con los recuerdos.

En fin, todo comenzó al iniciarse la década del setenta. Atrás habían quedado los maravillosos años sesenta. Kennedy con un balazo en la cabeza y otro en la de su hermano. Jacqueline con varios miles de millones de dólares y un *background* de viuda buenísima sin presidente y sin precedentes en la historia. Un zapatazo de Kruschev sobre la tarima de la ONU casi rompe la bóveda de la organización mundial. Castro, como siempre, le había mamado gallo a los gringos en sus propias narices, con la Segunda Declaración de la Habana. Pero además, con el Che, alma y emblema de la dignidad de América Latina y con el pueblo cubano, habían vuelto puré la vanidad de Washington en Playa Girón. El ejército más poderoso de la tierra se revolcó como un cerdo en Bahía cochinos. Frente a él, una islita en forma de caimán se defendió con ganas y pistolitas de

juguete y dignidad. El negro Mandela, con su Congreso Nacional Africano y desde la cárcel, puso en jaque la miserable y racista política inglesa y sudafricana del *apartheid* y Kenyatta, el pájaro más sabio de África, había logrado independizar a Kenia del Imperio Británico. Los puños de Cassius Clay, ahora Muhammad Alí, enemigo a muerte de la brutalidad gringa en Vietnam y las palabras y acciones de Malcolm X, Angela Devis y Martin Luther King, habían golpeado la discriminación racial en los EE.UU. y logrado la igualdad de derechos. Marilyn, la majestuosa, la catedralicia, la diosa, la del sexo de fuego en el plató de la lujuria, la que astilló el bate de Di Maggio, hizo serpentinas con la sensibilidad de Miller y se papió a John Fitzgerald y a varias docenas de barbitúricos más, antes de entrar para siempre al hall de la fama y el recuerdo eternos, brille para ella la luz perpetua, nos iluminó con su lamparita el camino enseñándonos un nuevo mandamiento. El mandamiento de amar y amar y amar hasta quedar exhaustos de vida y listos, preparados para la muerte. Un minuto de silencio por la amante del siglo, la amadora, la madraza del sexo, la María Magdalena de Hoollywood, que fue concebida por obra y gracia de la Metro Goldwyn Mayer y nació del espíritu de la carne. Los Beatles, pelos, guitarras, botas, pantalones estrechos, habían patentado en un garaje de Liverpool una nueva manera de decir las cosas. Sus ritmos se habían metido en nuestros poros. Después de ellos, ahora Caballeros de la Orden del Imperio Británico, la sensibilidad sería otra. Mientras estos jóvenes, nuevos reyes del pop mundial, hacían crecer con su ejemplo los cabellos de los hombres por consejo de Astrid Kirchner; otra muchachita, diseñadora, británica como ellos y de nombre Mary Quant, revolucionaba el morbo masculino recortando el tamaño de los vestidos femeninos con la minifalda, desencadenando sobre el mundo una visión sin trabas de piernas de todo tamaño, forma y atractivo, en tanto el pop art y el op art agredían, con sus nuevas formas artísticas geométricas, las miradas del planeta, y el LSD entraba lanza en ristre contra las excitadas neuronas de una generación desenfrenada, pero ante todo informal, idealista y liberadora.

En ese momento, cuando muchos comenzábamos en América Latina a construir una nueva esperanza, una utopía igualitaria a partir de los logros de la Revolución cubana, llegaste tú.

Desde aquella mañana, cuando apareciste con una minifalda generosa, sensual y libertaria, a la entrada de la Recepción, las cosas, muchas, empezaron a cambiar. Sin duda le dabas un tono, un toque diferente y moderno a la empresa. Para la Compañía eras su nueva carta de presentación. Una especie de novedosa imagen corporativa. Una voz seductora a través del hilito del teléfono y una presencia atrevida que todos los hombres que llegaban a recepción querían ver de cerca, curiosar, piropear... Tu trono se convirtió, con el correr de los días, en el cuello de botella entre la Portería y el resto de las instalaciones. Nadie pasaba frente a ti sin parar un momento a detallarte. Las mujeres para hablar con envidia de tu éxito con los ejecutivos. Y los hombres para tener alguna esperanza. O simple y llanamente pretensiones, visiones, erecciones.

Tenías, para ellos, dos retos que convocaban, estimulaban, provocaban, arrechaban, enverriondaban, excitaban, al más imperturbable. A San Luis Gonzaga le hubieran echado a perder la vocación: unas piernas que te llegaban hasta el suelo, pero de manera diferente. Parecían elaboradas a cincel, talladas con el más delicado esfuerzo. No había un solo detalle que empañara su forma. Algún galanteador, trasnochado con un romanticismo tipo Gruta Simbólica, se ofreció a candidatizar a tus padres para el Premio Nobel de Arquitectura. Si bien este premio nunca ha existido, sí supe, mucho tiempo después, que tu primogénitor no era ajeno a la celebridad de tus extremidades inferiores. Jamás dejó que te arrodiaras, y cuidaba de ellas como si algún día fuese a presentarlas a concurso. Parece que esa era su intención si no hubieses torcido posteriormente tus pasos, tus piernas y tus ideas por mi culpa.

Lo que sí es cierto es que no tenías ningún falso recato de tus piernas. Sabías de su calidad perturbadora y las mostrabas con la mayor naturalidad. Como cualquier hombre enseña su cédula antes de los cuarenta años.

Tu segundo desafío era menos ampuloso pero más intrigante y devastador: unos ojos inmensos, llenos de azul, como si el mar hubiera inundado tus pupilas. Duros e inexpresivos, alimentaban más la curiosidad que la provocación... Jamás conocí una mujer con la mirada más fulminante. Parecía un cuchillo láser que hería por dentro sin que se pudiera conocer por donde penetraba.

Pero en el medio, no nos engañemos ni nos digamos mentiras, no eras la campeona. Ni siquiera hubieras ocupado un tercer lugar. Al podio de las elegidas por los mejores pectorales jamás hubieras subido. No eran feos, parecían duraznos en madrugada.

Pero muy de madrugada, porque eran avaramente pequeños. Parece que muy poco te sirvió la Pony Malta.

Por lo demás, no eras de esas bellezas plenas de sensualidad, que nos van corroyendo de a poco, a pedacitos. No usabas perfumes, ni manejabas un contorneo irresistible de caderas, ni jugabas con los labios entreabiertos levemente ensalivados, ni calculabas el movimiento del cabello en alianza con el viento. Nunca utilizaste artificios, sedas ni espejitos. Por el contrario, tu presencia era escueta, directa, fría, impenetrable, pero absolutamente contundente como los puños de Muhammad Alí.

La verdad es que desde que te vi el primer día supe que íbamos a subirnos en el mismo tren. No sabía en qué dirección pero ambos habíamos comprado boleto para el mismo destino. No obstante, si bien pasaba todas las mañanas revista a tu presencia, no estaba dispuesto a cometer la misma bobería de los ejecutivos y de los que posaban de tales, soltando amarras delante de ti. Sabía que lo único que no resistías era la indiferencia de los hombres, acostumbrada como estabas a espantarlos como moscas fastidiosas.

Yo tenía apenas veintiún años, un récord de amoríos juveniles nada despreciable y unas ganas de vivir que se me salían por los poros. Tú eras un trofeo importante para mi alma de jugador, pero
 40 quise ganarte con elegancia. Con el número mayor. Entrar por la puerta grande. Jamás fui en el amor ni en nada un tremendista. Por eso, preferí esperar hasta que tú misma me invitaras al ruedo. Y la verdad, no te demoraste. No resististe la andanada de insultos que

Caldo Livias me profirió desde la tribuna. Ni el prestigio que sus absurdas acusaciones contra el sindicato y contra mi persona me crearon en la empresa. Las mujeres inteligentes no resisten la estupidez. Y embestiste a tu manera:

—Por favor, señorita, puede darme una línea para llamar afuera —dije con mi mejor cortesía y distancia bogotanas, ajeno a cualquier intención. Desde la creación del sindicato, mis llamadas externas estaban vigiladas. Querían controlar mis posibles contactos con la FEDE.

—Claro que sí —me reconociste al rompe—, pero a cambio me gustaría que me dieras algo —agregaste con esa voz melindrosa que ponías cuando te daba la gana.

—¿Y yo qué te puedo dar? —reconozco que sin proponérmelo te tuteé al instante.

—Quiero que me regales un poema —agregaste de inmediato.

Por la empresa circulaba, sobre todo entre los afiliados al sindicato, un poemario que yo había publicado el año anterior, meses antes de terminar mis estudios de abogado. No era gran cosa, pero publicar un libro de poemas antes de cumplir los veintiún años constituía una proeza y un gran mérito en este país.

En mi caso, el gran mérito era tener un padre generoso y dispuesto siempre a avalar todas mis locuras, por muy poco rentables que fueran. Como ese poemario al cual ella se refería.

—¿Un poema? —me hice el loco, como si fuera la primera vez que escuchara esa palabra, mientras me inventaba alguna salida realmente original que me permitiera seguir conservando cierta distancia y misterio.

Ella, con esa sorpresiva petición que jamás imaginé, ya había empezado a tomar el timón de mando y yo no estaba dispuesto a permitirlo.

—Claro, no te hagas el tonto, un poema como los que tienes en tu libro —me respondió de inmediato, como si tuviera ensayada la respuesta.

Esa rapidez mental y la suspicacia que jamás abandonaría, empezaban a hacer más daño a mis planes que sus ojos

imperdonablemente azules y sus piernas de asalto. No soporto las mujeres tontas, así las inteligentes me provoquen en algunos momentos, sobre todo cuando no están de acuerdo conmigo y tienen argumentos notables, unos deseos locos de ahorcarlas; siempre prefiero un monstruo inteligente a un maniquí descerebrado. Además, con buena suerte, es posible encontrar términos medios. Con buena suerte.

—Mejor te regalo los del libro —contesté para salir del paso y tomar aire.

—Bueno, me das el libro primero y luego me haces un poema. Algunos me parecieron bellísimos, fuertes. Otros muy flojos, como para adolescentes —me contestó al rompe.

—Ah, la señorita, además de dueña de unos ojos preciosos, —brotó estúpidamente, y a mi pesar, el piropero que siempre fui— me salió crítica literaria —le solté casi con rabia y con la sospecha de que ya había caído en sus redes. O mejor, que quería caer en ellas. En su caso las redes parecían confundirse con sus piernas.

—No. Soy sicóloga... estudiante de sicología. Pero no soy idiota. Sé cuando un poema es bueno y cuando es pura palabrería romántica o panfletaria —terminó ahogando la voz como si alguien, que no debiera oír la frase, hubiera pasado a su lado.

—Bueno, te voy a enviar el libro —dije con aire de suficiencia y desprendimiento. Quería dar la impresión de que poco me importaba que fuera ella quien lo iba a recibir, recobrando, de manera idiota y ya tarde, el tono que siempre quise mantener. Por lo menos por ahora.

—No sea tontito —era la primera vez que usaba el término en diminutivo.

42 Luego, poco a poco, me acostumbré a escuchárselo a menudo. Tenía esa frase, salida de sus labios, un toque como de lástima, de condescendencia, pero también de burla. Cuando quería algo cuya ejecución iba a producirnos placer o satisfacción a ambos, usaba el “tontito”.

—Si fuera solo el libro lo que me importara no le habría dicho nada, ¿no le conté que ya lo leí? Quiero que me lo dé personalmente.

Dedicado, como se lo regaló al Flaco. Y que me haga un poema, además.

— ¿Qué otra cosita quiere?, para irme preparando —le dije—, porque esto parece un Pliego de Peticiones.

—Ahhh, ahora que lo nombra, quiero también que me explique qué es eso del Pliego de Peticiones que le estás presentando a la empresa. Perdón, que le están proponiendo a la empresa —corrigió, un tanto confundida. Pero de inmediato recobró la seguridad. No sé nada de sindicalismo y me gustaría que me dieras unas clases. Porque tú eres el experto en eso, ¿no es cierto? —terminó con un tono entre meloso e irónico.

—¿Por qué yo?, por qué mejor no le pregunta al doctor Grenada Belfón. Él es muy amigo suyo, ¿no es verdad? —lo dije con toda la intención, remarcando las palabras.

No solo porque sentía celos del subgerente, con quien la había visto varias veces partir de la empresa, sino por el profundo fastidio que me producía que quisiera utilizarme para pasarle información al hombre. No obstante, ella ya me había demostrado que no era tonta, y plantearme así, directamente lo del sindicato, no era nada táctico si pretendía oficiar de Mata Hari. Cuando me nombró al Flaco, además de enterarme por fin quién le había mostrado el libro, me dio preocupación que le diera tres vueltas al Mono Viñal y le sonsacara información.

Ya sabía yo que no había sido una mujer quien le había prestado mi poemario. Pocas trataban a Consuelo en la empresa. Y aquellas que lo hacían estaban muy lejos de haber podido recibir mi libro.

Tesorero de la organización, Viñal era un muchacho honesto y singular. Muy querido, además, por sus compañeros de trabajo. Pero ingenuo a pesar de ser mayor que yo. Casi puro. Si bien lo había empezado a tratar recientemente, quizá a raíz de la fundación de la organización, el Flaco Viñal, el Mono Viñal como lo llamábamos indistintamente todos en el sindicato, se había ganado mi cariño y mi confianza. Era serio, leal y generoso. Además, profundamente respetuoso con las mujeres. Jamás se le escapaba delante de ellas ni un pendejo, y vivía siempre pendiente de halagarlas con detalles

que nunca denunciaban una mala intención. Era, sin duda, en estas latitudes, un bicho raro. Venía de una familia campesina boyacense profundamente goda, en la cual, desafortunadamente, todos no eran así, pero el Flaco sacaba la cara por el resto.

Bueno, lo que quería contarles es que yo le había regalado mi libro, porque además de todo tenía ciertas pretensiones de escritor. Yo no, el Flaco. Yo no tenía ciertas, tenía todas, aun cuando en aquella época apenas había escrito ese terrible pero muy querido libro de poemas, y uno que otro cuento.

En todo caso, al oír nombrar al Flaco todo cambió. No iba a permitir que esta joven, pero avezada Mata Hari, hiciera naco el sindicato, embolotando a Viñal.

—Porque él está muy ocupado. Y porque el experto en sindicatos es usted. Grenada —pronunció con cierto rencor el nombre del subgerente. Tanto, que lo entendí como una pretendida solidaridad conmigo con el objeto de ablandarme— es también experto, pero en acabarlos.

Eso me desarmó. Esa muchachita, estudiante de sicología, que tenía al otro lado del teléfono, con un cierto criterio literario o por lo menos con la habilidad suficiente para posar de él; que se codeaba y quién sabe qué otras cosas con los ejecutivos de la empresa, en especial con T. T. y Grenada Belfón; que además jugueteaba a la amistad con el Flaco Viñal y con otros miembros jóvenes del sindicato y que de contera pretendía seducirme o por lo menos entablar comunicación conmigo, buscaba algo. Y yo iba a descubrirlo.

—Bueno, le voy a dar el libro, el poema y todo lo que quiera, pero no ahora, mañana. La invito a un concierto en el Colón —propuse con seguridad. Tocan las Danzas Polovtsianas del Príncipe Igor, de Borodín —continué, para relucir mis relativos conocimientos de música culta, sin confesarle, obviamente, que tan pomposo nombre correspondía ni más ni menos que a *Extraños en el Paraíso*, la famosísima canción interpretada por Sinatra. Era una fórmula mágica. No me había fallado jamás. Cualquier mujer, de cualquier condición social o intelectual, que se viera invitada al Colón y a un concierto de música clásica, se sentía segura y

halagada. Los demás hombres las invitaban a comer. A bailar. A beber. O de plano a tirar. Así no supiera ni pío de esa música, como mi misteriosa interlocutora, quien no solo no trató de ocultarlo sino que, con la seguridad y franqueza que jamás abandonaba, me salió al camino con ironía:

—Pues, a mí esa música no me gusta, me parece de entierro, pero voy a aceptarle la invitación. De pronto a su lado aprendo un poco. Además, mi papá se va a poner feliz. Él sí es un melómano consumado.

—Bueno, por la mañana la llamo y cuadramos la ida al concierto. ¿Ahora sí me puede dar línea, señorita? —le pedí con tono afectado. Ella soltó la risa y me la concedió.

Cuando sentí el pi-pi del teléfono estaba tan emocionado que ya no quería llamar a nadie. Marqué a mi casa por no dejar. Me enteré que mamá había tenido un desmayo (los comienzos de la menopausia), como el que había experimentado en Italia cuando viajábamos con un coro de música antigua al cual yo pertenecía. Pero hablé con ella unos instantes y la sentí recuperada.

Capítulo cuarto

La mitad de la vergüenza

Era viernes. El último día hábil del mes de mayo. Encerrado en su celda de vidrio, Pinilla solo podía maldecir en silencio. Había perdido la comunicación permanente con Talleres desde cuando su persona concentró toda la desconfianza de los directivos de la empresa. No le perdonaban la existencia del sindicato ni su beligerancia a favor de los obreros. No entendían para qué había estudiado en el colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que hubiese sido nominado para colegial, una cofradía de niñitos bien (bien clasistas, bien mierditas, bien cepilleros, bien hipócritas, bien serviles, bien huevones) que hacen profesión de fe tomista, tienen cara de inteligentes, sacan buenas notas y posan de juristas aun cuando algunos tengan alma de traficantes y miserables.

No podían aceptar, además, que viviera más allá de la avenida Chile. Por lo regular, decían, los dirigentes sindicales son obreros, hombres sin más alternativa en la vida que trabajar como burros por un miserable salario. Pero Ud., doctor Pinilla, no nos explicamos qué le pasó, qué confusión tuvo, qué intereses tiene, qué carajos le importa el sindicato, quién mierdas está detrás de usted, nuestra competencia, Cuba, Moscú, Pekín. ¡Por Dios!, doctor Pinilla, usted tiene una brillante carrera por delante. Si usted quiere y renuncia al sindicato, doctor Pinilla, nosotros lo podemos enviar a Caracas, con un magnífico sueldo y extraordinarias posibilidades profesionales. Además de casa con piscina y otras cositas. Piénselo bien, doctor Pinilla, Caracas, el Caribe, las mujeres venezolanas.

No sea tonto, doctor Pinilla.

No sea huevón, doctor Grenada.

“Si quisiera plata no me habría metido en esta vacaloca, ¿o es que el Grenada me cree caído del zarzo?”, pensó.

“Estos miserables son capaces de llevarme a Venezuela y luego, cooooño, entregarme a la Guardia Nacional o a la PTJ. Para terminar jodido en el Retén de Catia o en el carajo, como tantos indocumentados colombianos”, cavilaba Pinilla.

El espacio laboral de Pinilla se había reducido en pocas semanas a seis metros cuadrados de una esponjosa alfombra. Ya no podía transitar por entre los linotipos, cortadoras, impresoras de la planta, hablando aquí y allá con quien se le diera la gana. Ni celebrar a carcajadas los chistes verdes de Gil (como aquel del hombre que llega a un restaurante y pide un seco con huevos. Entonces el mesero, con gran cortesía, le lleva una foto de Agustín Lara) ni del resto de linotipistas, expertos en sacarle pelos a una calavera o en divulgar de oficio, como el nuevo sistema penal colombiano, las reales o imaginarias aventuras nocturnas de las secretarías y de sus ejecutivos amantes consortes.

Ni siquiera podía bajar a Talleres, como lo hacía antes cuando necesitaba algún dato técnico de impresión, para evitar las suspicacias de Hitler quien, desde el momento de la notificación ministerial de la fundación del sindicato, no permitía ningún corrillo ni conversación en la planta y mucho menos entre los afiliados.

Las comunicaciones gremiales, con el resto de sindicalizados, adoptaron dentro de la empresa algunos sofisticados mecanismos inventados por la necesidad; por la audacia de los obreros; o por la propia directiva sindical: encuentros clandestinos en los baños públicos del primer piso; cruce de gestos más que de palabras cuando algún operario tenía que acudir al Departamento de Redacción y aprovechaba el descuido del director o su ausencia (siempre llegaba tarde, pues andaba a menudo con guayabos terciarios, productos de una bien aprestigiada carrera de borracho) para informarle a Pinilla cualquier novedad sindical; o los eficientes y novedosos “telegramas

fantasía” como los había nominado gráficamente Gil, su inventor, apelando a un símil billarístico.

El recursivo linotipista, famoso entre sus compañeros por su lengua de fuego y por ser el más contetas y mamagallista de la planta, había optado por convertir los errores que cometía en el linotipo —por andar metiéndose en el pellejo de todo el personal— en eficientes canales de comunicación entre Talleres y Pinilla.

Cada vez que necesitaba darle al abogado una razón urgente, Gil insertaba en forma discontinua, cada cierto número de líneas preestablecido con Pinilla, una palabra o un mensaje que su destinatario descifraba, muerto secretamente de la risa, delante del propio Grenada Belfón, quien acudía con frecuencia donde Pinilla a corregir, con este, algunos textos de las publicaciones jurídicas de la empresa.

Gil había perfeccionado de tal forma el correo sindical —por algo se ufana de ser el jefe de la comisión de propaganda de la organización— que cuando no tenía nada importante para comunicar, inventaba expresiones burlonas contra los ejecutivos empresariales o refería a Pinilla el último apunte callejero, generalmente obsceno, que el joven dirigente gozaba tragándose la risa en las propias narices del subgerente.

Esa tarde se cerraba la edición de una revista mensual que Pinilla redactaba. Sentado frente a su máquina de escribir terminaba unas páginas que bajarían a Talleres luego del visto bueno de Grenada Belfón, cuando una llamaba rompió su concentración.

—¿Está muy ocupado, doctor Pinilla? —preguntó sin saludar una voz femenina. Pinilla reconoció de inmediato el timbre de Mariela, la secretaria de T. T., que había estado muchas noches entre sus brazos en la Atlantic, la discreta, oscura y barata Discoteca de Chapinero, adonde acostumbraba llevar a sus amores pasajeros desde cuando era estudiante universitario.

—Un poco —contestó con sequedad recordando como Mariela había cambiado con él, desde el día de la fundación del sindicato.

—El gerente lo necesita a Ud. y al resto de la Junta Directiva del Sindicato para una reunión en su oficina —informó Mariela.

—¿De qué se trata? —indagó Pinilla, arrepintiéndose de su curiosidad.

—No tengo ni idea —aclaró la muchacha—, pero si quieres te averiguo —cambió Mariela de tratamiento, bajando la voz y adoptando un tono coqueto y confidencial que extrañó al abogado. Hacía un par de meses que no cruzaban palabra.

—No... no es necesario —la cortó pensativo.

—Entonces a las diez en la Gerencia —precisó.

—Sí. A las diez... Gracias —contestó Pinilla, lleno de inquietud.

El abogado miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las nueve. Lanzó una panorámica mirada a Talleres buscando alguna explicación a la insólita convocatoria empresarial. Era la primera vez que la empresa llamaba al pleno de la dirigencia sindical. Algo había ocurrido. Algo gordo, pensó Pinilla. Pero, ¿cómo saberlo?

Caldo Livias se había negado siempre y de manera violenta a recibirlos, alegando que no había ley, decreto ni disposición legal del carajo, que lo obligara a sentarse en una misma mesa con los directivos sindicales. A él y al jefe, incluso, les había retirado el saludo. Pinilla recordó la ocasión cuando el *Código Laboral* salió volando de la Gerencia, persiguiendo la humanidad de su secretaria, quien acababa de recordarle a Caldo Livias las reiteradas peticiones gremiales de diálogo. El exaltado y grosero gerente decidió comprobar la dureza y buen empastado de su propio producto, oficiando de *pitcher* frente a los desorbitados ojos de su asistente, quien salió corriendo, base por golpe sobre su geografía posterior, mientras las hojas sustituibles de los productos editoriales de la empresa comenzaron a planear como avioncitos de circo por todo el corredor del segundo piso. Aterrizando luego sobre las tabletas de la escalera que daba a Talleres y demostrando que las leyes laborales andan por el suelo a merced de que cualquiera las pisotee.

50 A Pinilla le quedaba una hora para terminar su trabajo. No podía retrasar la revista con la disculpa de la reunión y caer en la trampa. Pero antes necesitaba comunicarse con el resto de la Directiva.

Miró de nuevo su reloj. Luego a la planta. Todo parecía normal. El presidente Madrid estaba absorto ordenando una caja de tipos. Otros dirigentes laboraban de manera corriente. Sin duda no estaban avisados todavía. Incluso Gil, milagrosamente, trabajaba silencioso. Su último “telegrama fantasía” de comienzo de la jornada le había contado a Pinilla que había una mujer tan desordenada, pero tan desordenada, que se lo habían pedido y no lo había encontrado.

Pinilla arrancó de un tajo la hoja que reposaba en su máquina y colocó una en blanco. Tecléo con rapidez una nota para el presidente. La dobló con cuidado y la introdujo dentro de las páginas que debía enviar a Talleres. No era prudente que bajara él mismo. Pero tenía que hacer llegar su mensaje con la mayor brevedad.

En una esquina de la escalera divisó a Víctor, el misterioso y magro lustrabotas con licencia para escuchar todo lo que pasaba en la empresa, sentado a los pies de media nómina de clientes que acudía a sus servicios. Víctor se enteraba, a su pesar decía él con tono malicioso, de cuanto chisme surgía en la planta, bodega, contabilidad o gerencia, sin que su oído tuviese censura. Se preciaba de ser una tumba. Más confiable y discreto que un cadáver, se le oía decir con frecuencia, cuando alguien intentaba, infructuosamente, sacarle alguna información.

Y a fe que si no era un cadáver, estaba muy cerca de serlo. No tanto por su mutismo, como por la estampa macilenta, largirucha, lúgubre y misteriosa que lucía. Su espectral figura, si así podía llamarse a su humanidad, flotaba en sordina por todos los pasillos de la compañía editorial, atada a tierra, quizá para no desaparecer, a la manera de antena, por un piano de lustrar que dejaba ver a los cuatro vientos una leyenda en letras blancas sobre fondo negro que decía: “Muchas veces me he arrepentido de hablar, jamás de callar”. Había sido su carta de presentación, su hoja de vida, su currículum vitae, afirmaba, para que la Jefatura de Personal le hubiera dado visa múltiple para transitar todos los días y a todas horas por cualquier rincón de la empresa como una sola, una sola, una sola

sombra larga de la limpieza. Víctor y su escuálida figura parecía que hubiesen inspirado a Silva.

Pinilla no lo pensó dos veces. Tenía que jugársela y Víctor era su única carta. Solo él podría llevarle la nota al jefe, como llamaban al presidente del sindicato, sin despertar mayores sospechas. Siempre que aceptara, pensó.

El limpiabotas, además, era un coleccionista de complicaciones, reglas, misterios, reticencias, principios religiosos, morales, sexuales, ético-profesionales, que mezclaba con toda suerte de manías. Jamás lustraba las botas o los zapatos a mujeres ataviadas con minifalda, ya que la carne era flaca y el demonio juguetero, decía, lo cual le impedía responder profesionalmente por su trabajo en semejantes condiciones de indefensión. Nunca ofrecía sus servicios. Siempre esperaba que lo llamaran los clientes nuevos. Era un profesional respetable y no tenía por qué mendigar trabajo. Un ejecutivo inteligente, sentenciaba filosóficamente Jimmy, sabía que su éxito comenzaba por los pies, es decir por sus zapatos.

—¡Víctor! ¡Víctor!... —levantó un tanto la voz Pinilla, al ver al enigmático hombre cerca de la oficina de Redacción, con su pequeño equipo de madera en la mano izquierda.

—Sí, doctor... ¿me necesita? —contestó con un tono entre reverencial y burlón que intrigó a Pinilla.

—¿Me puedes embolar? —preguntó el abogado con su ancestral cortesía, casi con temor—, si me haces el favor —agregó de inmediato, al recordar que Víctor, además, era maniático de los buenos modales.

Dividía a los empleados de la empresa entre aquellos que eran gente, porque le solicitaban el servicio como era debido, y los que creían que estaban en la época de la esclavitud o arriando mulas. A estos procuraba negarles el trabajo inventándose cualquier disculpa, o diciéndoles de plano que él no servía a patanes. Víctor no tenía pelos en la lengua. Lo que le faltaba de carne y de presencia, le sobraba en dignidad.

—Si espera que llene de agua el frasquito, con mucho gusto le “lustro” sus mocasines —condicionó Víctor, rastrillando la palabra “lustro” con sorna.

Pinilla evocó entonces en su memoria la sesuda y lingüística explicación que una tarde le hiciera el limpiabotas sobre la diferencia entre los términos “lustrar” y “embolar”. Según el agudo semántico y estricto ejecutivo de la limpieza, “lustrar” era sacarle brillo a cualquier tipo de calzado, en tanto que “embolar” correspondía a una obscena expresión usada por las putas, para denominar al cliente que ya ha fornicado con una mujer y pretende cambiar de cabalgadura, repetir la jugada, ir a una segunda vuelta con otra hetaira en la misma noche.

—Claro, Víctor, claro —contestó Pinilla con una sonrisa no exenta de preocupación. Solo faltaban cuarenta y cinco minutos para el encuentro con Caldo Livias. Y entre el acto de llenar el envase de laca perfumada, que Víctor había habilitado ad hoc como regadera para humedecer el betún, y la lustrada, bien podía pasar media hora. Era famosa la parsimonia del lustrabotas, para quien la vida transcurría a menos revoluciones que para el resto de los mortales.

Sorpresivamente para Pinilla, Víctor regresó a su oficina luego de unos momentos, como si hubiese leído en los ojos del abogado el afán que lo inquietaba. Desplegó en el suelo toda la infraestructura operativa de su ambulante industria y, en menos de cinco minutos, terminó el servicio.

—Ya está —dijo con suficiencia —el doctor desea que yo le haga un favorcito, ¿no es cierto? —agregó con malicia.

—Sí, Víctor. Gracias. Tengo que terminar un trabajo urgente y estoy alcanzado de tiempo. ¿Le puede llevar estos papeles a Antonio Madrid, si es tan amable? —mintió Pinilla, inquieto por la suspicacia del hombre. Sin esperar la respuesta de Víctor, Pinilla le entregó las hojas y un billete de cien pesos.

Víctor guardó las hojas, de inmediato, en su caja de madera. Luego se paró y se dirigió a la puerta mientras metía el dinero en el bolsillo de pecho de su camisa.

—¡Víctor! —lo detuvo Pinilla—. ¿Cómo supo que le iba a pedir un favor?, —no aguantó la curiosidad.

—El doctor se lustra cada dos días y siempre por la tarde. ¿No se acuerda que ayer le presté el servicio como a las cinco? —terminó, con una sonrisita que incomodó a Pinilla. En forma sorpresiva Víctor se acercó al escritorio del abogado y, con una sigilosa solemnidad cómplice, confesó doblándose sobre los ojos de Pinilla: “No se inquiete, doctor, yo también soy solidario con el sindicato, a pesar de que no puedo afiliarme”. Luego, volteó la espalda y salió presuroso hacia Talleres bamboleando con suficiencia su maletín de madera.

Media hora más tarde la puerta de Subgerencia se cerró tras la figura de Grenada Belfón, quien sonriente tomó asiento en la cabecera de la Mesa de Juntas. Una contraorden de última hora, había dispuesto realizar la reunión en la oficina del segundo hombre de la Compañía y sin la presencia del gerente.

Pinilla, Madrid, el vicepresidente Rocha y el tesorero Viñal estaban terminando de saludar protocolariamente a Grenada Belfón, cuando se abrió de nuevo la puerta. T. T. y Jairo, el secretario del sindicato, entraron y se sentaron a ambos lados del subgerente.

Cuando Pinilla miró a Jairo, con quien había entablado, a raíz de la organización, una reciente pero confidencial amistad, el joven, pero ya veterano contabilista, clavó evasivo los ojos en la mesa. Era otra persona. Pinilla adivinó de inmediato de qué se trataba la reunión y comprendió la rara euforia del subgerente. Prendió entonces el último cigarrillo de una cajetilla que había comprado por la mañana y se paró, para exorcizar el presentimiento, en busca de un cenicero de columna que colocó a un lado de su silla.

Grenada Belfón comenzó agradeciendo la asistencia de toda la directiva sindical, lo que de entrada sonaba a comedia, ya que la organización llevaba seis semanas solicitando audiencia. Luego, excusó la ausencia del gerente, completando la farsa. Todos conocían el odio visceral que Caldo Livias le tenía al sindicato, y habían escuchado sus gritos histéricos cuando alguien le hablaba de

reivindicaciones laborales. Por eso había descargado en manos del subgerente la conducción de las relaciones con los trabajadores.

Grenada Belfón, no solo era experto en desbaratar sindicatos, sino que manejaba, desde sus lejanos tiempos de agitador comunista en la universidad, la dinámica y la retórica de las luchas gremiales. Al terminar su pequeño discurso introductorio, el subgerente sacó de su carpeta un sobre largo y blanco que atrajo las expectantes miradas de los directivos sindicales. Sin leer el papel que extrajo de la cubierta lo pasó a Antonio Madrid. El presidente tomó la hoja y antes de poner su atención sobre ella, dio con sus ojos una vuelta de campana alrededor de la mesa, descansándolos al final sobre el secretario.

Jairo seguía anclado en un inusual y delator mutismo, con el rostro pálido, acerado, y las pupilas agazapadas en unas gafas oscuras, que apenas le cubrían la mitad de la vergüenza. Cuando el viejo operario pasó del encabezamiento, una vena que se le pronunciaba en ciertas ocasiones sobre su frente, brotó monumental como un río de sangre que dividió en dos su rostro. Era tanto el silencio que parecía escucharse la lectura mental de Madrid.

El grupo de trabajadores semejava un puñado de condenados que otea a través de una rendija: el ajusticiamiento de su compañero de celda, con el pavor entre las piernas, la respiración paralizada y la ansiedad paseándose por sus cuerpos en espera de la descarga que anunciara el inminente final de cualquiera de ellos.

—Muy bien... muy bien... —acertó a decir Antonio Madrid, masticando la rabia con dificultad, como esas carnes duras que quisiéramos escupir, pero que no podemos abandonar por orgullo, por coraje o por vergüenza— nosotros aceptamos la decisión del señor —terminó taladrando con la mirada y el vocablo final al ahora exsecretario, quien se hundió todavía más en el pantano de su asiento.

La carta comenzó a circular, de mano en mano, como una ruleta rusa de papel, al tiempo que Grenada Belfón y T. T., como aislándose brechtianamente del drama que habían montado,

iniciaban una charla informal sobre un asunto empresarial sin mayor importancia.

—Con su permiso, señores... me retiro —tartamudeó Jairo, ahogado, con la mirada clavada en el piso; el rostro pálido, ceroso, cual si hubiese perdido todo vestigio de sangre; y la figura de un Judas perseguido por el destino.

—Bien puede —respondió el subgerente, cuando Jairo ya alcanzaba la puerta, antes de que la carta se estacionara en las manos de Pinilla, quien buscó de inmediato la palabra “renuncia”. El joven abogado la cerró al instante y se paró de su silla entregando la hoja al presidente, en vista de que la organización había quedado acéfala de secretario.

—Bueno, caballeros —retomó la palabra Grenada Belfón—, la empresa desea aprovechar este importante momento en que están todos ustedes reunidos, para renovarles nuestro aprecio y nuestro anhelo de que recapaciten. Respetamos como los que más el derecho de asociación, por algo somos comentaristas y editores del Código Laboral (habló con un cinismo que abofeteó la mente de toda la Junta Directiva Sindical) pero seguimos convencidos, como lo ha manifestado en repetidas ocasiones el doctor Caldo Livias, que en esta compañía un sindicato es algo no solo inoportuno sino inconveniente, dadas las magníficas relaciones que siempre hemos tenido con nuestros trabajadores. Esto lo ha comprendido, oportunamente, don Jairo. Estoy seguro que ustedes también lo entenderán lo más pronto posible para bien de la Empresa y de todos sus trabajadores —terminó en un tono cortés que no lograba ocultar el aguijón de la amenaza.

—Ahora, señores, ustedes tienen la palabra —completó T. T. con ironía.

56 —Usted lo ha dicho —precisó el presidente con la voz firme y mirando a sus compañeros—, nosotros tenemos la palabra. De inmediato abandonó su silla y tragándose el asco, tendió la mano a los dos ejecutivos empresariales. Luego se dirigió presuroso a la puerta, seguido de sus tres compañeros.

Cuando alcanzaron el pasillo que bordeaba la parte alta de Talleres, los cuellos de cientos de operarios, como jirafas curiosas, se levantaron hacia ellos y los siguieron como radares humanos. Los ojos de los obreros gritaban de impaciencia por saber el resultado de la entrevista. Antes de separarse en el borde de las escalinatas, el presidente dio la vuelta:

—¿Qué les parece don Jairo?

—¡Un hijueputa! —exclamo con todas las letras el vicepresidente Rocha, descendiendo de inmediato hacia la planta.

Capítulo quinto

Un dirigente obrero tipo Wall Street

Cuando Pinilla abandonó el último peldaño de la escalera que conducía al segundo piso, sabía que se estaba entrando en la boca del lobo. Era un animal bien amaestrado, castrado, financiado y fiscalizado por la burodemocracia paracristiana internacional con sede en San Antonio de los Altos, estado Miranda, Venezuela.

Pero no tenía otra alternativa. La federación regional que había patrocinado la fundación del sindicato era de esa cuerda ideológica y lo único que podía hacer, por el momento, era seguir sus instrucciones de organización gremial que, si bien no eran nada especial, por lo menos en algunos aspectos parecían acertadas. Por eso, y porque sus conocimientos de sindicalismo eran absolutamente teóricos, se propuso sacarle partido a la asesoría y comer callado. Mientras pudiera.

Además, el resto de opciones no eran menos malas, pensaba, repasando mentalmente, mientras cruzaba el umbral de la FEDE, el total de organizaciones de segundo y tercer nivel. Las otras, sin duda, eran peores en muchos aspectos.

Una carcajada monumental, proveniente de una garganta que había conocido el sábado anterior, lo sacó de sus cavilaciones y le dio algún respiro, ya que provenía de un dirigente medio de la FEDE, con cara de morsa, bigote manito, superobeso, de cara ceniza y exuberante y escandalosa risotada, en quien había percibido una gran mística sindical, una actitud de lucha y un buen conocimiento de las lides obrero-patronales.

A pesar de que era un conmlitón de la causa de la FEDE y de la Burodemocrstiana nacional e internacional, Pinilla le notó cierta independencia y honestidad y le tomó cariño desde el día de la fundación de la organización. Además, percibió en Bigotes, como lo llamaban los dirigentes de los choferes, quienes le sacaban bigotes a un balón de fútbol, algunas contradicciones con la cúpula de la Confeburocraciademocrstiana. Por eso decidió, desde aquel instante, pegarse al gordo Marcos como borracho a poste, y consultarle todos los movimientos a seguir con el sindicato. Máximo en aquel momento en el cual la empresa comenzaba a tomar el comando de las acciones.

Cuando vio a Pinilla, por quien también sentía ya algún afecto, Marcos se paró de su escritorio y fue a recibirlo a la puerta.

—Qué bien que lo encontramos, gordito, nos metieron un primer gol —exclamó Pinilla con una alusión futbolística, recordando que Marcos le había contado que alguna vez había sido de la bancada juvenil del Santa Fe. Y que a veces, en los partidos que organizaban los sindicatos de la FEDE, jugaba los minutos que le permitía su pedregosa y asfixiada respiración. Nunca más de treinta y en la retaguardia.

—Qué pasó, compañeros —contestó Marcos, con la simpatía y el buen humor que nunca lo abandonaban, mirando a Pinilla y al Mono Viñal—, que los noto cabizbundos y meditabajos, parecía que Caldo Livias los hubiera regañado.

—Que Jairo, el secre, prefirió contar numeritos que afiliados —contestó Viñal con la manera tan suya de decir todas las cosas de manera simbólica, con parábolas, a veces irónica.

—Sí, gordito —puntualizó Pinilla—, Jairo presentó renuncia al sindicato delante de nuestra directiva y manipulado por T. T. y Grenada Belfón.

60 —Eso no fue un gol, sino un autogol —soltó la carcajada Marcos—, pero no se preocupen que la cosa se está poniendo buena. Además, el sindicalismo es una lucha, compitas, no es un paseo —terminó riendo de nuevo.

—¿A quién nombramos ahora como secre, Bigotes? —preguntó Viñal con la confianza que ya le tenía a Marcos. Tiene que ser alguien que no nos salga calceto.

—Pues a alguien que yo conozco y que estoy mirando —repuso de inmediato Marcos a Viñal—. Nadie mejor para reemplazar a nuestro compañero confundido —agregó mientras se acomodaba las gafas con un gesto tan característico suyo como la interminable y escalonada carcajada.

—¿Yo? —contestó Viñal con un tono de “acepto de inmediato”. Y, suponiendo que yo sea, entonces a quien ponemos de Tesorero.

—Ahhh, eso es harina de otro costal —Marcos se quedó pensativo unos instantes—, porque tenemos que escoger a alguien que sea muy organizado con el dinero y tenga el apoyo y la confianza de las bases.

—¿Por qué no vamos, gordito, nos tomamos una Coca-Cola y charlamos la vaina? —propuso Pinilla prendiendo un Marlboro.

En otros ámbitos, lejos de la FEDE, bromeaba con frecuencia diciendo que como no había podido acabar con el imperialismo, por lo menos se lo fumaba y se lo bebía.

—Ahora no puedo —se enserió Marcos—, estoy esperando a la directiva del sindicato de Vecol. Lo de ustedes es una caricia. A esos sí les están dando por donde sabemos. Les acaban de botar, sin causa justificada, a dos miembros principales.

—¿Y qué van a hacer? —indagó Viñal con curiosidad.

—Pelear, compañerito, demandar su reintegro y otras cositas que después les cuento —se carcajeó de nuevo. Más bien vayan, tómense sus Coca-Colitas, coman algo para que cojan fuerza y vuelvan a las siete. Entonces nos sentamos a ver con qué le salimos a Don T. T. —terminó Marcos palmoteando con afecto a Pinilla y a Viñal.

Cuando el par de dirigentes salían a buscar alguna cafetería por los alrededores, se bajaban de un automóvil el presidente y el vicepresidente de la CONFE. El primero, William, era un paisa bien parecido, muy bien vestido y con cara y ademanes de ejecutivo financiero tipo Wall Street. Su apellido tenía el Jaramillo en algún lugar de su genealogía y nadie, que no lo conociera, hubiera pensado que

era el máximo líder de una Confederación de Trabajadores. Desde que Pinilla lo escuchó unos instantes en la asamblea de fundación del sindicato, desconfió de sus palabras. Parecía siempre regañando a las bases y con una actitud personal, pedante y autoritaria, que despertaba sospechas. Así se lo hizo saber a Viñal, a quien empezó a poner al tanto de los intrínquilos ideopolíticos de la FEDE. Por algo, ya el Bigotes lo había nombrado, aunque sonara a dedocracia, nuevo secretario del sindicato.

El otro hombre era diferente. Pocos años mayor que el presidente, el vicepresidente era un cachaco costeño. Muy serio y trabajador. Su discurso dejaba entrever una visión más política y social, menos gremial, de la lucha sindical. Además, era una persona cordial y su trato con las bases era más íntimo, más humano y cálido. Algo le decía a Pinilla que algún día iba a ser amigo y confidente de Tomás. A pesar de que Pinilla intentó sacarle el cuerpo a los jefes de la CONFE, le fue imposible hacerlo. Cuando lo vieron, ambos hombres apresuraron su bajada del auto.

—¿Cómo va la causa? —se apresuró a preguntar el presidente, mientras alargaba su mano hacia los dos dirigentes sindicales—, ¿bien o qué? —enfaticó.

—Pues bien... —titubeó Pinilla— a pesar de que la empresa acaba de hacer renunciar al secretario del sindicato.

—¿Cuál era —miró William a Tomás—, para que le recordara la fisonomía de Jairo?

—Un paisa como usted —le contestó de inmediato Tomás, con cierta ironía, a sabiendas de que no lo iba a recordar, ya que solo había estado en la asamblea de fundación unos instantes por tener que viajar de inmediato a Caracas, a una reunión de las muchas que participaba con la Clata, a nivel internacional—, pero más pequeño, de gafas y bello, si no estoy mal —se dirigió a Pinilla y a Viñal como para que lo sacaran de la duda.

62 —Así es —ratificó Viñal— y lo malo es que era una buena persona...

—Eso no es malo, lo cortó el presidente. Aprenda esto —dijo con tono altanero y burlón—, los sindicalistas son como las fichas

del ajedrez, papá, las débiles o mal colocadas es mejor que desaparezcan pronto. Así se aclara el tablero y las jugadas siguientes —terminó su frase lapidaria y se despidió con sequedad, dejando un sabor amargo en Pinilla, quien miró como remontaba William la escalera de la FEDE, cual emperador romano. Parecía todo, menos un dirigente obrero.

—¿Ya los atendieron? —saltó al ruedo Tomás, quien notó el disgusto de Pinilla y la sorpresa de Viñal, como queriendo capotear la salida en falso del presidente. Sabía que eran jóvenes sindicalistas y nuevos en la FEDE, y bien podían acudir a otra confederación para que los asesorara. Además, ni siquiera estaban asociados todavía a la FEDE. Comprendía, además, que Pinilla tenía una formación marxista que no compaginaba, de entrada, con ellos y su posición anticomunista, pero sabía que la influencia de Pinilla en el sindicato era muy grande. De otra parte, a la FEDE, se le había solicitado, en el último Congreso de la Clata, ampliar su cobertura en Colombia, afiliar la mayor cantidad de organizaciones de base que pudiera, no importaba su espectro ideopolítico, ya que, como lo había planteado el burócrata sindical argentino, Masmanzano, secretario de la REQUETECONEFE, “en el camino, nos dedicaremos a enderezar las cargas”. Esto es, a controlar o expulsar a quienes no comulgaban con su gremialismo de estómago, anticastrista y democristiano.

—Sí, compañero, Marcos nos espera dentro de un rato para trazar alguna acción. En todo caso, gracias —se despidió Pinilla, ofreciéndole su mano al vicepresidente.

—Bigotes es muy bueno para esos casos. Pero si de algo les puedo servir, yo voy a estar aquí hasta tarde. Si me necesitan, no duden en llamarme —puntualizó un tanto apenado Tomás, mirando a los ojos a Pinilla, mientras se despedía de Viñal, palmoteándole el brazo.

Los dos jóvenes dirigentes siguieron su camino, remontando hacia la carrera Décima, zigzagueando por entre una nube de pordioseros, ladrones y prostitutas, mientras la noche se acomodaba finalmente sobre Bogotá y unas gotas comenzaban a remojar de nuevo la ciudad.

Capítulo sexto

Una responsabilidad sietemesina

Pinilla cerró la puerta de su cuarto convocando dentro de sus cuatro paredes todas sus emociones, como para impedir que el calor que quemaba sus entrañas lo denunciara delante de sus padres, que dormían al otro lado de la pared que albergaba su biblioteca.

Abrió la ventana que se interponía entre su habitación y un pequeño balcón que volaba sobre la calle e hincó la mirada sobre la carne negra de una noche que caía, empapada, sobre una Bogotá entumecida. Repuso en sus labios el cigarrillo que había abandonado, recién prendido, al subirse a la buseta que lo llevó a su casa.

Allá a lo lejos, en la línea recta que trazaban sus ojos, encima de esa ciudad que figuraba en el inventario de sus pertenencias, se apoltronaba, cubierta por una bruma que, de manera intermitente, iluminaba una tormenta, una montaña que pesaba tanto como la que se había echado encima casi sin darse cuenta.

Seis meses atrás, empezó a echar retro a su memoria, todavía habitaba cada mañana unas bancas universitarias, tratando de soportar una realidad que jamás había entendido, viendo cómo se desmoronaban, ante sus ojos todavía adolescentes, a pesar de sus veinte años, decenas de altisonantes nociones jurídicas, la mayoría en latín, como si esa lengua muerta, que gozaba cuando cantaba hermosas partituras gregorianas en el Coro Universitario que dirigía su prima Elsa, fuese cómplice de tanta hipocresía, de tanta mentira. “*Jus est ars boni et equi*” para los romanos más no para los esclavos que siempre vivieron jodidos por un imperio legalista y brutal

que dividió a los seres humanos en hombres y en bestias; “*dura lex est lex*” pero para los de ruana, como decía el pueblo con esa sabiduría que no hablaba en latín ni en griego, pero siempre exacta y contundente.

Realidad aquella que a menudo lo asfixiaba y a la cual pretendía enfrentar con un sueño: ser escritor. Sí, escritor, para poder conjurar con la libertad incontenible de las palabras, ese mundo de telones grises, y escapar, montado en los caballitos alados, en los pegasos de su imaginación, por encima de los muros de contención de una disciplina intelectual que parecía cercarlo con sus conceptos individualistas y que, cosa curiosa, había escogido como un juguete más, quince años atrás, cuando la señorita Alicia explicaba frente a los pupitres del kínder, la palabra justicia.

Justicia. Se había chupado esa noción como si fuese una colomina, mirando los ojos de miel de la maestra a quien evocaba en ese momento tratando de invitarla a su memoria sin lograrlo, pues había desaparecido de manera irremediable en el tiempo, quedando de ella solo el nombre que quizá también estaba inventando para asirse a algo noble o sencillamente a algo, como el náufrago a una tabla cualquiera que se le aparece en medio de la mar turbulenta.

Justicia, Libertad, Democracia, Amistad. A pesar de la mayúscula, eran las putas más puteadas del idioma. Y lo habían sido aquella mañana por Jairo, por Grenada Belfón, por T. T., por la Empresa. Violadas, mancilladas, ultrajadas, manoseadas por cualquiera.

Quería escribir, para decir lo que le diera la gana sin tener que pasar siempre por la censura de nadie y menos, como ahora, de Grenada Belfón. Para decir que Jairo, su amigo, su amigazo, su confidente, su informante, su hombre de confianza, había vuelto papilla, puré, naco, mierda esa amistad, ahogándolo en la soledad de la hora, carajo, que era para él, en ese momento, un cuchillo de doble filo.

Al tiempo que se sentía rodeado de casi cien fajadores que habían depositado en él su confianza y sus sueños, dispuestos todos los días a construir a golpes su esperanza, lo que había hecho Jairo

lo tenía en ese instante turbado, confuso, con el espíritu lacerado, cercado por la angustia de una responsabilidad que había nacido sietemesina, de sopapo, como quien va al cine y de repente le cambian la película y cae en un hueco negro, como el que Jairo le había abierto esa mañana en el alma cuando la carta de renuncia había comenzado a girar de mano en mano y él tuvo que amarrarse el orgullo a los párpados para no desnudar su dolor delante de tantos ojos que admiraban su fortaleza sin que nadie sospechara que era una fuerza tipo exportación nada más, de consumo, ya que a la hora del té no era más que un joven e idealista abogado metido en el ruedo de la dirigencia sindical sin más armas que la voluntad, unos cuantos textos de marxismo y de ciencia política leídos a la carrera, una experiencia juguetona de lucha estudiantil y un fervoroso y casi cristiano deseo de justicia social.

Otra vez la justicia, esa maldita palabra que parecía perseguirlo a lo largo de su vida.

Cuando botó la colilla, que cayó de cabeza en un charco que reflejaba con dificultad la lámpara del poste de la luz, sintió, por primera vez, que había empezado a ser adulto. Y tuvo miedo. Como si hubiese perdido a las malas la virginidad de la conciencia, violado en todas sus apetencias juveniles.

Pero tenía que hacer frente a la criatura que había concebido un poco a la diablo, sin saber el bacalao que se había echado encima del hombro, como el hombrecito de la Emulsión de Scott, cuando algunos operarios de Talleres lo habían llamado a la salida de una tarde para soltarle, en la tienda de la esquina y luego de miles de preámbulos, el chicharroncito:

Doctor, que solo en usted confiamos para que nos ayude a fundar el sindicato y quitarnos de encima al Hitler, a ese que no hace sino jodernos la vida. Y como hemos visto, doctor, que usted es buena papa con todos los trabajadores y se preocupa por nuestras cosas hemos pensado en su persona, y aunque los manes de la FEDE nos han advertido que cuidadito con los burgueses izquierdistas porque esos siempre se le maman a las organizaciones, nosotros hemos pensado bien la vaina y creemos que

usted es de los nuestros. Por eso lo estamos molestando, doctor Pinilla, y no vaya a decir que no, porque la reunión es el sábado próximo a las cuatro de la tarde en esta dirección, y ya le hemos comunicado a todos y están de acuerdo en que debe estar con nosotros, porque usted por lo menos es estudiado y sabe de vainas laborales, y además nos contaron que usted en la universidad era revolucionario, y eso es lo que necesitamos, doctor, porque ese Hitler es un hijueputa y se cree la mamá de los pollitos, la vaca que más caga, la última Coca-Cola del desierto; y le vamos a demostrar que al pueblo organizado nadie lo jode, como dicen en la FEDE.

Y Pinilla no tuvo más remedio que decir que “sí y allá nos vemos entonces el próximo sábado”, porque se le metió el miedo y la vanidad, como dice el bolero, y no quiso quedarse del tren proletario ni perder la oportunidad de conducir a ese grupo de trabajadores que lo había señalado para que los dirigiera.

Pero la procesión iba por dentro. Prendió otro cigarrillo y lo apagó de inmediato contra la baranda de la ventana. Las luces de pesebre, de los cerros bogotanos, titilaban a distancia como guiñándole los ojos, disipando su estremecimiento y estacionándolo de nuevo en la realidad de una noche incansablemente lluviosa.

Se sintió de pronto cansado. Cerró la ventana y se hundió en la cama tratando de huir de los trozos de pensamiento que empezaban a llegarle a última hora, retrasados, dispersos, como en retirada, agotados y grises, a punto de quedar atrapados por el sueño que los estrellaba unos contra otros, como afuera lo hacían las gotas contra el pavimento.

Capítulo séptimo

Hombres sí, mas no fanáticos

Mi vida era como un barquito de papel en ese desconocido y tumultuoso mar de la adolescencia, en el cual navegaban todo tipo de sensaciones. Suena cursi la frasecita, ¿no es cierto, amigo lector? Pero qué le voy a hacer si en la vida unas cosas son cursis y otras anticursis. La verdad jamás he sabido cuál es el antónimo correcto, exacto, de la palabra cursi.

Bueno, pero dejemos para otra ocasión esas exquisiteces semánticas y pongan cuidado al susto que me pegué cuando descubrí que mi compañero de pupitre en el colegio era homosexual. Jamás había conocido a alguien así. Se llamaba Avilón y tenía un compañero de todo, cuyo apellido era De Francis o algo parecido.

Yo tenía trece años y nunca había estado tan cerca de alguien así. Con decirles que cuando mis condiscípulos me dijeron que Avilón era marica, me dio tanto horror que se me prendiera la vaina, a la cual yo consideraba tan grave como la lepra, que por poco pido cambio de puesto. Pero mi timidez era mayor que mi miedo. Y la verdad que fue la experiencia más interesante de aquellos años.

Me acuerdo, a pesar de los treinta y tantos años que me separan de aquel entonces, y no obstante este delirio, y de esta locura que me tienen clavado en esta cama al margen de la realidad, con la torre de control en vacaciones forzosas, con esta cura de sueño y pastillas que me mantiene como atontado, como zombi, como huevón, que tanto Avilón como De Francis, quienes se habían conocido en una Academia de Arte, eran extraordinarios dibujantes y pintores.

Bueno, comparados con mis minusválidos talentos para ese arte, eran unos maestros.

Entonces, cuando logré superar el pavor inicial, me dediqué a mirarlos como se observa a las jirafas, de lejos. No porque guardara distancias físicas de ellos, porque a Avilón lo tenía siempre a mi lado, sino porque no me atrevía a intimar con ellos fuera de clase, ni siquiera en el recreo. Pero sí trataba de ver qué eran, qué hacían, cómo hablaban, cómo se movían, cómo miraban. Estaba aprendiendo una dimensión del ser humano que me era absolutamente desconocida y no estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión de entenderla, así mis condiscípulos costeños, los más machistas del curso, no hicieran sino burlarse de mis largas conversaciones con Avilón, pronosticándome que si seguía así, poco a poco iba a mariquearme. Pero pudo más la curiosidad.

Avilón, a diferencia de De Francis, era un muchacho muy pobre. Entonces, quizá para ganarme su confianza, le regalé, sin que mis deslenguados condiscípulos lo supieran y así se lo hice saber con gran pena, una caja gigantesca de colores Prismacolor que mi padre me había comprado, extrañado por mis inusuales apetencias pictóricas, cuando, sabía él, mi padre, buen dibujante además, que ese era un talento, como tantos otros, con los cuales la naturaleza había sido bastante avara conmigo y me había negado en forma absoluta.

Recuerdo que lo único que yo acertaba a medio pintar era un ridículo barquito, absurdamente plano, que colocaba impajaritablemente en un espacio que más parecía una sopa llena de natas azules que un océano, y un par de banderas tricolores (en esa época era un patriotero) colocadas a ambos lados de la embarcación y mirando cada una para un costado, como si el viento, de manera surrealista, se dividiera en la mitad del navío. De perspectiva, profundidad, contrastes, fondo, claroscuros, texturas, encuadres, sombras, tonos, paletas altas o bajas, no tenía ni la más mínima idea.

70 Recuerdo cuánto gozaba viendo como esos colores, —que en mis manos no lograban producir ni lástima—, adquirirían unas dimensiones maravillosas cuando Avilón los usaba. Pero más lo eran sus dibujos a lápiz negro. No olvidaré jamás la emoción que me

produjo un dibujo de un hombre desnudo que me dio Avilón con una dedicatoria que es lo único que conservo, en la memoria, de aquel regalo. “Para Pinilla, por esos poemas tan lindos que escribe... Ah, y por los Prismacolor... Su compañero de pupitre, Sergio Avilón” .

Sin duda, tenía muy claro que nunca quiso, a pesar del regalo y del tratamiento afectuoso que me daba en clase, pasar a la amistad. Lo hizo para agradecerme la batería de colores que le había dado, pero cuando lo hizo yo no sabía qué hacer con el dibujo. Recuerdo que temía que alguien me lo viera. Estaba dedicado con gran cariño y era de una factura pictórica extraordinaria... De seguro pensaba que me iba a comprometer, que mis machistas compañeros costeños del curso me iban a tachar de marica, y después de mirarlo todo el recreo en el baño, hasta aprendérmelo de memoria, lo boté por el inodoro.

Cuando la humanidad del personaje empezó a dar vueltas en el remolino ruidoso de las aguas del orinal, quise recobrarlo, pero no me atreví a meter la mano en la taza. No tanto por asco como por temor a no saber qué hacer con el dibujo, que ya mojado, además, había perdido su dimensión y una pierna, ya que el trazo general se había desdibujado. Cuando salí del baño comprendí que la vida no era unidimensional, que lo que yo había vivido no era sino una infinitésima parte de las cosas que existían en este mundo, que poco o nada conocía de la vida, que había seres como Avilón y De Francis diferentes a los demás o por lo menos a mí y que no eran tan malos como decían mis cristianísimos amigos del colegio, quienes no perdían la oportunidad de humillarlos, de burlarse de ellos, de recordarles su condición, de hacerles todo tipo de chanzas.

Avilón, como dije, era un muchacho de extracción humilde, de tez cobriza, nariz ganchuda y boca de corocoro, dueño de un raro rostro cenizo, cabello grasoso, negro azabache y peinado hacia atrás con gomina brillante. Su aspecto era, para mí, un tanto repulsivo. Tenía además algo que siempre me impresionó: una gigantesca uña en el dedo meñique de la mano derecha. La verdad me daba asco mirársela y, a pesar de que siempre la llevaba muy limpia, yo sentía que era algo como maléfico. Recuerdo que a veces soñaba

con ella, sobre todo después de que desapareció, intempestivamente, cualquier día, del colegio, seguramente para huir de las burlas y malquerencias de los compañeros de grado. Entonces la uña se me aparecía por las noches en mis sueños o mejor dicho en mis pesadillas. Parecía como si quisiera chuzarme unas veces, otras, levantarme por la parte trasera del saco, pero siempre, por unas cuantas semanas, se materializó todas las noches.

De Francis, por el contrario, era un muchacho de clase alta, muy rico, con un rostro aristocrático, blanco, casi ceroso, y unos hermosísimos ojos aguamarina que volteaba con un confeso afe-minamiento que fastidiaba a cualquier machista. De ellos solo me queda el recuerdo de algo novedoso, que no acerté a entender muy bien sino muchos años después. Por lo pronto quedé vacunado con la Triple y para siempre contra la homosexualidad, no solo porque desde muy niño fui enfermo por el otro sexo, no importaba la raza, religión estirpe o condición del mismo, bastaba con que fueran mujeres para que yo me enamorara, porque un... hombre... no... puede... estar... con... todas... las... mujeres... del... mundo..., pero... debe... intentarlo, carajo, por eso es que, desde aquella época a mi meeee guuuuustan las al tas y las chaparritas las flacas las gordas y las chiquiticas me guuuusta la vida me gusta el amor soy aventurero muy fascinador, sino porque con lo tímido que era no hubiera podido soportar jamás las burlas ni el desprecio que Avilón y De Francis aguantaron tanto tiempo.

72 Pero pensando chiquito, con todo el tiempo que me queda ahora para hacerlo, enconchado en estas cuatro paredes en donde el dolor y la depresión me han recluido para huir del mundo y su miseria, pienso que cuando conocí a aquellos dos personajes, hace ya treinta y cinco años, ya iba vacunado contra la mariquera, mariconada, mariquería, y el antídoto vendría del más burdo machismo, de la más torpe intolerancia sexual, de la doble moral de una Iglesia no solo corrupta sino castradora, y de la mejor buena voluntad de mi familia.

Todos ellos, productos de una sociedad adulta dislocada mentalmente, que no sabe lo que hace, como los niños pequeños, pero se

queja y rasga las vestiduras de las consecuencias de lo que realiza, lo cual se excusa y comprende en los infantes, pero no en un ordenamiento colectivo.

Pues bien, como nací en un cinematógrafo, ya que mi padre fue —primero el administrador de uno muy famoso en mi infancia, en pleno centro de la ciudad, y luego trabajador incansable, leal y sumiso, jamás hubiese sido un buen sindicalista— dueño de teatros de cine, buena parte de mi educación sentimental la recibí del machote cine mexicano que vi desde que pude gatear, y todas las noches, en el teatro que él controlaba, y luego en todos los teatros que poco a poco —con una garra para el trabajo, un deseo de superación y una responsabilidad paterna poco comunes en estos lares— fue acumulando hasta crear un amplio, pero bien organizado, imperio de cines de segunda clase a lo largo y ancho de Bogotá y en algunas poblaciones cercanas a la capital.

Allí me eduqué emocionalmente. En esos maravillosos templos de la imaginación y la fantasía de mi infancia y adolescencia, diseminados en varios barrios bogotanos como las iglesias, las panaderías, las zapaterías, las farmacias y las tiendas de las esquinas, hoy extinguidos, en buena parte por la inseguridad de una ciudad atrapada por el miedo, la irascibilidad y la violencia de sus habitantes, y por los grandes consorcios globalizados que junto al progreso de unos cuantos han creado la pobreza de millones con sus megamercados de megamierda de todo el mundo, los cuales, como esas aplanadoras que nos atemorizaban cuando niños, han ido aplastando con su idolatría de la técnica todo conato de sensibilidad, toda tradición, toda cortesía, preparándonos, y de qué manera, a través de los medios de comunicación y de la gran publicidad global, para el único placer válido y garantizado en este mercado negro de fin de milenio: comprar, comprar, comprar, no importa que la porquería que compremos no sirva para nada.

Una globalización que se ha convertido en la más esclavizadora, aplastante y malsana forma de totalitarismo, porque es el único sistema dictatorial en el cual los sometidos lo piden y defienden a gritos. Con una especie de sadomasoquismo colectivo.

Globalización, glamoroso *slogan* para justificar el control de la tierra por las cuatrocientas multinacionales que previó H. Kahn en los sesenta, con fagotización de las economías asimétricas respecto del norte rico e irrefragable explosión de pobreza. Con una economía que progresa, ensanchando más la brecha entre quienes poseen y los excluidos. Hoy hay cada vez más desigualdades en términos de recursos y calidad de vida, generando los disturbios sociales que vemos en los países en desarrollo; por eso el mayor control de los poderosos en relación con la dimensión espacial de sus operaciones militares para proteger sus intereses e inversiones. Las comunicaciones nos han mundializado a partir de la Guerra Fría.

Allí, decía, en aquellos templos oscuros que visité asiduamente de niño, aprendí, en las canciones, en las frases y en los comportamientos machotes de los miles de charros, con sus sombreros, sus pistolones y sus pantalones forrados, que en todo latinoamericano hay la semilla, los genes, la tradición de un Juan Charrasquiado. Que las hembras eran el trofeo de los machos. Y que la cocina (los hombres en la cocina huelen a caca de gallina), las labores domésticas y la ternura eran obligación secular de las mujeres. Mientras que la violencia verbal y física y el falo, eran los emblemas de la hombría.

74 Pero cada sexo tenía sus prohibiciones, ni más faltaba. Las mujeres no debían ofrecérselo jamás a un hombre, por más que tuviesen unos deseos bárbaros de poseerlo sexualmente. Y los hombres, en cambio, no podían llorar, por más que estuviesen destrozados de la tristeza y el dolor. Las unas a tragarse el deseo y los otros a tragarse el sentimiento. Pero todos debían atragantarse con algo, según este código social tan finamente elaborado y afianzado a través de los siglos; hasta que la sociedad no aguantó más tanta mierda y empezó a vomitar en esta olla podrida de fin de siglo, todo tipo de violencia, de injusticia, de caos, de corrupción, de enfermedades incurables, de consumismo, de intolerancia política, étnica, social, religiosa, cultural... Y, sobre todo, de la más bruta destrucción del medio ambiente, desde cuando el primer mono *Homo sapiens*, que respondía al nombre de *Australopithecus erectus* (lo que tenía erecto era el cuerpo, aclaro), le dio, hace diez mil años,

quizá de puro aburrido, por pararse en las patas y agarrar con las manos las ramas de un árbol.

En los años cincuenta, el Club de Roma demostró que la concentración de CO₂ en el aire de Londres y Mauna Loa era idéntica. Y ahora, en este tan cacareado fin de *siècle* se ha demostrado que la globalización de la destrucción nos toca a todos. Los alcatraces de la remota Midway y los pájaros canadienses llevan en la sangre una misma concentración de dioxina. Quien reina en las comunicaciones controla las conciencias del mundo; quien contamina no degrada su país sino la tierra entera; pero aun los grandes globalizadores/contaminadores se vuelven súbitamente nacionalistas. Después de Three Mile Island, Chernobyl y el efecto invernadero, las mil trescientas centrales energéticas suenan realmente a gesto de un Atila de los tiempos modernos, sin importarles las frases dignas, valerosas y premonitorias del buen indio Seattle.

Volviendo al tema, y metido en esta cama de la cual no quisiera levantarme jamás, todavía hoy siento una terrible, casi mórbida curiosidad por aquellos seres que por una u otra razón han optado conciente o inconscientemente por dirigir sus apetencias sexuales hacia otros de la misma estirpe. Cuando encuentro a cualquiera de esos curiosos personajes, me fascina, como un niño que mira su cometa ascender por el cielo, observar y escuchar sus ademanes, palabras, gestos, maneras lingüísticas, vestimentas, con un inocultable deleite, admirando su valentía y dignidad de deambular por la vida, en medio de caminos cenagosos, aun vetados, por los menos en nuestras oscurantistas latitudes, por la predominante morbosidad e inmoralidad convencionales.

Y cuando ello me sucede, me remonto a aquellos trece años que me cabalgan sobre el espíritu, en estos momentos, como si no quisieran abandonarme, determinantes, seguramente, en mi malformada formación, testigos de mi primera gran contradicción vital, cuando mi único deseo era ser santo. Sí, santo, así como lo leen, y me importa un pito que se revienten de la carcajada (total los delirios febriles son los únicos momentos en los cuales decimos la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, no importa el desorden de

esa verdad) al saber que en aquel instante de mi existencia anhelé vivir como aquellos seres magnánimos, bondadosos, generosos, humildes, desprendidos, singulares, llamados santos, que desfilaban de lunes a viernes por la memoria y los labios del hermano Daniel, mi profesor de Religión, pasando sin romperlo ni mancharlo por este mundo en el cual solo se salvarían los que huían a tiempo de la mujeres pecadoras, de los hombres viciosos o de aquellos peligrosos seres libertinos llamados librepensadores, liberales, socialistas, comunistas, anarquistas, terroristas, de ideas perversas y enemigas de la Santa, Católica, Apostólica y Romana, cuya doctrina, brotaba del santo hermano Daniel, hundiendo la alborada de mis trece años (solo funcionó los primeros meses de aquel año de mi juventud, luego todo se puteó) en una muda y mística meditación que me acompañaba del refectorio a la capilla, en donde soñaba despierto y seguramente con la boca abierta y la mirada perdida en la Tercera Caída del Vía Crucis. Que fue la más tesa, como decían los costeños del curso, en la posibilidad de levitar como nuestro Santo Patrono San Juan Bautista de la Salle en la Catedral de Reims, mientras mis compañeros le mamaban gallo al profesor de inglés, un hombre seco, con cara, carácter y ademanes de asesino de la SS y le escondían las gafas de aro dorado en la cajita de la tiza sin que yo me atreviera a decir “esta boca es mía”, porque había aprendido a las malas que el que mucho habla mucho yerra, y tenía que convertirme en cómplice, por miedo a que me cargaran hasta la gruta de la virgen y me salaran o me echaran picapica en la espalda por sapo y por huevón, por creer que robarse los botellones de vino de la sacristía era pecado, como si los curas no tuvieran repleto de vino el depósito, que jamás conocí porque nunca me atreví a traspasar la puerta prohibida que comunicaba con las estancias y dormitorios de los hermanos. Aunque los costeños del curso, por jodernos a los cachacos, nos levantaron la calumnia de que pasábamos las noches

76 en aquellos lugares con el cura Mamoncillo, quien tenía la cabeza ídem, con Bola de Nieve (pero no el cubano sino un curita negro de cuatro en conducta y sonrisa melosa) o con el director de la Legión de María a quien llamaban Tonto Hermoso por lo bello,

y pendejo y porque dizque también era de rosca universal, y le inventaban todo tipo de historias que yo me negaba a creer, porque, como nos decía el santo hermano Daniel, los malos pensamientos disipan la voluntad, dispersan la inteligencia y distraen la capacidad de memorizar: “Patria te adoro en mi silencio mudo, / y temo profanar tu nombre santo. / Por ti he gozado y padecido tanto / cuanto lengua mortal decir no pudo...”, ni yo tampoco, aguantar por más tiempo, los tormentosos deseos nocturnos de mirar, a través de las ventanas del dormitorio del colegio hacia una casa de cortinas rojas y fachada negra situada al otro lado de la calle, como entraban y salían (a pesar de la prohibición del párroco de la iglesia de Egipto) muchos hombres, dizque a comerse a las viejas que allí trabajaban, como decían los costeños del curso en las conversaciones que yo escuchaba lleno de curiosidad en el estudio de la tarde, mientras yo aprovechaba para clasificar mis estampas de santos o mis vales de buena conducta o mis numerosos premios ganados por memorizar poemas religiosos o patrióticos, interesándome poco a poco en lo que los costeños del curso aseguraban, hasta que una noche, luego de varias semanas de pedirle perdón a Dios por mi debilidad frente a las tentaciones y lleno de deseos, salté la barda que me separaba de la calle, en compañía del hijo del presidente de la Sociedad de Padres de Familia del colegio, ansioso de conocer, por ochenta pesos que había ahorrado durante dos meses, el cuerpo desnudo de una mujer.

Y me quedó gustando.

Capítulo octavo

Mata Hari

Cada tarde, cuando llegábamos a esas residencias de la Veintiuna con Quinta —con su pequeña puerta sugestivamente abierta de par en par, a toda hora; el contra portón color caoba y mugre que defendía la vergüenza de las primerizas, de las que posaban de tales o se solidarizaba con el aturdimiento de las siempre avergonzadas; la aburrida y trasnochada mirada de la rechoncha mujer que hacía chillar sus floreadas sandalias de caucho mientras en un armario viejo buscaba para nosotros un trocito de jabón, una toalla diminuta (casi tanto como tus senos) que jamás usamos por escrupuloso fastidio, y el tele publicitando paquete de Seditas Rosado— me sentía James Bond. Con licencia para matar, pues tenía la certeza (que aún no he podido desmentir completamente a pesar de tantos años y toda el agua que ha rodado bajo nuestros puentes) de que me estaba acostando con mi propia espía.

Aún recuerdo que pensaba, cuando caminaba detrás de ti y de la mujer que nos guiaba por entre cubículos de placer habitados de parejas, que si no abría demasiado la boca (por lo menos para hablar) no correría mayores riesgos. Tú te desvestías como si fueses a cumplir un encargo, una misión secreta cuya realización requería la cotidiana exposición de tu cuerpo desnudo, cubierta solamente por ese camuflaje pálido y frío (tu piel siempre tuvo una textura que erizaba), pero deliciosamente virgen (tu totalidad lo era), que yo exploraba como arqueólogo avesado de tu cuerpo, mientras las paredes se encargaban de recordarnos con gritos desaforados

productos de pene-traciones sublimes o estrenos tormentosos, sanguinolentos; avergonzados; alientos desaforados como de búfalas en celo; entrecortados o caprichosos; carcajadas vaginalmente satisfechas o lloriqueos culposos y desesperantes; que estábamos compartiendo con nuestros anónimos contertulios, una solidaridad: la del combate, como decía Malraux, en aquel clandestino falansterio de coitos populares.

Al pueblo lo único que no le niega su condición es la posibilidad de coitar igual que los ricos, ya que tanto el clítoris como el pene son legítimos contradictores siempre, pero integralmente demócratas, para quienes no existen realezas ni aristocracias, siempre que los dos plenipotenciarios de carne, sangre y nervio se entiendan.

Afuera, Bogotá, la Atenas suramericana, la apenas suramericana, la tenaz suramericana, en eso ha quedado esta bella ciudad, malquerida de alcaldes y políticos, la del Señor Caído en Monserrate y en cualquier calle por obra y gracia de tanto hueco y de tanto rapazuelo, comenzaba a traquetear con esa vibración impaciente y acelerada de las seis de la tarde. “Paraguas a mil, a mil el paraguas, llévelo si no quiere llegar a su casa emparamado hasta las... llévelo, mi señora, cómprelo, mi docto, hay de todos los colores y tamaños, mecánicos o automáticos, miren como se abren, como las navajas de lujo, de un solo tiestazo”.

Entre tanto yo me lanzaba sin mayores preámbulos, sin prólogo, a consumirte, ajeno a cualquier sentimiento, a toda preocupación diferente a saborear tu cuerpo como si fuese un delicioso helado de chocolate que se derretía entre mis labios, poco a poco, hasta que no quedaba sino el cascarón, el agotamiento, el cansancio, el puro palito como Ortega.

Siempre supe que el sexo es como el miedo. Si lo compartimos nos causa una solidaridad placentera. Pero yo era contigo en aquel momento otra cosa. Un Bond chapineruno abogadil y poetastro con pretensiones de líder sindical y licencia para usar tu cuerpo como me diera la gana, y si me daba la gana de hundir mi palangana, total, tú, pensaba yo, me utilizabas para adquirir información sobre el sindicato. Luego estábamos en tablas en este ajedrez que la vida

nos había organizado, en donde los peones, como siempre, no corrían sino un pasito adelante, mientras el resto de piezas corrían por el tablero a su antojo comiéndose lo que querían. Aún no había aprendido a gozar otras cosas tuyas, que después descubrí, cuando a fuerza de deambular como un poseso por toda tu geografía terminé amándote, también como un poseso, porque la locura es lo único que nos hace verdaderamente libres y, como siempre pasa, luego me enamoré con locura de ti.

Pero en aquel momento, si tú llegabas al puerto, si descargabas tu espumosa libido o naufragabas, si sentías o no ese volcánico tropel de energía que comienza a gestarse en algún lugar de nosotros, hasta cuando trepidante estalla como una represa desbordaba en medio del campo de batalla de nuestro sudoroso contradictor, poco me importaba. Mi satisfacción tenía estética pero no ética. Era avara y egoísta. Mi posesión autoritaria. Sin interesarme tu permiso, como esos imperios que asolaron y azotan aún a pueblos indefensos, yo me introducía presuroso en ti, al tiempo que los voceadores de periódicos vespertinos, los vocalistas de trasnochadas loterías, los juglarescos afladores de cachivaches y los humildes traficantes de botellaaaas-papeleees se posesionaban, como jefes de sonido, de esa rutinaria colonización de tu cuerpo, que yo ejercía casi todas las tardes con mi propia espía.

Desde la primera noche denunciaste tanta curiosidad por conocer los detalles del Pliego que nos proponíamos presentarle a la empresa, que de inmediato comprendí el fracaso de tu misión y no aguanté los deseos de confesarte que me parecías una Mata Hari de tercera categoría... Tú sonreías sin desmentirme que no conocías a la famosa contraespía, en tanto yo empezaba a aprenderte con mis manos, mis labios y mis demás instrumentos.

Algunas veces procuraste quebrar mi desconfianza en ti, contándome las conversaciones que habías sostenido con Grenada Belfón o T. T. en las discotecas, o en los paseos que a menudo realizabas con ellos jugando ping pong con tus ojos y tus piernas, o me adelantabas en tono sigiloso alguna medida represiva de la

Gerencia, que yo te cancelaba satisfactoria y prontamente, no hay nada como deberle a pobres, con un nuevo chorro vital.

En esa época y hasta cuando me atrapó este marasmo depresivo que me tiene enconchado en esta cama como un caracol moribundo, tenía baterías para toda la transmisión, podía batear todos los *innings* y sacar las bolas del campo sin mayor esfuerzo.

Luego te disgustabas. O lloriqueabas. O simplemente rescababas esa cara inexpresiva que tan bien administrabas cuando tu mirada espectacularmente azul (esa especie de vanguardia, de punta de lanza de tu atractivo) fabricaba una inmovilidad difícil y resignada, de puertas para afuera, a mi indiferente necesidad de ti, hasta que llegaba el momento de poner fin a esa película que, cada vez con mayor frecuencia, filmábamos a partir de las seis de la tarde, y cortábamos nuestros secretísimos encuentros con un “nos vemos mañana” que yo te soltaba somnoliento, bien entrada la noche, desde la ventanilla de un taxi que paraba por instantes en la esquina de tu casa.

—¿Qué te crees, que soy de palo, que soy un dulce que chupas y botas el papel cuando te da la gana? —me gritó cuando intenté enrumbar hacia las Residencias.

Habíamos cambiado de lugar desde aquella tarde, cuando una secretaria de la empresa, que vivía cerca de nuestro apartamento vespertino, casi nos pilla llegando. Ahora, cuando tenía carro, aterrizábamos en un pequeño y discreto motel del norte, frente a unos cerros heridos por los traficantes de cemento y caliza. El hombre es el único animal que se caga en su propia comida. Cuando la tarde languidece renacen las sombras sobre los antes hermosos cerros bogotanos, estos socavones monumentales parecen desgarramientos, como si el alma de la tierra, tan respetada por nuestros abuelos indígenas, llorara la desgracia de haberse dejado conquistar por la civilización occidental depredadora y pugnaz.

82 —¿Qué pasa? —contesté haciéndome el pendejo. Acabábamos de encontrarnos en un acto cultural de la federación a donde había acudido con una de mis secretarias, con quien mantenía desde hacía algunas semanas una relación que intentaba, sin lograrlo, ser

clandestina. Era una morena muy hermosa, costeña, que olía a un dulce que me tenía embrujado. Apenas había estado con ella un par de veces, en un pequeño apartamento en donde no cabía ni el ángel de la guarda, pero sentía por ella una atracción irresistible.

—Crees que soy idiota, que no me he dado cuenta que tienes algo con Margarita —me soltó de golpe, sin calentamiento, como siempre decía las cosas. Y la verdad que me cogió fuera de base, por poco me voy contra un Renault que frenó adelante, porque jamás había sido celosa. Creía, hasta ese momento, que nuestro tácito compromiso de no tener ningún compromiso estaba vigente, que nuestra costumbre de encontrarnos para jugar a policías y ladrones, con nuestros cuerpos y nuestras inteligencias, era parte de su misión y de la mía. Pero me equivoqué. De cabo a rabo.

—Déjame aquí —me dijo cuando atravesaba una avenida atestada de carros.

—No puedo —contesté— después te espicha una tractomula y me la cobran por buena —idioticé al instante mientras preparaba alguna excusa al beso que en mal momento me había dado Margarita, en la puerta del teatro y en la boca, cuando entraba Consuelo.

—Que me dejes aquí o me boto —repuso abriendo la puerta del carro, con tanta seguridad que me dio temor de asistir a un suicidio anunciado. Esto sí sería un autosuicidio, como dijo alguna vez Carlos Andrés Pérez, porque intentaba perpetrarse desde un auto.

—Bueno, bueno, pero cálmate. Por qué no hablamos y te explico —dije sin mayor convicción, convencido, eso sí, de no poder improvisar nada, a la carrera, que contrarrestara ese beso que la tenía iracunda.

—Nada tenemos que hablar, imbécil —gritó con todo su rostro, clavándome de tal manera sus ojos que creí me iba a salpicar de azul. Era la primera vez que la veía fuera de sus casillas, y a fe que me sorprendió.

No tuve más remedio que orillar el auto y dejar que se perdiera entre una marejada de buses, busetas y tractomulas que entraban a Bogotá por la autopista del sur. Parecía que estuvieran invadiendo la ciudad. Eran como una toma nocturna de la urbe. Tuve que

arrancar de inmediato azorado por los pitos insoportables de tanto hijueputa. Una piedra gigantesca se me instaló en medio del pecho cuando la perdí de vista.

Aquella noche, antes de enrumbar hacia el apartamento de Margarita, sentí, por primera vez, que estaba enamorado de Consuelo.

Capítulo noveno

El minuto

Como en las películas de gánsteres de los años treinta, un bombillo sucio y amarillento dejaba caer una luz perezosa sobre una mesa redonda llena de papeles y libros. En la mitad, un gran cenicero de plástico quemado denunciaba que la reunión ya llevaba bastante rato. O que los escasos tres asistentes fumaban en exceso. Sentados alrededor de la mesa e inclinados hacia la tenue luz, como si necesitaran observarse los rostros al igual que en las partidas de póquer, conversaban en voz baja cuando Pinilla se detuvo en el umbral de la habitación, detrás de Gonzalo.

Era tan enrarecido el ambiente que Pinilla no alcanzó a distinguir a Julio desde la puerta. Con una gruesa chaqueta de cuero, sin corbata y sin gafas, no era fácil descubrir que se trataba, ni más ni menos, que de su propio mensajero. Menos reconocer entre los asistentes a una mujer. De cabello corto, negro y de facciones fuertes pero amables, Cecilia estaba prácticamente oculta bajo una ruana gris que parecía borrar su rostro, dándole a su presencia un toque un tanto misterioso.

—Buenas noches, compañeros —los interrumpió Gonzalo con su tono serio y formal de siempre.

—Buenas, compas, los estábamos esperando —contestó Cecilia sonriendo a Pinilla—. ¿Y Chucho, compas?, ¿por qué no llegan con él? —preguntó intrigada.

—Lo esperamos media hora y pensé que era peligroso seguir en el sitio —explicó Gonzalo—, por eso nos demoramos.

—Más peligroso es venir sin Chucho —puntualizó el mayor del grupo. Un hombre muy bien vestido de más o menos treinta años, con tono autoritario y una prepotencia que de entrada disgustó a Pinilla—. Chucho puede estar a esta hora detenido o sin saber adónde acudir... creo que fue una gran falla, compañeros —sentenció el hombre en una forma altanera que involucraba absurdamente a Pinilla.

—Deje el tremendismo, Ramón —lo corrigió Cecilia— acuérdesse que había una cita alternativa en caso de que Chucho no alcanzara a llegar a la cita con los compañeros —aclaró terminante señalando a los recién llegados.

—Además, si no llegó, fue porque seguramente no pudo viajar —supuso Julio en voz alta—. Yo le di instrucciones de no arriesgar los documentos de la organización. De no viajar si veía dificultades en el transporte. Y, como anunció la televisión hace unas horas, la carretera de Bucaramanga a Bogotá está controlada, desde anoche, por el atentado de los “elenos” —informó—. Tenemos, sin embargo, que cambiar de “Minuto”. Y no es prudente que prolonguemos demasiado esta reunión —concluyó con autoridad Julio, quien sin duda alguna tenía el control del grupo—. Fue en ese momento, cuando Pinilla reconoció sorprendido al joven que cada mañana se acercaba a su escritorio y le repetía la misma frase: “¿Quiere que le haga alguna diligencia en la calle, doctor Pinilla?”.

El abogado no podía creer que el recio y contundente militante que tenía al frente fuese el mismo muchacho humilde, sencillo, delgaducho, tímido, callado y sumamente respetuoso que había entrado a la empresa un par de meses antes de fundado el sindicato. Y menos que tuviese tanta experiencia conspiradora y revolucionaria.

—¿Qué hace usted en esta reunión, compañero? —soltó Ramón, con la misma altivez de sus primeras frases, sobre la cara asombrada de Pinilla quien, un tanto temeroso y confundido por la forma altanera del cuadro político, olvidó por completo el rito clandestino del “Minuto”, mirando a Gonzalo, su compañero de trabajo, con ojos de usted me trajo, “salve usted la patria”.

—El compañero Fernando es compañero de Miguel y de Carlos en el Departamento de Redacción de una empresa editorial. Y como es abogado y especializado en Derecho Comercial, vino... a estudiar... —titubeó—, a explicarles los alcances del *Nuevo Código de Comercio* —se refería a Julio, quien estudiaba Economía y a Gonzalo, abogado como Pinilla—. Usted es mi primo —se dirigió a Ramón— y yo estoy en mi casa, preparando un examen sobre el aparato digestivo que tengo mañana en la Univ. —Habló con tanta seguridad y conocimiento Cecilia, que Pinilla se sintió no solo resguardado, sino como manipulado. Tanto más cuando la joven revolucionaria cerró su descripción del “Minuto”, con una frase que confundió más a Pinilla:

—Además, el compañero Fernando se va a quedar esta noche aquí en mi casa, en Río Negro —terminó la muchacha mientras prendía un cigarrillo.

Pinilla no salía de su estupor, a pesar de que Gonzalo lo había preparado suficientemente. Le parecía estar jugando a los vaqueros, como cuando niño gozaba cambiándose los nombres por los de los *cowboys* de las películas del *far west*. O los de los charros de las cintas mexicanas. Resulta que ahora se llamaba Fernando. Su amigo, Miguel. Su mensajero Carlos. Y como si fuera poco, tenía que quedarse en la casa de una persona a quien apenas conocía. Eso no se lo había dicho Gonzalo, pensó. Pero se acordó lo que se había hablado de cambiar el “Minuto”.

—¿Le quedó claro el “Minuto”, compañero? —preguntó afectuoso Julio, quien hasta ese momento no se había dirigido a Pinilla.

—Sí... sí..., compañeros —contestó automáticamente Pinilla, sin mayor convicción, mientras sobre su rostro se posaban escrutadores el resto de ojos asistentes. Lo que tenía menos claro, del nuevo “Minuto” que había tejido Cecilia, era si realmente tenía que quedarse en su casa por instrucciones de la organización, o si era, como esperaba, parte de la historia ficticia que debía aprenderse en ese momento en que se sentía como en el colegio a punto de dar una lección de memoria.

No se atrevió a preguntar, porque le pareció imbécil, y porque se distrajo pensando que la compa no era muy bella, pero sí muy interesante. ¿Cómo sería hacer el amor con una verdadera revolucionaria, que había estado seguramente en la guerrilla, a juzgar por la experiencia que mostraba, y a la cual acababa de conocer? No sabía cómo empezar. Lo había hecho muchas veces con jóvenes pequeñoburguesas que posaban de intelectuales revolucionarias, pero cuya más comprometida militancia era desintoxicarse de frases marxistas-leninistas en las cafeterías universitarias, correr al menor olor de una jaula de la policía en las inmediaciones de la Nacional o la Pedagógica, cantar la *Internacional Comunista* en las marchas estudiantiles u obreras del 1° de mayo o acostarse con algún líder estudiantil de cualquiera de las toldas trotskistas, porque los marmertos eran muy lumpen y olían a feo, los maoístas no sabían bailar porque eran fundamentalistas y consideraban las rumbas como una desviación pequeñoburguesa, y los del Quintín Lame eran como indiecitos todos, qué pereza. Pero a Cecilia no sabía cómo seducirla. Quizá hablándole de la dialéctica marxista, pensaba. Ni siquiera cómo desvestirla. Nunca se había cuestionado cómo se desvestiría a una guerrillera de carne y hueso, tan seria y tan revolucionaria. Se la empezó a imaginar desnuda pero...

—¿Tiene alguna pregunta sobre el “Minuto”, compañero? —lo despertó Ramón de sus fantasías sexorevolucionarias, estrellando de nuevo una de sus irónicas y acostumbradas frases sobre la cara del nuevo militante, como si hubiese estado espionando los pensamientos de Pinilla.

88 —No, compañero —contestó arrastrando con dificultad sus palabras—, no se preocupe. Ya estoy preparado —completó con intención Pinilla. Recordó en ese momento las explicaciones que Gonzalo le hiciera sobre la importancia del “Minuto” en la cotidianidad del trabajo clandestino, en la seguridad de toda actividad revolucionaria. Consistía en armar una hábil “coartada”, sencilla, clara, verosímil y, sobre todo, comprobable por los organismos de seguridad del Estado, o por la simple policía, cuando se daba un allanamiento a una reunión clandestina, se sorprendía a un

militante en alguna acción revolucionaria; o se lo paraba en la calle a la entrada o salida de alguna reunión de la organización. Parecía tonta, como un juego de niños imaginativos, hasta graciosa, pero era de suma importancia en esos días de aguda represión política, le había puntualizado Gonzalo, máximo después de las nueve de la noche, cuando se estaban intensificando los patrullajes debido a las últimas medidas represivas del gobierno de Pastrana. Lo importante del “Minuto” no radicaba solamente en lo que se decía, sino en la coincidencia entre las diversas versiones de los involucrados en la medida de seguridad revolucionaria. Por eso había que tomarla con mucha seriedad. Varios compañeros habían ido a parar a las jefaturas por incongruencias entre ellos al justificar una reunión o un tránsito sospechoso por la calle en horas de la noche.

—No se olvide, amigo —evocó Pinilla las palabras de Gonzalo—, que usted es hoy un dirigente sindical. Y como tal —concluyó— usted es subversivo. Por lo menos, hasta cuando demuestre lo contrario.

—Bueno, compañeros —tomó la palabra Gonzalo sacando a Pinilla de nuevo de sus cavilaciones—, si no hay otro tema en la agenda, voy a presentar al compañero del cual hemos hablado en las últimas reuniones. Desde hace algunas semanas hemos estado preparándonos para esta cita. Creo que va a ser de mucha utilidad para el trabajo sindical del Partido. Y la Organización, por su parte, le va a poder dar asesoría en su responsabilidad sindical. Se llamará Fernando como lo ha anotado la compañera Cecilia y, al final de esta reunión, nos dará un informe sobre la situación del sindicato, sus nexos con la FEDE y los preparativos para la participación de su organización en la manifestación del viernes en protesta por el asesinato del compañero Allende —concluyó Gonzalo.

Cuando Pinilla escuchó otra vez su alias se desconoció de nuevo. Aunque él mismo lo había escogido semanas atrás en homenaje a un tío, no estaba preparado para cambiar de identidad de buenas a primeras, para ser rebautizado de manera tan informal y en sitio tan impropio, pensaba. Le pareció, ahora, estar jugando a policías y ladrones. Por un momento imaginó su foto en las páginas rojas de los periódicos, con un numerito debajo y sintió escalofrío. Su

compañero de trabajo en la Redacción de la empresa editora, que ya no era Gonzalo sino Miguel, lo había abordado la tarde de la renuncia del secretario del sindicato al verlo preocupado y, aprovechando la ocasión, le había hecho una rápida radiografía de la lucha sindical y de su inutilidad, si no tenía una proyección ideológica, una conducción política y el respaldo de una organización política. Le había confirmado sus sospechas sobre las prácticas políticas de la FEDE que apadrinaba al sindicato, caracterizándola como peligrosa y como brazo sindical, en Colombia, de la extrema derecha internacional. Lo había felicitado por su consecuencia con la lucha de los trabajadores, pero también le había puntualizado, a menos que quisiese colaborar con la patronal o cohonestar un sindicalismo reaccionario, la irresponsabilidad de seguir dirigiendo el sindicato con un criterio voluntarista, pequeñoburgués, inediatista, economicista, sin una táctica y una estrategia revolucionarias. Finalmente lo había invitado a participar en una de las instancias organizativas del Partido.

Gonzalo, también abogado, era un par de años mayor que Pinilla e integraba con este y con la doctora Luz Helena el Departamento de Redacción de la empresa editorial, bajo la dirección del doctor Garza. Un diletante ideológico especialmente dedicado al licor y a las mujeres. Y con ciertas pretensiones de escritor y poeta. Gonzalo había llegado a la Compañía un par de semanas después de Pinilla, y se había ganado el respeto de las directivas por su eficiente trabajo de analista del acontecer económico del país, redactando una revista de economía, de cerrada pero importante circulación nacional. No se había afiliado al sindicato por cuestión táctica, se justificó cuando Pinilla le había increpado su falta de solidaridad, pero le anunció al fiscal del sindicato, eso era Pinilla, que ya lo había discutido con el Partido y en breve lo haría.

90 Esa noche, en el camino a la cita con la célula y durante la espera al compañero Chucho, le había dado los últimos detalles sobre las minucias de pertenecer a una organización revolucionaria, con un brazo armado en la montaña y una militancia en las ciudades encargada de penetrar el movimiento obrero y dirigirlo por

cauces revolucionarios. Y, sobre todo, le había aclarado las principales pautas de comportamiento de tener que realizar un trabajo legal y una militancia clandestina: no cargar libretas de teléfonos con nombres o direcciones de compañeros. Y, de hacerlo, tenerlos en clave. Llevar, en momentos de realizar alguna acción de calle, ropa cómoda de la cual pudiese deshacerse rápidamente, como chaquetas amplias de doble faz, ruanas o *sweaters* anchos. Tener siempre a mano suficientes monedas para llamar por teléfono. No contarle a nadie, ni siquiera a la propia amante, la pertenencia a la organización. Por la seguridad propia, de la persona cercana y de la misma organización. No llevar encima, salvo cuando el trabajo lo requiriese, documentos comprometedores. Y, de tenerlos en casa, hacerlo en lugares seguros en donde hubiese facilidad de desaparecerlos en caso de allanamiento. No levantar, en lo posible, sospechas en la familia, ni entre amigos no militantes.

No conversar en la calle o en reuniones legales con compañeros de la organización. Cumplir las citas y las instrucciones partidarias con la mayor fidelidad y puntualidad. No llegar jamás a los encuentros en sitios públicos de manera directa, sin hacer antes un detallado reconocimiento visual del lugar.

Ya en los días anteriores, Gonzalo se había encargado de poner en conocimiento a Pinilla, mediante lecturas y conversaciones, la historia, la trayectoria, la posición coyuntural y la línea política estratégica del Partido. No podría, a partir de ese día en que ingresaba oficialmente a la Organización, tomar ninguna iniciativa sindical de fondo, sin consultarla con el Partido, el cual obedecía en sus decisiones y actuaciones, a las prácticas del Centralismo Democrático Leninista. Pertenecería inicialmente a un comité de base, pero podría ir ascendiendo los diversos niveles de la estructura organizativa, hasta llegar a una célula. Todo era cuestión de compromiso, méritos y talento revolucionarios, como en cualquier empresa. Y, finalmente, debía estar decidido y preparado, si las necesidades políticas de la organización lo requerían y las instancias superiores lo estimaban conveniente, a entrar en la clandestinidad total o irse para el monte a tomar las armas.

¡Tomar las armas!

A pesar de que Gonzalo se lo había planteado en serio, Pinilla lo había tomado como un chiste. Pero no había dicho nada. Le dio pena. Y lo vio tan remoto que prefirió callar. Recordó al punto las decenas de películas de vaqueros que desde niño vio en los cinematógrafos de su padre. No había matado en su vida ni a una mosca y no estaba acostumbrado a usar ni cortaúñas. Las únicas armas que habían pasado por sus manos eran de fulminantes, con las cuales jugaba de niño y manipulaba con la mímica y habilidad de los pistoleros de la pantalla. Además, tenía un impedimento para irse a la guerrilla. Pero no se atrevió a confesárselo a Gonzalo. Y menos a la Organización, hasta mucho tiempo después, en una situación límite. Le tenía un pavor terrible, visceral, tuetánico, intravenoso, a los ratones. No se imaginaba a un combatiente, menos a un comandante guerrillero, chillando frente a una rata de monte. O corriendo ante la presencia de un roedor. Sabía que si le ponían delante de sus ojos un simple Hámster era capaz de denunciar, con pelos y señales, a su propia madre.

Y a toda la guerrilla del continente.

Capítulo décimo

¡Compañeros militantes, no se hagan los...!

—“...Ahí están... esos son... los que venden la nación... ahí están... esos son... los que venden la nación...” —miles de gargantas coreaban la consigna, señalando con la mano, con pequeñas banderas de Chile y de Colombia y hasta con las propias pancartas gigantes, los amplios ventanales del edificio de la carrera Séptima con avenida Jiménez, mientras detrás de las cortinas y de los gruesos vidrios de *El Tiempo*, sus reporteros gráficos captaban con expectante tranquilidad, furtivamente para no enfurecer a la multitud, las imágenes de sus agresores verbales. Para ilustrar la edición del día siguiente. O para suministrárselas a los servicios de inteligencia.

El sindicato liderado por Pinilla, no obstante ser el más joven, era uno de los más destacados en la marcha. A pesar de que no había sido afiliado todavía a la FEDE, encabezaba en la manifestación el grupo de la organización gráfica de segundo grado de la CONFE. O por lo menos hacía presencia bajo el techo organizativo de ella.

Era la táctica aprobada por la central democristiana —ante la ascendencia de que Pinilla y sus compañeros iban ganando en la FEDE, como resultado de la dirección del Partido y del compromiso de muchos de sus afiliados con la causa obrera, alejados como estaban de los viejos vicios del sindicalismo nacional y portadores de un espíritu fresco y combativo— para darle protagonismo a la nueva organización de base y conquistarla hacia la de segundo nivel. Y, sobre todo, para zanjar, delante de las bases, la disputa que Pinilla había tenido con los jefes de la CONFE, especialmente con el

presidente William, públicamente, en la primera reunión preparatoria de la marcha. Y que había sido el comentario escandaloso entre los obreros afiliados a la Central en la última semana.

Opuesto inicialmente a permitir que la CONFE manifestara en las calles el repudio que todas las organizaciones obreras y estudiantiles del país iban a expresar por el asesinato de Salvador Allende en el Palacio de la Moneda la semana anterior, con el argumento de que el presidente chileno era comunista y que la CONFE no podía apoyar públicamente un régimen con el cual discrepaba ideológicamente, William se había enfrentado a gritos con Pinilla, llamándolo burguesito jugando a revolucionario. Hasta lo había retado, indirectamente y fuera de sí, a un debate público frente a las bases de su propia organización.

—Lo que usted quiera y cuando lo quiera, señor gerente, si tiene tiempo para las bases —le había contestado Pinilla irónico, subiendo la voz y de pie—, pero después de la manifestación del viernes. Entonces veremos a quien prefieren los compañeros de mi organización, si a un burguesito comprometido con la causa popular o a un obrero traidor a la causa del pueblo latinoamericano, asesinado en estos momentos en Chile.

La tensión creada por la disputa en el Comité de la CONFE entre los dos dirigentes fue saldada por los buenos oficios de Tomás, el vicepresidente, quien logró convencer al Comité de la mala imagen que daría entre el movimiento sindical del país, el marginamiento de la CONFE, de una protesta que se estaba generalizando no solo en toda América Latina sino en el mundo entero.

94 Pinilla, por su parte, había logrado una reunión extraordinaria del sindicato el día siguiente. A pesar de que algunos de sus miembros habían disentido de involucrar a la organización en algo meramente político, en vista precisamente de la proximidad de la presentación del primer Pliego de Peticiones a la empresa, Pinilla había podido, con el apoyo decisivo de Gonzalo y de Julio, hacer aprobar por abrumadora mayoría, y luego de amplias explicaciones sobre la necesidad de protestar contra el asesinato de la clase obrera

chilena, hoy por mí, mañana por ti, la participación en la manifestación del viernes siguiente, con la CONFE o sin ella.

Cuando acababa de redactar una comunicación a la FEDE, informándole sobre la votación de las bases del sindicato a favor de salir a las calles bogotanas a protestar por el crimen contra el pueblo y la democracia chilenos, recibió en su casa una llamada de la CONFE. Era el propio Tomás, quien, luego de saludarlo afectuosamente, le comunicaba, sin alusión ninguna a su disputa con William, que el Comité Ejecutivo no solo había aprobado la participación de la Central en la marcha, sino que había dispuesto un presupuesto para la elaboración de una pancarta y un pasacalles gigante con el nombre del sindicato.

—¿Qué pasó, compañero? —no se pudo quedar callado Pinilla.

—Eso mejor lo tratamos personalmente tú y yo la próxima semana —le respondió con aire confidencial Tomás, dejando ver a todas luces cierta complicidad con Pinilla y, sobre todo, alguna discrepancia con William—, por ahora me gustaría que mañana trabajáramos en la organización de la marcha —terminó justificando mucho trabajo.

—Está bien, compañero, le agradezco mucho su intervención —le contestó Pinilla—, ojalá no vaya a tener problemas con la CLATA —le soltó, con el deseo de sacarle algo de lo que había sucedido luego del *impasse*.

Pero Tomás, viejo zorro sindical, no cayó en la trampa del joven abogado. Prefirió despedirse como si nada hubiera oído.

—No se preocupe, compañero, ya hablaremos luego —evitó el tema—. Muy buenas noches.

—Pinilla sonrió con una gran sonrisa. Estuvo a punto de llamar a Gonzalo, pero recordó que era mejor no tratar esas cosas por teléfono. Además, estaba cansado. Miró el documento que había acabado de escribir, pensó romperlo en vista de que había perdido vigencia, pero prefirió guardarlo por si las moscas.

Por eso, cuando el Comité Directivo en pleno, presidido por el propio presidente de la CONFE, portaba muy orondo la pancarta del sindicato, en donde se protestaba contra el Golpe de Estado

en Chile y la ingerencia de los EE. UU. en el asesinato de Allende, Pinilla sintió asco del dirigente de la Central. Y pensó que la política no tenía moral. Ni ética. O tenía una ética propia, la de la conveniencia. La de los fines. En últimas la ética del Poder, así, con mayúscula.

Esa enfermedad del Poder, era para algunos una patología. Encarnado o concentrado en una sola persona o en unos pocos individuos es signo de atraso cultural e institucional. Así no se lo vea de esa manera. Se puede hablar incluso de una erótica del Poder, como una compensación a las propias carencias afectivas y psíquicas. Se dice de algunos poderosos, que el Poder les sirve de afrodisíaco, pero igualmente puede connotar impotencia. Eso fue lo que sintió Pinilla, además de fastidio, cuando William lo vio llegar y, como si fueran grandes camaradas, lo había invitado, con una sonrisa de oreja a oreja, como si nunca hubiesen discutido y como si fuese un fervoroso admirador de Allende y de su proyecto socialista para Chile, a portar a su lado la pancarta que la Confe había mandado a hacer con el nombre del sindicato.

Mirando otra pancarta gigantesca con la cara de Allende, con rifle y gorra de militar, como había aparecido en una de las primeras fotos del Golpe contra el Palacio de la Moneda en Santiago, que había recorrido el planeta la semana anterior, Pinilla se acordó del viejo médico y luchador socialista a quien tanto había admirado. Recordó aquella tarde, de hacía dos años, cuando detrás del automóvil del político chileno de visita en Bogotá, había recorrido las calles del centro de la ciudad, logrando verlo muy de cerca en una de las esquinas del barrio colonial de la Candelaria. Y el artículo que había escrito para una revista universitaria, cuando el recién asesinado presidente, a quien en ese momento el pueblo bogotano estaba rindiendo homenaje y protestando por su asesinato mientras incendiaba una bandera norteamericana, acababa de ganar limpiamente las elecciones en Chile. Y de firmar, con su ascenso al poder, su sentencia de muerte ante Pinochet y sus traidores de todos los pelambres y latitudes: la CIA, la ITT, el Departamento de Estado y el prepotente, cínico y criminal Henry Kissinger, quien había escogido a un oscuro y traidor general del ejército chileno, para consumir los

designios del imperialismo norteamericano, acremente atacado, en ese momento, por miles de gritos enfurecidos a lo largo y ancho del planeta.

Nunca había tenido una buena relación con la muerte. Menos cuando ella visitaba, absurdamente, a personas cercanas a sus sentimientos. En ese instante, mientras un orador de la manifestación había pedido un minuto de silencio por el compañero Salvador Allende, Pinilla sintió que algo se le estacionaba en la garganta. Era como un trapo difícil de pasar. Como una papa caliente que le quemaba no solo en la boca sino el espíritu. Nadie se había dado cuenta, pero los ojos de Pinilla se habían humedecido.

“¡Abajo el imperialismo norteamericano! ¡Kissinger, asesino! ¡Abajo la CIA! ¡Pinochet, asesino! ¡Viva el victorioso pueblo de Vietnam! ¡Abajo la criminal CIA! ¡Fuera Gringos de Vietnam! ¡Abajo la ITT! ¡Fuera de Colombia el Instituto Lingüístico de Verano! ¡Viva Ho Chi Minh! ¡Compañero Salvador Allende!”. “¡Presente!”. “¡Compañero Camilo Torres Restrepo!”. ¡Presente!. “¡Comandante Ernesto Che Guevara!”. “¡Presente!”. “¡Comandante Fidel Castro!”. “¡Presente!”. “¡Arriba los pobres del mundo... De pie los esclavos sin par... Unidos todos venceremos... Con la Internacional!”.

Una marejada de estudiantes de la Universidad Nacional ingresaba a la Avenida Jiménez por la parte sur de la Gobernación de Cundinamarca. Una de sus dirigentes, al ver a un grupo de estudiantes de Derecho de la misma universidad, observando la manifestación como si estuviesen frente a un desfile de carrozas de Carnaval, empezó a gritar con todos sus pulmones: “¡Compañeros mirones... no se hagan los huevones! ¡Compañeros mirones... no se hagan los huevones!”. La siguieron miles de gargantas enfurecidas.

Minutos antes de terminar la manifestación popular, cuando ya muchas organizaciones empezaban a recoger sus banderas y pancartas, un muchacho, con el rostro cubierto con un pañuelo negro, había lanzado, por encima de Pinilla y contra un escuadrón del ejército apostado en la puerta principal de la iglesia de San Francisco, una bomba Molotov. Enseguida, y como autómatas, un soldado

joven había bajado su fusil y se preparaba a disparar apuntando contra el pecho de Pinilla, cuando un capitán se lanzó en vuelo monumental contra su subordinado, logrando tumbarle el arma e impidiéndole consumir lo que hubiese sido quizá una tragedia. Y la muerte segura de Pinilla, a juzgar por el calibre y la cercanía del cañón del arma a la humanidad del abogado.

Pinilla no soportó la doble presencia de la muerte, la consumada y la virtual, en tan poco tiempo. No aguantó más. Sin pensarlo, abandonó la histórica esquina bogotana.

Entonces comenzó a caminar con las manos y el espíritu en los bolsillos. Sin parar. Como si le hubiesen dado cuerda. Igual que un zombi. Divagando. Cuadra tras cuadra. Bajo la lluvia que empezó a caer sobre la ciudad...

Lluvia y Bogotá.

Bogotá y lluvia son dos palabras que no pueden pronunciarse separadas en esta ciudad telaraña que nace y muere en cada esquina. Son como esos amantes eternos que luego de cada coito se insultan, se desprecian, se repelen, pero que no pueden separarse en forma definitiva nunca. Una monotonía que se repite cada día con un cierto sabor místico de conformismo, de paciencia, para quienes nacen con la suerte de respirar en esta planicie seca y sana, hoy envenenada de urbe. Pesadez de trancones, atracos, pordioseros y ruidos que se suceden sin descanso de la noche a la mañana de todos los días, matizando el tedio de este centro desarrollado en medio de un vasto desierto de miseria y subdesarrollo. Cuando se mira a Monserrate, medio perdido en la bruma que deja la lluvia, parece una montaña de juguete con una iglesia de caramelo blanco en la punta, entumida y solitaria. Pinilla respira hacia el cielo a medida que avanza por la Séptima. Los vendedores de paraguas a quinientos pesos, a cuatrocientos pesos, a trescientos pesos. Los traficantes de joyas, esmeraldas, relojes dorados. Los feriantes de bocadillos con queso, cocadas, dulces de colores, gelatinas blancas y tremulantes de pata, jugos de naranja, recostando su trabajo informal en las aceras de cada esquina. Los arrendadores de llagas y muñones cultivados en el suelo húmedo y frío de las calles, esperando una moneda que

desentuma el hambre. La niña del LEY que busca, entre la multitud que acaba de salir de la manifestación, a su novio, quien llega por fin a la puerta lateral de San Francisco. La besa rápidamente y le empieza a calentar el oído, mientras cogidos de la mano se dirigen presurosos a la residencia barata de la Veintiuna con Quinta a penetrarse de amor bajo las cobijas, “hora y media no más, mi amor”, antes de acompañarla a tomar la buseta en la Décima y desaparecer tras otro beso y un “me llamas cuando llegues” detrás de un racimo de cuerpos que se disputan a codazos la puerta del automotor. San Francisco, La Veracruz y La Tercera. Una trilogía que aprendió de niño como Tabio, Tenjo y Cajicá, cuando su mamá lo llevaba a las procesiones de Semana Santa o a visitar monumentos el Jueves Santo por la noche. Allá vamos, Avianca, aerolínea emblema del país, o sea del desorden de Colombia, en los cielos del mundo de retrasos, irresponsabilidad y monopolio del correo. Llueve, ahora profesionalmente, sobre una esquina llena de perritos recién nacidos a punto de entumirse en las manos de sus vendedores que se amparan del agua bajo los aleros del LEY, o de los almacenes de licores o de ropa fina, que se prolongan, cubiertos de una nube de vendedores ambulantes, hasta la esquina de la Diecinueve, desde donde Monserrate es ahora solamente un montón de bruma, levantada y enhiesta sobre una ciudad graduada en el raponazo callejero, el salivazo pitador y la gripa eterna de sus seis millones de soledades, que chocan en sus calles y avenidas, en los buses, en los supermercados, en los estadios, en los cines, en las iglesias. Y que no han aprendido a convivir tranquila, civilizadamente en esta algarabía de ladrillo, cemento y ruido, refugio y frustración de ilusiones provincianas, capital del miedo colectivo, el frío y la nostalgia.

La tarde cae, como una sombra larga y angustiosa de Silva sobre la cabeza de Caldas, nuestro científico tropical, que descubrió, con todos sus méritos, lo que ya los europeos habían descubierto, pero no nos habían contado por qué todo nos llega tarde, hasta la muerte cuando menos lo esperamos; como este chubasco que parece va a ahogar esta Séptima jodiendo a los informales que no saben cómo salir de sus cachivaches y reposan botados en las escaleras de

la Telefónica, amontonados con raterillos sin trabajo, empleados emparamados, pordioseros a la caza de un cobre o de una empanada a medio comer, o maricas a la pesca de un muchachito, mientras el agua obliga a mirar las carteleras del Jorge Eliécer o las de la Cinemateca distrital; siempre con una programación fina, al margen de los cines comerciales llenos de porquerías gringas, karatecas con caras de asesinos, policías criminales a nombre de la justicia o sexo de caramelo que hacen las delicias de los adolescentes, invitándolos a la pura paja mental, ante la hipócrita norma de una sociedad que no les permite amar libremente a sus novias, obligándolos a tirar con prostitutas que los coronan con toda suerte de gonococos, como los que combatió el señor Pasteur que tiene su terraza al final de la calle de la Alegría, convertida en punto de encuentro de toda la mariconería del centro de la ciudad, tamizada, después de ciertas horas, de prostitutas y vagos de todos los pelambres, que caminan de un lado para otro en busca de cualquier programa homoheterotrisexual para pasar la noche, sin llegar jamás a la Veintiséis en donde la personalidad de la megalópolis cambia y adquiere un toque más tranquilo, algo señorial, con un dejo solitario que se prolonga a la Séptima, al norte, hasta el parque nacional.

Cansado, Pinilla, decidió sentarse en uno de los bancos cercanos a la bellísima y monumental alegoría del general Rafael Uribe Uribe. Muerto también, asesinado también, en esa misma carrera, treinta cuadras atrás, por los más oscuros y criminales espíritus conservadores colombianos de comienzos del siglo xx. Por las mismas razones por las cuales asesinaron al Che, a Allende, a Gaitán, a Camilo, a Martin Luther King, a Lumumba, a MalcolmX y a tantos otros, pensó Pinilla. Por luchar y solidarizarse con los condenados de la tierra. Y por hablar de igualdad y socialismo en una sociedad cerrada, conservadora, hipócrita, goda hasta la médula, cavernaria y hostil, en últimas, al ser humano.

100 Una joven pareja de novios, aprovechando que la lluvia no abandonaba aún la ciudad, se había refugiado en una de las grutas de pino del histórico parque bogotano.

Y se besaban profunda y profusamente.

La vida, no obstante, pensó Pinilla mientras observaba con curiosidad y alegría el furor juvenil de los amantes, sigue luchando contra la muerte. Y a veces, se dijo contemplando aquel inmenso, hondo e interminable beso, pareciera que la venciese.

Llovía.

Capítulo undécimo

Lo platónico... no quita lo pajuelo

Para mí fue un verdadero descubrimiento.

A pesar de que algunas veces los costeños del curso hacían alusión a ella en términos jocosos, burlones o soeces, yo nunca había acudido a sus excelentes servicios. Creo que fue en clase de Sociales. El profe, un andaluz simpático y dicharachero como el que más, de cuyo nombre sí quisiese acordarme y quien había huido de su tierra cuando la guerra civil, creo que la nombró.

No me acuerdo a propósito de qué, ya que el pequeño republicano se ocupaba de llenarnos la cabeza de causas y consecuencias de las guerras mundiales, con tan sabrosa labia que yo me sentía héroe de los combates ideológicos y militares que nos narraba dos o tres veces por semana. Allí, o mejor con el españolucho, como lo llamábamos, fue que me enamoré de la historia. Amor que se reforzaría dos años más tarde con Roderos, un abogado cristiano y socialista que me abrió para siempre la conciencia y a quien le debo, además, mi afición por la política, la sociología y especialmente la libertad. Pero ese es otro cuento. Lo cierto es que un día, de mis intensos trece años, parece que todo me hubiese ocurrido en esa edad, la conocí.

Y llegó en el momento preciso, pues ya me habían asaltado las preocupaciones sexuales y, sobre todo, las necesidades magníficas de la comunicación más deliciosa y estimulante que el hombre haya inventado, la de las pieles. Desde hacía un tiempo ya no me contentaba con besos alargados y llenos de fuerza como los que vi y aprendí de niño en los cinematógrafos de mi padre. Ni con las tiernas y

dulces caricias de los rostros de las niñas que había enamorado de tiempo atrás. Mucho menos con las simples palabras acarameladas que manejaba con cierta facilidad desde niño. Ahora, cada vez que estaba ante la presencia femenina, quería indagar, descubrir, conocer, palpar, recorrer todas las entretelas de esos cuerpos y de esas pieles que siempre me parecieron y me siguen pareciendo, aun en estos momentos de mucho calor y poca efervescencia, extraordinarios, la mejor prueba de la maravilla de la vida: las mujeres.

Cuando llegué a casa, luego del colegio, dispuse toda la parafernalia para la realización iniciática del rito. Me ayudó que tanto mi madre, como mi padre, que solo llegaba por la noche, no estaban. Y que la empleada, una llanera grande y bella, de senos gigantescos y rostro de durazno acababa de terminar sus labores. Y, de seguro, como siempre lo hacía, según lo tenía yo chequeado, iría a bañarse. Yo había descubierto, días atrás, que desde una de las ventanas de mi habitación podría verla cuando se desnudaba en su pequeño cuarto detrás del lavadero. Corrí a mi habitación. Cerré la luz. Eché seguro a la puerta, ya que en cualquier momento podría llegar alguno de mis hermanos y era factible que fueran a buscarme para algo. Me quité los zapatos y me quedé en medias encima de la cama, por si llegaba mi madre y tenía que salir rápidamente. Fue en ese momento cuando apareció, como un espectáculo de circo, el magnífico y monumental cuerpo de esa mujer que desde que había llegado a la casa, unos meses antes, atormentaba mis noches. Ella me había hecho sentir, por primera vez en la vida, una sensación extraña, que he seguido experimentando, a lo largo de mi vida, una y mil veces: un dolor indescriptible, suave y delicioso pero molesto, como el dolor de la frustración y la pérdida, en la región pélvica, ante la presencia de un cuerpo de mujer que me atrae y al cual no puedo tener acceso. A veces, iba acompañado de erección y de un movimiento involuntario de las piernas, como si estas necesitasen el juego de abrirse y cerrarse, para desprenderse, librarse y superar un deseo que me asaltaba cada día con más intensidad. Además, casi siempre se hacía acompañar de alguna silenciosa exclamación. Recuerdo que lo sentía con mucha frecuencia en el bus del colegio,

cuando desde la ventanilla y en vista de que los curas nos habían prohibido hablar, veía mujeres —siempre me gustaron mayores que yo, a pesar de que jamás, hasta que cumplí dieciocho, me atreví a enfrentarme amorosamente a ellas— con las cuales hubiera querido estar desnudo. Sus pechos abiertos de par en par para mí, ya que como si intuyera y se solidarizara con la presencia de mi mirada, se había colocado justo en el ángulo preciso para que yo acariciara con mis ojos desorbitados tanta carne magnífica. Tanta piel dorada. Tanta desnudez. Tantas tetas, en últimas. Como un zombi, un autista, un voyerista consumado pero inactivo hasta ese momento, sin proponérmelo siquiera, movido por la necesidad de quitarme ese dolor que ya empezaba a recorrer mis entrañas, mis manos se lanzaron al asalto de Nené.

Así lo llamé desde aquel día y lo he seguido llamando siempre. Hasta el punto de que alguna amante mamagallista y caliente me propuso un día, muchos años después, registrar su nombre en el Registro Nacional de Propiedad Intelectual. Y me convenció de que, entre tanto, lo bautizáramos con toda la pompa y circunstancia, es decir con ponqué y champaña. Y así lo hicimos. Como no era fácil invitar a nuestras amistades a la fiesta de Nené, decidimos, a mi pesar, ya que no soy muy amigo de nuestros hermanos menores, colocar a una trilogía de gatos de Angora que tenía en su apartamento, bellos pero maricones, ante nosotros, mientras ella destapaba la botella de Veuve Clicquot Ponsardin y la desocupaba sobre Nené y sus alrededores y yo untaba de caramelo de arequipe a la Nena, como bauticé emblemáticamente, en ese instante, la deliciosa pulpa rosácea, juguetona y cálida de mi imaginativa, condescendiente y gozona amiga. Todo dentro del más tradicional y conservador ambiente colombiano, con velitas del LEY y *Happy Birthday* gringo, que los tarados y silenciosos gatos miraban con indiferencia, hasta que decidimos unir en un interminable y turbulento beso a la Nena y a Nené y los felinos comprendieron que no estaban invitados a esa fase del ágape y optaron por retirarse educada y respetuosamente.

Una vez atrapado, Nené comenzó, ante los acompasados movimientos de arriba abajo y de abajo arriba, como los émbolos de los

motores, a crecer desmesuradamente, engolosinado con la vista de la mucama que, de un momento a otro, cuando terminó de remendar sus pantaletas negras, estimulante Pené-lope, desapareció de mi mirada cerrando tras de sí la puerta del baño y produciendo una alteración física en Nené, de imprevisibles consecuencias, que yo no entendía. Nené comenzó a decaer, a deprimirse, a perder consistencia, a quebrarse ante mis ojos asombrados, sin que yo encontrara solución para levantarle el ánimo, para superar tan desagradable y frustrante situación, a pesar del aumento inconsciente del número de revoluciones.

Pero, oh, maravilla, algún hado benigno acudió en mi ayuda, ya que de pronto, sin que yo supiera por qué, apareció de nuevo la mujer, pero no en la realidad, sino en mi mente febril y angustiada.

Entonces descubrí, a la manera de como debieron surgir los grandes inventos, a partir de ensayo-error, que si yo me concentraba en ella, o mejor en sus voluptuosas carnes, lograba revivir, despertar, enarbolar de nuevo, resucitar como a Lázaro, a Nené. Y gozar indescritiblemente. Pero mi sorpresa fue mayor, cuando al estilo de los más avezados científicos, relacioné, hice analogía, comparé, lancé la hipótesis y comprobé, que esa sensación de placer maravillosa, por parangón tanto intelectual como físico, se asemejaba de manera increíble a la que sentía espontáneamente, en la misma región de mi cuerpo, bajo vientre, cuando trepaba por las barandas verticales de los pasamanos y varillas del parque de frente a mi casa. Y concluí, como Galileo, que desde hacía mucho tiempo —sin saberlo y sin haberlo nominado, no como ahora que ya lo conocía académica, científica y experimentalmente— yo me masturbaba. Y que mi vida sexual, hasta ese momento, giraba como la tierra, no alrededor del sol, sino en torno a las inocentes y juveniles sensaciones lúdicas que Nené, aún no había sido bautizado (nota del autor), me había proporcionado generosamente, desde el día que comencé a subir, para competir con otros y otras niñas del barrio, las barras de hierro del parque. Pero mi experimento no se quedó allí. A los pocos días, o mejor a las pocas noches, cuando la imagen virtual de la empleada, quien había tenido que irse y regresar a su pueblo ante la grave

enfermedad de su mamá —siempre que se aburrían en las casas bogotanas, las muchachas de provincia tenían ese mágico, sentimental y eficiente recurso para cambiar de familia, de residencia o de novio Policía—, empecé a experimentar, a seleccionar y a utilizar, con inobjetable éxito, un amplio menú de amantes virtuales, que no solo lograban el estímulo que necesitaba para darle gusto y salida a las cada vez más intensas y reprimidas apetencias de mi libido juvenil, sino que desarrollaban positiva, estética y nemotécnicamente mi desbordante imaginación juvenil.

Claro. Por primera vez comprendí la importancia trascendental del séptimo arte, su invaluable contribución al desarrollo y placer sexuales de nuestra adolescencia, a partir de la cantidad de películas que había visto desde infante. Y, sobre todo, la virtud magnética de las famosas e inalcanzables actrices de la televisión o el celuloide. Desde las domésticas y un poco sosas cantantes de la televisión colombiana, pasando por las patéticas Tere y Lorena Velásquez con sus insondables pechos cubiertos por el recato del cine mexicano, hasta las abrumadoras, libertinas, escandalosas y despampanantes tetas (habían sido cultivadas en las pampas gauchas, me imagino) de las malísimas divas y sexy bombas argentinas tipo Isabel Sardi. Todas jugaron un rol importante en ese despertar de mi recién estrenada lujuria. Sin embargo, además de la magnética, ninfómana y depresiva gringuita de la Marilyn, quienes me prestaron mayor apoyo, ya que su evocación no solo era estimulante a mi solitario placer, sino un goce intelectual debido a mi admiración por sus pueblos y culturas, fueron las europeas. Descontando a Marisol y a Estrellita, de quienes me prendé platónicamente desde los doce años, cuando se presentaron en Bogotá y pude verlas de cerca pero a quienes jamás me imaginé siquiera en vestido de baño, fueron Sarita Montiel, Carmen Sevilla, Brigitte Bardot, Gina Lollobrigida y, sobre todo, la más extraordinaria, majestuosa y sensual actriz de toda la historia del cine hasta hoy en día, la bellísima romana Sofía Scicolone Loren. Cuantas noches maravillosas me acompañó, sin que ponti aquí ponti allá lo notara siquiera, aquella especie de Afrodita italiana del siglo xx, logrando siempre, hasta en aquellos momentos

en que Nené se ponía reacio a mis deseos, o se hallaba distraído, perezoso o tímido, levantar su fálica estructura hasta los más altos niveles posibles y atraer finalmente el reparador y blanquecino chorro vital. Cómo le debo a la Loren (aún no había surgido su sucesora en mis apetencias, la genial morocha brasileña Sonia Braga) los más placenteros, gratuitos e inolvidables momentos de solitario placer. ¡Un pajazo a su salud! Y mis respetos a Carlo.

Y mis más sentidos y agradecidos reconocimientos a ese maravilloso y eficiente recurso sexual, el mejor, el más barato, lúdico, descomplicado, íntimo, imaginativo y silencioso anticonceptivo para estos tiempos del sida, la muy respetable y señorial amante, Masturbación.

¡Pura paja..!

Entonces comenzaba a vivir, quizá por primera vez, el más romántico, dulce, íntimo y estremecedor amor de toda mi vida:

Tú eres lo más lindo de mi vida / aunque yo no lo diga / aunque yo no lo diga / si tú no estás yo no tengo alegría / yo te extraño de noche / yo te extraño de día / yo quisiera que sepas / que nunca quise así / que mi vida comienza / cuando te conocí. / Tú eres como el sol de la mañana / que entra por mi ventana / que entra por mi ventana/ tú eres en mi vida la alegría / eres sueño en mis noches / y la luz de mis días. / Tengo el corazón contento / el corazón contento / lleno de alegría / tengo el corazón contento / desde aquel momento / en que llegaste a mí...

Había nacido en una fiesta del Colegio, en la casa de un compañero del salón, cuyo objetivo era recolectar fondos para que la candidata del curso pudiera competir en el Concurso de Simpatía que se realizaba en el colegio a fin de elegir a la Reina del Colegio. La ganadora sería aquella niña cuyo grado recolectara más dinero para las obras sociales que mantenían el Instituto en el barrio aledaño al claustro. Su coronación se haría en el Bazar que cada año se programaba cerca del Día de San Juan Bautista, que además era el Día del Maestro, ya que según aprendimos, el Señor de La Salle había inventado, por allá en la segunda mitad del siglo XVII, la

educación masiva, democrática y popular. Myriam H. no era nuestra candidata, pero inmediatamente la saqué a bailar y crucé las primeras palabras con ese rostro enigmático, entre infantil y adulto, supe que era mi reina:

Well, she was just 17 / You know what I mean / And the way she looked / was way beyond compare / So how could I dance with another / and I saw her standing there. / Well she looked at me... and I, I could see / that before too long / I'd fall in love with her / She wouldn't there / well, my heart went boom / when I crossed that room / And I held her hand in mine... / Oh, we danced through the night / and we held each other tight / and before too long / I fell in love with her / Now I'll never dance with another / Since I saw her standing there.

Sí. Al día siguiente a nuestro encuentro ya le estaba proponiendo que fuera mía para siempre:

Bueno, ella solo tenía 17 años / (14 en verdad cuando la vi parada allí. Nota del autor) y sabes lo que quiero decir / era incomparable. / Así que, ¿cómo podía bailar con otra / cuando la vi parada allí. / Bueno, ella me miró / y pude ver / que no mucho después / me enamoraría de ella. / Ella no bailaría con otro / desde que la vi parada allí. / Bueno, el corazón me dio un vuelco / cuando crucé aquella habitación / y tomé su mano... / Oh, bailamos toda la noche / y nos abrazamos fuerte / y no mucho después / me enamoré de ella / Ya nunca bailaré con otra / desde que la vi parada allí.

Y de alguna manera sucedió como lo cantaron Los Beatles. Ella marcó el momento más decisivo de mi vida, no solo en lo amoroso sino en lo profesional.

Hoy, examinando este cofre de saudades, con la boca y el ánimo pastoso pero lleno de pasado, debo decir que el saldo del tránsito de Myriam H. por mi adolescencia no solo fue intenso sino indeleble. Era demasiado adulta para su edad. Yo, por el contrario, además de que le llevaba un año, apenas si salía a regañadientes de la infancia. Menuda, dulce, cariñosa, burlona y descomplicada: “Tú tienes

una carita deliciosa / y tienes una figura celestial / tú tienes una sonrisa contagiosa / pero tu pelo, es un desastre universal...”. Nunca conocí, en aquella época, una muchacha más liberal, espontánea y universal. Ni más contestataria. Por eso vivía en un eterno conflicto con su familia, especialmente con su padre. Era bella, sin excesos. Y apasionada del amor, de la pintura y de la música. Acababa de llegar de la costa y aun no soportaba muy bien las hipócritas convenciones de una sociedad como la bogotana, que empezaba a despertar económicamente al cosmopolitismo, pero que todavía estaba anclada parroquialmente en los primeros años del siglo.

Por sus contactos con unos primos insoportables, que viajaban con frecuencia a los Estados Unidos, me metió de inmediato y para siempre en el mundo rítmico y melódico de los Mechudos de Liverpool, como llamaba con cariño y confianza a esos cuatro adolescentes ingleses que se habían tomado por asalto, apenas unos meses antes y contra viento y marea, a todos los Estados Unidos. Casi por arte de magia, antes de que sus discos llegaran a las tiendas de Bogotá, Myriam H. tenía en sus manos, cual la más ágil y fiel fan de los Beatles, cada uno de sus trabajos. Me acuerdo que escuchamos, cabeza con cabeza y mano con mano, “I want to hold your hand”, sentados en el sofá de su casa, cuando casi nadie en Colombia había oído hablar de ese extraordinario y romántico tema que acababa de pasar, en menos de dos meses, al primer puesto en las listas del *billboard* gringo. Y vendido, en menos de cinco días, un millón quinientos mil discos en gringolandia.

La bala magnicida de Lee Harvey Oswald les había abierto, de par en par a Los Beatles, las puertas del Imperio de Camelot, como llamaban al gobierno de John y Jacqueline Kennedy. En ese reino exitoso, punta de lanza del desarrollo capitalista, y que al inicio del invierno de 1963 parecía indestructible, invulnerable al daño, todo se perdió en un solo instante en Dallas. Diciembre y enero habían sido meses de torvo duelo. Los cantos fúnebres, que se oían incesantemente en las emisoras de radio norteamericanas, se esfumaron entre los villancicos navideños, suaves aunque todavía tristes de la temporada. Hacia enero de 1964, la nación norteña ansiaba

desesperadamente oír algo alegre, hallar una diversión, alguna distracción de la morbosa tragedia de John Fitzgerald que se les había metido en el alma. El Imperio necesitaba un tónico reconfortante.

Ese reconstituyente llegó de Inglaterra en cuatro empaques originales. Se llamaban John, Paul, George y Ringo.

Recuerdo que yo, metido hasta la cabeza en la onda de las baladas de Enrique Guzmán, César Costa, Alberto Vásquez, Manolo Muñoz, Palito Ortega, Leo Dan, Leonardo Fabio, Piero, Roberto Carlos, Sandro, y en los domésticos Speakers, Harold, Pablus Gallinazus, Vicky, Golden, Claudia y demás loquitos del Club del Clan, Radio 15 y la Bomba de Pinzón y Lizarazo, me resistí de entrada a la música de aquellos escuálidos muchachitos ingleses que Myriam H. adoraba con un sentimiento casi místico.

Pero poco a poco, con esa tolerancia que la caracterizaba, fue logrando que yo cayera, y para siempre, en las redes del más importante e influyente grupo de música pop del siglo xx. Detrás de ellos llegaron los Rolling Stones, The Beach Boys, Bob Dylan, Paul Amka, Rita Pavone, Hervé Vilard, Joan Baez, Jimmy Hendrix, Janis Joplin, Aretha Franklin y otros solistas y grupos gringos y europeos, pero jamás lograron engancharme emocionalmente tan fuerte (y que conste que yo admiraba y escuchaba mucho a Bill Halley y sus Cometas y obviamente a Elvis Prestley) como los inventores del contagioso “yeah, yeah, yeah”, el mayor eufemismo internacional de la música pop, quienes por esos días habían logrado penetrar, ante la mirada estupefacta del mundo, en los rincones de la más agria, distante, rancia y flemática crema de la nobleza europea, la realeza británica: “*She loves you / yeah, yeah, yeah / She loves you / yeah, yeah, yeah*”.

De mirada dulce, un tanto triste, Myriam H. siempre fue en su entorno una rebelde sin causa, a lo James Dean...

Yo, soy rebelde / porque el mundo me ha hecho así / porque nadie me ha tratado con amor / porque nadie me ha querido nunca oír / ...Yo quisiera ser como el niño aquel / como el hombre aquel que es feliz / y

quisiera dar lo que hay en mí / todo a cambio de una amistad. / Y soñar y vivir / y olvidar el rencor / y cantar y reír / y sentir solo amor.

Ella solo quería, como lo plasmara tan gráficamente Manuel Alejandro, vivir, sentir el amor, ser feliz. Soñaba con ser pintora y lo logró, aunque la dureza de la vida más adelante le tomó ventaja, la llevó por caminos un tanto tortuosos y turbulentos que le impidieron llegar a ser lo que su talento artístico le hubiese permitido. En efecto me dio todo lo que tenía. Todo a cambio de mi amor. Y me hizo feliz. Inmensamente. Con los días, llegamos a necesitarnos tanto que vivíamos las veinticuatro horas pendientes el uno del otro:

Tú eres lo más lindo de mi vida / aunque yo no lo diga / aunque yo no lo diga (Sí lo decía y en todas partes. Nota del autor) / si tú no estás yo no tengo alegría / yo te extraño de noche / yo te extraño de día. / Tú eres como el sol de la mañana / que entra por mi ventana / que entra por mi ventana / tú eres en mi vida la alegría / eres sueño en mis noches / y la luz de mis días...

Nuestra relación empezó a adquirir una intensidad tal que nadie, ni nuestros amigos, ni mucho menos nuestras familias entendían muy bien, hasta el punto de traernos problemas. Especialmente con su padre, quien empezó a oponerse a nuestra relación, la cual empezaba a tomar derroteros que quizá no eran los más convencionales, pero que en aquella época nos negábamos a abandonar, enloquecidos como estábamos de amor, curiosidad y pasión. Y repletos de promesas de eternidad:

Como una promesa eres tú, eres tú / como una mañana de verano / como una sonrisa eres tú, eres tú / así, así, eres tú. / Toda mi esperanza eres tú, eres tú / como lluvia fresca en mis manos / como fuerte brisa, eres tú, eres tú / así, así eres tú. / Eres tú, como el agua de mi fuente / eres tú el fuego de mi hogar / eres tú como el agua de mi fuente / eres tú el fuego de mi hogar. / Como un poema eres tú, eres tú / como una guitarra en la noche / como un horizonte, eres tú, eres tú / así, así eres tú...

Era tanta la ansiedad que sentíamos el uno por el otro que no perdíamos instantes ni ahorrábamos mecanismos para estar juntos o comunicarnos.

Por las mañanas, a eso de las seis y cuarenta, yo me estacionaba a una cuadra del sitio en donde la recogía el bus de su colegio, para huir de la mirada fiscalizadora de su padre, y celebrábamos un rito epistolar cotidiano. Nos intercambiábamos comunicaciones. Yo le entregaba un poema y ella me daba unas cartas minimalistas, las llamo así por su tamaño mínimo. (Curiosamente, por aquellos años surgía en Estados Unidos el *minimal art* con artistas como Newmann, Reinhardt y escultores como Lewitt, Judd, Smith. André, Morris y Flavin, que buscaban reducir las obras de arte a unas formas geométricas estrictas y a unas modalidades elementales de materia y color, en reacción contra el lirismo, el expresionismo abstracto y la figuración del pop art.

No, no, ella no estaba tan en la vanguardia, ni su propósito era realmente estético, aunque con el paso del tiempo me enteré que una parte de su trabajo artístico posterior se desarrolló a partir de miniaturas en vitrales y otras técnicas. Eso eran, realmente, miniaturas de cartas de amor, de la misma factura convencional de cualquier misiva de su naturaleza, escritas en la noche, seguramente bajo la luz de una vela para burlar la mirada paterna, en donde me decía, con una preciosa, diminuta y amorosa letra, cómo me quería y me reiteraba, cada día, las dimensiones de su amor.

(El autor con la venia y el respeto de la lejana remitente, se resiste a no dar a conocer una copia facsimilar de uno de esos miles de testimonios de aquel profundo y romántico amor, propio de la década maravillosa, que no solo hizo las delicias del protagonista, sino que acabaron con los ojos de su autora, ya de por sí con tendencia a la baja, o mejor, a la alta en dioptrías).

Con alguna frecuencia afinábamos nuestra imaginación, y lográbamos inventar sendas excusas para no ir a estudiar o para salir de nuestros respectivos colegios al mediodía y encontrarnos a escondidas, burlando, entre otras, aquella norma de su colegio que prohibía a sus alumnas cualquier devaneo amoroso callejero

portando el uniforme de la institución. La cita, generalmente, era en algún sitio desolado o discreto de la ciudad, un parque, un museo, un cine o la casa de alguien. Todas las tardes, cuando Myriam H. llegaba al paradero, yo la esperaba con algún detalle, una noticia o simplemente con el corazón ardiendo de alegría, mientras ella hacía lo propio.

Entonces, iniciábamos un delicioso juego de caricias, en su propia casa, esquivando con todas las estratagemas posibles la mirada escrutadora de un pastor alemán, a su abuela, a su madre, a la empleada, a una hermana, a tal cual primo cansón y a seis hermanos fisgones de todas las edades con sus respectivos amigos, a todos los cuales inicié, inclusive al perro, en la práctica nacional del más variado tipo de sobornos, a partir del estudio de sus particulares apetencias: una galleta, una asesoría en las tareas, una Coca-Cola con bizcocho en la tienda de la esquina, unos pesos, una promesa de invitación a cine, etc.; logrando con el tiempo, una satisfactoria complicidad de todos ellos con nuestra necesidad de estar solos. Minutos antes de las siete de la noche, teníamos que suspender irremediamente nuestros vespertinos encuentros semilegales, ya que casi siempre se realizaban con la solidaria pero temerosa complicidad de su madre, y huir de su casa ante la inminente llegada de su padre, que cada día me soportaba menos y me odiaba más. Pero solo era cuestión de un poco de paciencia, ya que a partir de las nueve de la noche, cuando el contingente de su familia se hallaba generalmente en sus respectivos aposentos, yo llegaba en taxi, bus, carro, bicicleta, patines y no pocas veces a pie, acudiendo, a como diese lugar, al encuentro con la amada.

Este último acercamiento del día tuvo siempre las características y el riesgo de la más estricta clandestinidad (lo que hace el amor y permite la juventud) y me preparó seguramente para mis futuras incursiones revolucionarias. Consistía en vernos a través de las rejas de un oscuro garaje, que quedaba exactamente debajo de la habitación de sus padres, y por espacio de no más de cuarenta y cinco minutos, pues yo debía enrumbar hacia mi casa antes de que se acabara el noticiero de las nueve, ya porque mi putativo suegro bajaba

disciplinariamente a hacer su ronda nocturna de reconocimiento, nunca supe si por temor a que yo o algún otro entrometido o ladrón estuviese escondido en algún rincón de la casona, ya porque a eso de las diez regresaba mi padre de su negocio.

Aquellos momentos, que aún recuerdo con especial exaltación y no poca nostalgia, fueron, a pesar de todos los amores que en mi vida han sido, no solo un aprendizaje de la temeridad, la astucia, la sensibilidad, la disciplina, el cumplimiento, el azote a la pasión, sino emblemas del espíritu de aquella década maravillosa. Entre el temor a ser descubiertos, el frío y la desazón, vivimos instantes del más sublime amor y de la más deliciosa y tímida pasión, pruebas además del romántico rol de modernos amantes de Verona chapinerunos que habíamos asumido desde el momento mismo en que nos dimos el primer beso furtivo en aquella fiesta escolar, convirtiéndonos en ejemplo de unos y escándalo de otros:

Te necesito tanto amor te necesito / como las flores necesitan agua y luz / como este cielo necesita las estrellas / como la barca que no vive sin su mar / (...) Te brindaré por siempre la mitad de mis sueños / sintiendo que tú eres la razón de mi vida / te necesito y por siempre te lo grito / que este mundo es pequeño para este amor./ Te necesito por lo mucho que te quiero / porque mi vida necesita de tu amor / para que llenen mis silencios tus palabras / para que el mundo solo sea de los dos.

Recuerdo, con el mismo escalofrío, mientras una gota de sudor parecida a la de aquella noche recorre como una serpiente mi espalda, nuestro último encuentro nocturno subversivo. Eso era exactamente lo que pensaba de nosotros su padre, que estábamos subvirtiendo todo el orden y las normativas suyas, cuando el hombre, ya porque estábamos violando nuestras propias leyes de seguridad y nos habíamos excedido de la hora, ora porque hubiésemos sido traicionados por uno de sus hermanos insatisfecho por algún insuficiente soborno, abrió de un momento a otro la puerta que del *hall* de la casa conducía al garaje y nos sorprendió en plena faena de caricias. Montó en cólera, levantó a Myriam H. a latigazos y de no

ser por la reja, y por no aumentar el escándalo público que se armó con sus gritos, hubiese hecho lo propio conmigo, amenazándome con avisarle a mis padres y denunciarme a la policía por escándalo público, violación de domicilio y no sé cuantos delitos más, si volvía a poner un pie en su casa o en los alrededores a cualquier hora del día o de la noche. Hasta prometió echarme bala si volvía a manchar el honor de su familia y de su hija. Hasta ese momento, para qué mentir, yo no había manchado nada, más por imposibilidad logística que por otra cosa, si nos remitimos a la retórica eufemística señorial y burguesa, que hace descansar el honor de una mujer y de un apellido en el himen de las féminas de la familia. Razón le di años más tarde a un profesor de la Facultad de Derecho que nos afirmó que “si el honor de una mujer reposa allí, está muy mal ubicado”. Pero, como la prohibición es causa del apetito, la oportunidad la pintan calva, la carne es flaca y el diablo puerco, como dicen sapientísimos refranes populares, todo ocurrió cuando debía ocurrir. O sea, en el Bazar de la Fiesta Patronal el año siguiente. Bajo el auspicio y la mirada solidaria del Señor de La Salle.

En efecto. Utilizando con la regularidad posible el correo de las brujas (amigas, compañeros de barrio, condiscípulos, primos y hasta leales hermanos de ella, generosamente sobornados por este servidor), logramos quebrar la Línea Maginot, el Muro de Berlín, La Muralla China que nos había levantado don Freddy y, aprovechando que este estaría muy ocupado en la rutina administrativa del Bazar como ejecutivo destacado de la Asociación de Padres de Familia del colegio, organizadora y responsable del evento, al cual tendría que acudir con sus hijos diseminados casi en todos los grados y sin duda con su esposa y sus dos hijas, nos citamos con Myriam H. a una hora convenida, en un desordenado salón de la parte más alta de la edificación vieja del colegio. En dicho sitio no seríamos divisados desde afuera por nadie, gracias a su mayor altura frente a las edificaciones aledañas al claustro. Además, desde allí, no solo podríamos estar seguros de que nadie nos molestaría, ya que era un lugar que ni los aseadores del colegio frecuentaban demasiado, a juzgar por el estado de abandono en que se encontraba, sino que

nos permitiría gozar con una extraordinaria vista de Monserrate y del noroccidente bogotano, a través de unos amplísimos ventanales. Solo era cuestión de atravesar un corredor del ala izquierda del amplio inmueble, y ascender por unas escaleras gigantescas, sin llamar demasiado la atención. Esto no sería muy difícil ese día, ya que la presencia y las miradas de los hermanos, profesores empleados, padres, visitantes y alumnos se concentrarían en el primer piso y en el ala derecha, precisamente por control del edificio, en tanto nuestro encuentro se desarrollaría en el sexto piso del ala contraria. Myriam H. conocía casi tanto como yo la estructura total del colegio, debido a que las actividades deportivas de sus hermanos la llevaban allí casi todos los sábados por la tarde. Mientras los jóvenes entrenaban, ella merodeaba por todas partes con la curiosidad que la caracterizaba. No obstante que nunca había subido exactamente hasta el sexto piso, me confirmó por carta que podría ubicar claramente y llegar con facilidad hasta el salón de nuestra cita de amor.

*“Love, love me do / you know I love you / I’ll always be true / so please love
me do / who love me do / Someone to love / someone new / someone to love /
someone like you”.*

Como los turnos de atención del Bazar eran de dos horas y comenzaban a las siete de la mañana de aquel domingo, yo pedí el primero del día para quedar libre y liberado de todo compromiso diferente a verla. Por eso, con un libro de versos de Neruda, una suficiente provisión de cigarrillos y luego de evadir, no sin dificultad, a mis compinches del curso que tenían algunos planes conmigo para la jornada, logré en un santiamén estar sentado en un viejo pupitre, de los muchos destartalados que habían en aquel salón, fumando uno tras otro, tratando de calmar con humo la espera de Myriam H., casi una hora antes del momento pactado para la cita. Me felicité de haber escogido ese sitio para volver a verla, luego de casi dos semanas de haber entrado en vigencia con todo tipo de mecanismos de control, la medida represora de su padre, que nos prohibía terminantemente y hasta nueva orden (esto fue una concesión lograda por la madre de

Myriam. H.), ya que la sentencia inicial era cadena perpetua, es decir de por vida y para siempre. Desde allí y con el día que iluminaba a Bogotá y el cielo maravilloso que lo cubría, ausente completamente de nubes, uno sentía que era dueño del Cerro del Señor Caído, que casi lo podía tocar, oler, recorrer, acariciar con la mano. Y cuando la mirada salía de la perplejidad naturalista, los ojos podían llenarse de urbe, volar sobre buena parte de la ciudad y fuera de ella, desde los bellísimos techos rojos de la Candelaria, hasta, afinando la vista, que en esa época, a diferencia de la de ahora, era casi de lince, los famosos y para mí alucinantes nevados del Ruiz y del Tolima. Yo consumía cigarrillos igual que hetaira convicta, confesa y prisionera, si me permiten el eufemismo, sin racionalizar que Myriam H. no aparecía, no porque hubiese tenido algún percance sino porque nuestra cita había sido pactada, para casi una hora más tarde. Yo sabía eso, pero mi impaciencia no. Ni mis nervios. O conocían el detalle pero se hacían los pendejos, como me ha acontecido, durante treinta y cinco años, cada vez que voy al encuentro con una mujer.

De espaldas a la realidad y a la puerta y sumidos en nuestra primera, furtiva, incómoda pero maravillosa y alucinante relación sexual entre pupitres y sillas destrozadas, mapas viejos, pedazos de tableros y restos de todo tipo de cachivaches académicos, no percibimos que un hermano cristiano, por razones que jamás supimos y sin ninguna caridad cristiana, nos sorprendió instantes después de haber consumado, a duras penas, nuestro amor. A pesar de que el hado que siempre me ha acompañado en la vida y que parece haberse ahora jubilado o ido de vacaciones, impidió que nuestro inoportuno voyerista lograra una visión acertada de la situación, fue tal el escándalo que armó en medio del Bazar que por poco logra con sus gritos escandalizados y escandalosos, no solo la cancelación del mismo sino mi expulsión, la cual no se llevó a cabo por obra y gracia de mi ángel de la guarda, por mis buenas notas, comportamiento y fama de poeta, y porque tuve que acudir, por primera vez en mi vida y adelantándome a mi futuro profesional, a todo tipo de argumentos románticos, religiosos, naturalistas, literarios, estéticos, logrando aparentemente convencer a todos, incluso a los directivos

del colegio, que lo único que habíamos ido a buscar en ese sitio era una panorámica que quería que ella pintara, así como yo la había recreado en alguno de mis poemas.

Lo cual, no solo era verdad sino que exhibí, como prueba contundente y definitiva, las estrofas que había escrito días antes sobre la belleza de Monserrate y los techos bermejos del colonial barrio bogotano. Nuestras madres, madres al fin, que conocían y defendían nuestro romántico amor, fueron decisivas en la decisión y se ofrecieron a oficiar de garantes de la pureza de nuestra relación. Que lo era, si se tiene en cuenta que no hay un juego más puro, ni más excelso que el juego de las pieles, las respiraciones y las entregas de los cuerpos desnudos de dos amantes.

Entonces fue cuando nos separaron.

Nuestros padres, hombres al fin y nada ingenuos, quienes las hacen se las imaginan, jamás se comieron el cuento. A pesar de haberse quedado tranquilos, hasta el punto de no tomar ninguna represalia y abrir, por el contrario, a este servidor, y de nuevo, las puertas de la casa de la amada, previa promesa nuestra de cumplir fielmente una serie de reglas, entre las cuales se destacaba la de no aparecerme yo, jamás y para siempre, en el tristemente célebre, oscuro y enrejado garaje de la casa de Myriam H. Pero todo no era más que una estratagema tejida por los dos zorros educados en la escuela de la vida, para impedir a toda costa, como efectivamente lo lograron, desbaratar aquel amor. O por lo menos nuestra relación.

I give her all my love. / That's all I do / and if you saw my love. / You'd love her too / I love her. / She gives me everything and tenderly / The kiss my lover brings / she brings to me / And love her / I love like ours could never die / As long as I love you near me / Bright are the stars that shine / dark in the sky / I know this love of mine / will never die / And I love her.

Y lo hicieron con premeditación y alevosía. Con toda la paciencia del mundo. Con soborno y todo. O sea, o sea... como muerden la lengua las gomelitas de hoy, con mis propias armas. Y nosotros les dimos la posibilidad. Informados por los soplones, que no faltan en

esta sociedad del chisme, la conseja y la envidia, deporte nacional, como puntualizara lapidariamente Cochise años después, pasando a la historia de los hacedores colombianos de frases célebres (“¿El poder para qué?”. “Tienen media hora para irse a dormir”. “La patria por encima de los partidos”. “Hay que llevar la corrupción a sus justas proporciones”. “Más vale un presidente muerto que un presidente fugitivo”. “Hay unos enemigos ocultos de la paz”, “Aquí estoy y aquí me quedo”), quedó al descubierto que queríamos casarnos. Había sido tan maravilloso gozar las mieles del amor, que decidimos unirnos para siempre, a pesar de que sabíamos que no íbamos a salir independientemente adelante hasta tanto yo no terminara mis estudios de Derecho, que apenas acababa de comenzar en el Claustro de la calle Catorce, rodeado de grandilocuente historia como de miseria humana. Jamás creía que existiera tanta pequeñez, egoísmo, ambición, hipocresía, estupidez, corrupción, vanidad, ambición, intolerancia y provincianismo en la mente de gente tan joven. Cuando nuestros sabuesos padres conocieron nuestras intenciones, supieron que había llegado el día D. para darnos el golpe. Y lo asestaron en donde más nos dolía. En la médula misma de nuestro amor. Con sutileza, para que no quedaran estigmatizados, ni perdiéramos el indudable amor que les teníamos, pero con contundencia. A mí me sacaron del juego con un viaje fuera del país continental. Y a ella, a quien siempre le tocó la parte más fuerte del partido, ¡oh, cruel destino!, la convencieron (Shakespeare hubiese hecho maravillas con esta anécdota) con el venenoso argumento de que si realmente me quería, si me amaba en serio como decía, no destruyera mi carrera profesional, mi vida ni la suya, y simulara, oh, magnífica, generosa y sacrificada Julieta, que ya no me quería. “Si son el uno para el otro, nada los separará”.

“Help, I need somebody. / Help, not just anybody. / Help, you know I need someone, help... I know that I just need you like / I've never done before...”

Cuando volví del viaje, ya urdido el engaño, casi sucumbo de desesperación al encontrar que el amor de mi vida era una persona fría y distante, que había perdido todo interés por mí y que no tenía deseos de volver a verme.

La tragedia se había consumado. Como en las operas italianas, o como en *Romero y Julieta*. Ella había bebido el veneno primero. Luego yo.

Finalmente la fatalidad había hecho lo suyo.

Yo terminé siendo abogado.

Capítulo duodécimo

C'est un problème politique

El viento de las seis, húmedo y trasnochado todavía, arremetió contra sus ojos adormilados, alcanzándolo en el vano de la puerta de vidrio que se interponía entre el amplio corredor del edificio y la carrera Séptima.

Agarrado por un instante a sí mismo, Pinilla aspiró con todo su cuerpo el fresco y solitario olor de la hora y movió intensamente sus párpados, tratando de reparar con sus dedos la visión que la pequeña ráfaga de aire lluvioso y matinal había cortado.

Un gozque callejero y madrugador, rociaba, como por encargo, todos los postes de la luz colocados desde el comienzo de la calle, levantando intermitentemente, en cada parada, una de sus extremidades inferiores. Nunca había visto tal profesionalismo canino. O no lo había observado jamás. Cuando el can pasó al lado de Pinilla, lo miró con indiferencia, sin molestarse en ladrar, y continuó cumpliendo su húmedo y evacuador cometido.

Los relojes que alcanzaba a divisar, marcaban tres horas diferentes. ¿Por cuál de los tres se habría guiado el animal?, sonrió Pinilla, mirando al perro que ya había terminado exacta y eficientemente su señalización matinal y ahora, con igual solvencia, hincaba sus colmillos sobre unas talegas de desperdicios abandonadas al borde de la avenida Jiménez.

Desayunaba.

Varias cajetillas de Marlboro habían acompañado su noche, consumiéndose solidariamente con él, bajo el peso de la única

opción que consideraba válida. Tendría que asirse a ella como el tahr que va a sus restos sin más esperanza que el deseo vital de no equivocarse. Negarse. No podía cohonestar una obsesión. Poner en juego su vida a los veintitrés años, la suerte del sindicato ni la tranquilidad de su familia por nada. Por una locura que consideraba claramente anarquista, absurda, sin razones políticas lógicas, sin consecuencias sociales positivas, sin objetivos claros, por una simple heroicidad o malcriadez criminal, más que revolucionaria. De esto, no tenía nada. O casi nada, como lo había sostenido toda la noche, con todo tipo de argumentos, ante Luisito, su joven amigo y discípulo del grupo de estudio de marxismo. Y ante el febril y enloquecido grupo anarquista que lo secundaba.

Cuando llegó a la esquina de la Jiménez, el perro continuaba su opíparo desayuno, sin notar siquiera la cercanía de Pinilla. La ciudad, amodorrada y brumosa todavía, comenzaba a desperezarse lentamente en cada esquina, como si esperara que la lluvia cesara para levantarse definitivamente. Al pasar cerca del animal, sintió que sus tripas trepidaban como piñones viejos. Esquivó, con una ligera carrerita, un bus vía Perseverancia que se voló el semáforo y atravesó la Séptima salvando a brincos los charcos que la lluvia cubría, dirigiéndose al puesto de jugo de naranja que una mujer, pequeña y delgada, de tez oscura, movimientos ágiles y carácter fuerte, montaba todas las mañanas en la esquina del Parque de Santander.

“Quítese de ahí, carajo, que me espanta a los clientes”, le gritó, mirando con asco a un pordiosero que se había acercado con la esperanza de recibir una limosna o, quizá, un poco de jugo. El hombre ni se inmutó. Pero cuando sintió sobre sus costillas el primer palazo que la mujer le soltó, se volteó con agilidad y rabia, desarmó en un instante a su agresora y de no ser por la casual presencia en la esquina de un par de policías, le pone el madero en la cabeza a la energúmena mujer que en vez de amilanarse se defendía con un balde mientras gritaba:

“¡Agentes! ¡Agentes! ¡Quítenme a este hijueputa gamín!”. El hombre, que ya estaba casi a mitad de cuadra, le contestaba con una voz ronca y desdentada: “Más hijueputa será su madre, vieja

piroba... ya nos veremos...”, mientras la miraba con odio y caminaba muy rápido calle abajo, huyendo de los policías que no se dieron casi por enterados.

“*Ce n’est pas un problème sentimental, C’est un problème politique*”, repetía mentalmente una y otra vez Pinilla, mientras apuraba el vaso plástico de naranja bajo el alero del edificio de Avianca, la frase que años atrás había escuchado en la película de Costa-Gavras sobre los Tupamaros. Había tenido que apelar a ella, sin mayor éxito, para tratar de convencer a aquel grupo de fanáticos con los cuales había pasado la noche, que la muerte del ministro en la película, a pesar de ser una acción terrorista, estaba enmarcada dentro de una situación política y tenía unas implicaciones revolucionarias, no solo absolutamente diferentes, sino válidas. Ese acto, narrado magistralmente por el director grecofrancés en “Z”, su extraordinario filme sobre la represión política en Uruguay, no obstante el patetismo del asesinato de un político que iba con su pequeña hija en el automóvil que iba a ser volado, era una respuesta revolucionaria a la brutalidad del régimen uruguayo.

Cuando la lluvia amainó un tanto, Pinilla se subió las solapas, hundió sus manos en los bolsillos del pantalón, y olvidándose de las últimas gotas de una lluvia que había dejado grandes espejos en el pavimento, arrancó, en medio de la Veracruz y la Tercera y por una estrecha calle todavía solitaria, hacia la carrera Décima.

Arreció de nuevo la lluvia.

—¿Pasó algo, compa? ¿Me dijeron que me llamaste varias veces? —preguntó sigiloso, pero azorado Gonzalo, acodado contra un vertical en la puerta del cubículo de Pinilla.

—Muchas cosas —contestó Pinilla irónico.

—¿Tiene que ver con Luisito? Me contaron que había desaparecido de su casa desde el viernes por la noche. Y ni ayer ni hoy ha venido a trabajar, me dijeron en Talleres.

—No aparecerá. Pero creo que no por mucho tiempo. No le va a ser fácil huirle al DAS. Tienen todos sus datos con pelos y señales.

—¿Cómo así? ¿Sabes algo de él? —volvió Gonzalo, esta vez cerrando tras de sí la puerta de la oficina de Pinilla. Y sentándose, con el rostro preocupado, en la silla de frente a su compañero.

—Demasiado —contestó secamente Pinilla. ¿Dónde diablos estabas? —soltó Pinilla, molesto con Gonzalo.

—En una reunión fuera de Bogotá... Pero suelta pronto, carajo, antes de que llegue el hombre, ¿qué pasó con Luisito? —interpeló Gonzalo, haciendo alusión a Garza, mirando a Pinilla con esos ojos grandes y verdes que abría a más no poder, cada vez que iba a decir o a escuchar algo que consideraba trascendental.

Un silencio profundo, programado por Pinilla como para que Gonzalo se preparara para la respuesta, inundó la oficina del abogado.

—¿Fumas? —alargó Gonzalo el extremo de un piel roja a Pinilla, como disculpa para mirar a los cuatro costados y cerciorarse que no había miradas especialmente interesadas en ellos. Le preocupaba especialmente la presencia de Garza. Era su superior inmediato y para ellos, por sus características, el más peligroso. Hasta el día de la fundación del sindicato, era un hombre que estaba, pensaban, entre la espada y la pared. Y los primeros días de la Organización, disculpaban su actitud timorata, mientras, creían, se definiría al lado de ellos. Pero al cabo de un par de semanas, comprobaron que había preferido acunarse en la pared, resguardar su sueldo, sus escasísimas acciones en la empresa, su cargo de Director de Redacción, su práctica de seductor indomable e incontinente, acostumbrado a horizontalizar (seguramente a verticalizar también) todo lo que le aromara a mujer y a ingerir todo lo que le oliera a alcohol. Y dejar la espada (con la cortesía hipócrita que le descubrieron) para los dos abogados sindicalizados, la economista Luz Helena, y Amanda, la fiel secretaria de Pinilla.

126 Desde entonces, la labor de sus subalternos estaba expuesta las ocho horas de trabajo, no solo a la evaluación de Garza, quien antes oficiaba de amigo, confidente, compañero de planteamientos, puntos de vista político, una especie de *primus inter pares*; sino a la fiscalizadora, escrutadora, taimada, cizañera mirada de Rosalba, la

secretaría ejecutiva del Departamento. Su experiencia, dinamismo, conocimiento del rol de trabajo y amistad con los directivos de la empresa la habían convertido en la más acuciosa soplona, el ejemplo más válido del oficio de camaleón que cumplen a la perfección algunas personas para quienes el dinero y la posición social están en el podio de su conciencia, cuando la dignidad y la lealtad aún no han entrado a la meta.

—Parece que Luisito se metió en un lío del carajo —se soltó Pinilla, prendiendo un Marlboro y dando una vuelta en campana a su silla, para tener una panorámica de Talleres, de administración y del *hall* por donde entraba Ganza a Redacción. Ni siquiera Rosalba estaba por los alrededores.

—¿Pero, por qué dices que el DAS lo puede estar buscando? ¿Cometió algún delito? ¿Y tú qué sabes? —bombardeó Gonzalo a Pinilla, desesperado por saber de una vez por todas qué había pasado durante su ausencia de tres días. Había inventado frente a la empresa un viaje a Cúcuta para visitar a su padre, cuando la realidad era que había asistido a un congreso del Partido en una finca de las afueras de Bogotá.

—¿No oíste nada del asesinato del ministro Pardo Buelvas? —lo increpó Pinilla.

—Claro, pero... no me vas a decir que Luisito está implicado en esa estupidez que lo único que va a traer es más represión de Pastrana? —se levantó Gonzalo con los ojos saltados y colorado de la impresión.

—Sí. Y parece que alguien ha dado un retrato hablado del compa —continuó Pinilla asombrando a Gonzalo, quien no entendía cómo el tímido y callado muchacho, quien apenas manifestaba sus ideas políticas, estuviera metido en semejante acción, que consideraba absurda y sin un claro objetivo político—. ¿No viste la foto del compa en *El Vespertino* de ayer?

—No. Yo volví a Bogotá en la madrugada de hoy, ¿lo tienes? —apagó el cigarrillo Gonzalo.

—No, lo dejé en la casa.

—¿Cómo estás tan seguro que es Luisito? ¿Sabes algo que no me has contado, no es cierto? —miró Gonzalo a Pinilla por encima de sus gafas, clavando de nuevo sus verdosas pupilas en los ojos del fiscal del sindicato.

—Mucho, compa —aseguró—, o mejor dicho todo. Pero, nos jodimos, mira quien acaba de llegar —señaló Pinilla a Rosalba por debajo de la mesa, quien no solo acababa de entrar a las oficinas de Redacción, sino que se dirigía hacia la oficina en donde el par de abogados conversaban.

Efectivamente, la mujer, que hablaba con los ojos siempre saltones y curiosos, se paró en la puerta del cubículo de Pinilla y golpeó suavemente tres veces. Gonzalo le abrió, la saludó secamente, la hizo seguir, y caminó hacia su cubículo, separado de la oficina de Pinilla por un amplio ventanal.

Pinilla, quien cada día soportaba menos la falsa cortesía de Rosalba y su actitud hipócrita, atendió rápidamente a la secretaria, quien le había consultado un dato de una de las publicaciones que Pinilla dirigía, necesitado como estaba de conversar con Gonzalo, sobre otro problema que se había presentado el fin de semana. Y sobre el cual el sindicato tenía que tomar una postura.

Jeanette, una joven y bella operaria de Talleres, que dirigía el grupo de mujeres encargado del pegado de las publicaciones elaboradas por la empresa editorial, tenía a su padre al borde de la muerte en un hospital. El viernes anterior, según se lo había contado la muchacha a Pinilla por teléfono en la mañana del sábado, Jeanette se había dirigido a la Oficina de Personal y había solicitado hablar con el jefe. T. T., quien desde la fundación del sindicato había cambiado de manera notable y obvia su actitud displicente y grosera con los trabajadores de Talleres, la había recibido con gran cortesía. Luego, había escuchado a la muchacha con estudiada amabilidad y atención desmedida, sorprendiendo positivamente a la obrera, quien terminó, ante la confianza que le demostró el hombre, rogándole que le hiciera un préstamo especial para comprar una medicina muy costosa que necesitaba su padre. Y para pagar unos exámenes costosísimos que requería con urgencia el señor T. T., con la habilidad

que lo caracterizaba en este tipo de situaciones, alargó premeditadamente el diálogo con la muchacha para quedar solo con ella en su oficina, luego de la finalización de la jornada. Después de un rato, y sin que hubiese testigos de lo ocurrido, logró convencer melosamente a la joven, de que era necesario que renunciara al sindicato. Una medida de la Gerencia, mintió T. T., prohibía todo préstamo a cualquiera de los trabajadores sindicalizados. Y durante un mes posterior a su renuncia. La ingenua muchacha, ignorante de las normas empresariales citadas por T. T. y presionada por la angustia de la situación de su padre, no solo admitió las mentirosas razones de T. T., sino que, a regañadientes, aceptó la propuesta del ejecutivo de acompañarlo a su apartamento, en donde le entregaría la suma requerida por la muchacha. De su propia pecunia, le argumentó T. T. a Jeanette, pues no había manera de que la Gerencia le permitiera violar, no obstante la causal de calamidad doméstica, el término, según él, previsto por los ordenamientos empresariales.

Una vez en el apartamento del jefe de Personal, que no era el de su habitación corriente donde vivía con su esposa, como supuso la muchacha quien, como todos los trabajadores de la empresa, conocía de sobra a la señora de T. T., sino un inmueble mantenido ad hoc por el jefe de Personal para ese tipo de encerronas, el hombre presionó a la muchacha para que se distendiera con un trago, que, según le confeso Jeanette a Pinilla llorando por teléfono, tenía algo raro. Porque le había hecho perder la conciencia al instante. Al punto de que cuando se dio cuenta y reaccionó con rabia, el hombre la tenía casi desnuda sobre un sofá. Y estaba a punto de violarla. Ante la ira exacerbada de la muchacha que, medio adormilada, sacó fuerzas de donde pudo a pesar de sentirse mareada injustificadamente, dada su mínima ingestión de trago. T. T. logró manejar aparentemente la situación y calmar momentáneamente a la joven, sacando de un cajón el dinero que Jeanette le había solicitado a la empresa. La muchacha, ofendida por la burla e irrespeto del jefe de Personal, estuvo a punto de rechazar el préstamo. Pero aceptó, cuando luego de pensarlo un rato y después de oír las reiteradas y reivindicativas explicaciones de T. T., quien le pidió que lo excusara, pensó que era absurdo haberse

sometido a semejante humillación, para ni siquiera recibir el dinero que necesitaba con tanta urgencia. La joven, conocida en su trabajo por eficiente, buena compañera y recia de carácter, a pesar de su aspecto suave y cordial, se sobrepuso a la situación, recibió el dinero y le exigió al jefe de Personal que la llevara hasta su casa. Por su parte se comprometió, sin ánimo de cumplir, a no decirle nada a nadie, ni en la empresa ni en su casa, sobre lo que había pasado esa noche en el apartamento de soltero del casado jefe de Personal de la Compañía.

Pinilla citó a la Junta Directiva del Sindicato en una comunicación escrita que redactó una vez Rosalba abandonó su oficina. Pero, luego de conversar con Gonzalo y con su mensajero, a quien tenía ahora un gran respeto y admiración, Pinilla decidió esperar hasta el día siguiente, luego de discutir la situación en el seno del Partido, para poner en conocimiento del sindicato, la situación vivida por Jeanette, quien estaba decidida a jugarse el todo por el todo. Tanto, que, como había planeado con Pinilla, a primera hora del lunes, y antes de que el jefe de Personal llegara a la empresa, la muchacha había dirigido una carta a Personal, solicitando su reingreso al sindicato. Ahora, con la excusa de que había reflexionado mejor sobre los alcances de la Organización y había decidido volver a afiliarse. Cuando Jeanette indagó, por consejo de Pinilla, y constató, por imprudencia de la asistente de T. T., que su renuncia aún no había sido tramitada, convenció a Mariela de que le entregara la hoja de desafiliación recibida y firmada por el jefe de Personal. Ella le serviría para probar la acción del ejecutivo empresarial que violaba los derechos sindicales; le daría fuerzas e imagen a la organización a punto de comenzar la discusión del Pliego de Peticiones con la empresa; y pondría en serias dificultades a T. T. frente a la Gerencia, tal como le había explicado el abogado.

—Paro, no hay duda de que hay condiciones para un paro, compañeros —dijo con la seguridad que lo caracterizaba, Julio o mejor Carlos, porque la frase había sido pronunciada en una célula del Partido, citada de manera urgente por Gonzalo—, creo que sería una magnífica oportunidad para medir fuerzas con la empresa, en vísperas del comienzo de las negociaciones del Pliego. La mala

imagen —continuó el joven dirigente revolucionario— que T. T. le daría a la compañía en este momento, frente a los trabajadores y delante de los clientes, porque hay que hacerlo saber de los clientes, enfatizó, es un punto a favor del Pliego. Y lo que más nos interesa, de la radicalización política del sindicato.

—Yo estoy de acuerdo, compañeros, pero les pregunto: ¿pedimos el apoyo organizativo de la FEDE? —soltó Pinilla, quien era el encargado por el Partido de penetrar, no solo en las bases sino en las directivas de la Central obrera a la cual pertenecía la FEDE.

Un relativo silencio y un cambio de miradas entre los tres compañeros de Pinilla, ya que Ramón estaba cumpliendo una misión fuera de la ciudad, campearon en la habitación. Era la segunda vez que veía a Cecilia, ya que la instancia organizativa en la que se encontraba esa noche y que reproducía la primera reunión, no era a la que pertenecía Pinilla. Pero por la urgencia de la situación, que se había hecho más crítica cuando elementos del DAS habían visitado esa tarde las instalaciones de la empresa, indagando por la conducta laboral de Luisito, lo que había hecho temer a Pinilla por su suerte, habían tenido que abordar en una célula la problemática del sindicato. Y permitir además la presencia de Pinilla. El abogado, lejos de molestarse por recibir asesoría de aquel nivel revolucionario, se sentía satisfecho. Y muy contento. Sobre todo por la presencia de Cecilia. No solo le había tomado un gran cariño el primer día, sino que se acordaba que hasta había querido hacerle el amor. Además, la ausencia de Ramón, a quien por el contrario no pasaba el abogado, le había permitido hablar con toda confianza en el seno de la célula. Y atreverse a hacer propuestas políticas. Sin ningún temor. Como el más veterano de los camaradas del Partido.

—Yo pienso que la pregunta del compa Fernando es válida. Y creo, después de oír a Carlos y a Fernando, que no solo el Paro es válido políticamente en este momento, sino que puede dar muy buenos resultados, tanto sindicales como revolucionarios. Todo depende del manejo que le demos, no solo a las causas que lo originan, como a la forma de adelantarlo. Un paro, compañeros —dictó cátedra sindical Cecilia—, puede ser, ya una manera de fortalecimiento de una

organización sindical, como de su quiebra. Ese tipo de medida de fuerza laboral debe ser adelantada con mucho tino. Para no desbordar, ni las posibilidades organizativas del sindicato, ni la paciencia de la empresa. Cuando cualquiera de estos límites se sobrepasa, el sindicato siempre sale perdiendo.

—¿Y qué piensa, compañera, de que pidamos colaboración a la FEDE? —retacó Pinilla.

—Yo creo —intervino Gonzalo— que se corre el peligro de que la FEDE salga con el cuento de siempre. De que estamos politizando el sindicato y...

—Pero, no creo que vayan a ser tan estúpidos —lo cortó Cecilia— de sostener frente a las bases que la protesta contra la acción del jefe de Personal con esa compa, es algo político y no sindical.

—Claro que no —saltó Gonzalo— pero, lo que si van a decir es que no es una razón suficiente para lanzar al sindicato a un paro, en vísperas de la discusión de un Pliego.

—Y no están del todo desfasados —volvió a tomar la palabra Julio. El inteligente mensajero de Pinilla, a pesar de haber dado fuertes razones para convocar a un Paro minutos antes, ahora, ahí radicaba su talento político, cuestionaba sus propios argumentos, o los ponía en duda—, miremos si de pronto no estaremos cayendo en un radicalismo político que puede atentar contra la necesidad de fortalecer el sindicato en vísperas del Pliego. Pero...

—Yo propongo algo —se atrevió a cortarlo Pinilla, quien desde la reunión anterior, y no solamente en el plano político sino en el laboral y en el simplemente personal, no sabía cómo tratar a Julio. No por el cambio de nombre que debía realizar en las reuniones del Partido, sino porque no sabía qué actitud asumir con una persona que por una parte era subalterno suyo en la vida legal y se llamaba Julio, y de otra parte era jefe suyo en la vida clandestina y se llamaba Carlos. Era como ser hijo del papá y papá del hijo. A un mismo tiempo.

—Convoquemos a una reunión extraordinaria del sindicato, para este próximo sábado. Y luego de informar a las bases y ver su reacción, lanzamos la posibilidad de una protesta fuerte. Si surge la

idea de un paro, apoyarla con decisión. Así las cosas y aprobada la acción, pedir, tácticamente a la FEDE, su colaboración en la organización del Paro. Así —terminó Pinilla —matamos varios pájaros de un tiro. Y vamos a la fija.

—Yo estoy de acuerdo con el compa Fernando —asumió de inmediato Cecilia—. Pero creo, como una variante a la propuesta de Fernando, que debemos de esgrimir, como Florero de Llorente, la cabeza del jefe de Personal. Para ir o no al paro. Si la empresa saca a T. T., el prestigio del sindicato se ampliaría. Y aumentarían las afiliaciones, al ver la debilidad de la Compañía para enfrentar al sindicato, con miras a unos muy buenos logros económicos con el petitorio. Pero pienso que la editorial va a preferir la confrontación a la debilidad. Eso favorecería al sindicato, pues la sensibilidad que despertará en todo el personal femenino de la empresa, que es su mayoría, frente a lo que pretendió hacer T. T., así como su intransigencia y desdén ante la ofensa de que fue objeto la muchacha, lograrán una gran solidaridad en la mayoría de los trabajadores quienes seguramente se afiliarán —concluyó aparentemente Cecilia—. —Me parece muy bien —exclamó Pinilla.

—Lo que pretendo es que vayamos, como dice Fernando, a la fija. Me da temor que pongamos en peligro el Pliego. O que nos desgastemos antes de tiempo, cuando necesitamos fuerza para la negociación. Ustedes saben que no va a ser fácil. Todos los jefes de esa empresa, con excepción de T. T., han jugado en ambos equipos —se sorprendió Pinilla de cómo Cecilia conocía los intrínquilos de la editorial. Primero fueron militantes comunistas. Y ahora recalcitrantes burgueses. Saben cómo tratar a los sindicatos. Conocen a las mil maravillas nuestra retórica. Manejan las normas laborales. Y seguramente estarán planeando cómo destruir el sindicato a partir de la negociación.

—Apoyo lo que ha explicado Cecilia —celebró Julio.

—¿Y Miguel qué dice? —se dirigió Cecilia a Gonzalo, quien había estado callado hasta ese momento. Con frecuencia, cuando estaba frente a una dudosa decisión, Gonzalo caía en un seco mutismo. Como si estuviese ido. O de mal genio. Sencillamente tomaba

muy a pecho las cosas delicadas. Y tenía una muy particular forma de enfrentarlas.

—Estoy convencido, ahora, que la propuesta de la compa es acertada. Pero es necesario que, en vista de que vamos a tomar la acción de T. T. como florero, estemos bien seguros de que Jeanette esté completamente decidida a apoyar todo. Y dispuesta a que su nombre ruede por todas partes.

—Eso es cierto —confirmó Pinilla—, yo me ofrezco a conversar con ella. Y pienso que el compañero Miguel haga lo propio. A fin de tener otro punto de vista para iniciar las acciones.

—¿Están todos de acuerdo? —habló Julio, mirando uno a uno a sus tres compañeros. Entonces damos por terminada la reunión —propuso, ante la necesidad que tenía de guardar un poco de reposo debido a la situación de su ojo derecho.

—No, compa, tenemos otro lío bien grande en el sindicato, que requiere nuestra atención —informó Gonzalo—, pues puede incidir sobre lo que hemos decidido.

—¿Qué pasó? —se sorprendió Julio, quien por estar con Gonzalo en la reunión partidaria fuera de la ciudad, no se había enterado de la participación de Luisito en el asesinato del ministro, ya que hasta el día siguiente no se iba a incorporar a la empresa, pretextando una intervención quirúrgica ocular que efectivamente se había hecho el día anterior, y que lo mantenía con un ojo vendado. Y delicado.

—Parece, compañeros, que un compa del sindicato, muy trabajador y consecuente, se había metido en una organización medio anarco y dicen que está comprometido en la muerte del ministro.

—¿De Pardo Buelvas? —exclamó Julio confundido. Era amigo de Luisito y jamás le había escuchado que estuviese en ninguna organización de esa naturaleza. Pero sí vino a su memoria la continua radicalización de sus posiciones con respecto al sindicato. Y sus posturas, a veces desesperadas y anárquicas, frente a la política del país, rememoró en instantes el mensajero de Pinilla.

—Sí, compa —asintió Gonzalo, con los ojos de par en par.

—Pero, ¿parece o es realidad que estuvo en la acción? —indagó Cecilia, quien siempre buscaba la precisión, tanto de conceptos como de hechos, antes de iniciar cualquier debate.

—Cuéntales todo —lo lanzó al agua Gonzalo.

Pinilla lo miró y sintió un cierto abatimiento. Como si fuese responsable de la acción de Luisito, a quien había dado especial atención en el grupo de afiliados al sindicato que dirigía, y que dos veces por semana se reunía en alguna de las casas de sus miembros a estudiar marxismo. En realidad, tomó aire, nunca Luisito le había expresado su vinculación organizacional con algún grupo clandestino. Y menos su intención de iniciar acciones de esa naturaleza. Además, se dijo antes de empezar a hablar, no solo intentó ponerse en contacto con el Partido cuando Luisito lo convocó a aquella reunión del viernes por la noche, sino que hizo todo lo posible por desbaratarles, con todo tipo de argumentos, las justificaciones anarquistas de su próxima acción.

—Por favor, compañero —se dirigió muy serio Julio a Pinilla—, vamos al grano, que me siento un poco mal y debo irme pronto a hacerme un baño en el ojo. De lo contrario no podré ir a trabajar mañana.

—Bueno —respiró profundo Pinilla, un poco presionado por su mensajero—, desde hace varios meses yo he estado en conversaciones con Luisito sobre temas políticos, a raíz de su participación en uno de los grupos de estudio que yo manejo con miembros del sindicato. Pero, como vi su gran interés en esos temas, le he estado prestando libros y documentos sobre el particular. Es más, en alguna oportunidad, yo informé en el Comité de Base que podría estudiarse la posibilidad de que ingresara al Partido, en vista de su posición consecuente con el sindicato y con nuestros planteamientos.

—¿Le habló alguna vez del Partido? —quiso precisarlo Cecilia.

—Nooo —exclamó Pinilla—. Pero sí le dije que algún día debíamos organizarnos con algún grupo político, para que nuestra acción no se quedara en el simple sindicalismo.

—¿Y? —presionó Julio.

Pinilla se sintió haciendo una confesión. Como si hubiese cometido un delito o un pecado, pero continuó.

—El viernes pasado, cuando íbamos juntos a almorzar, me apartó un tanto del resto de los compañeros del sindicato, con los que a menudo vamos al mismo restaurante cerca de la empresa, y me dijo que necesitaba hablar urgentemente conmigo. Yo jamás me imaginé nada especial, ya que Luisito —miró Pinilla a Julio y a Gonzalo— no solo es tímido sino un poco misterioso. Siempre que me iba a entregar algún libro o documento, o a conversar sobre algún tema político que desbordara lo sindical, asumía la misma postura sigilosa.

—¿Y habló con... Luisito? —intervino Cecilia, como para aligerar el cuento.

—Sí. Me citó a las siete de la noche en la puerta de *El Tiempo* en la Jiménez. Me llevó primero a una cafetería situada en un pasaje que queda detrás del Banco de la República. Y me soltó que iba a realizar una acción revolucionaria. Y que necesitaba mi ayuda.

—Así, de una —se sorprendió Cecilia. ¡Qué irresponsabilidad!

—Sí, compa —Pinilla estaba más calmado y trató de concretar los hechos. Yo me quedé pasmado. Le dije, en principio, que era absurdo que pidiera mi colaboración para algo que no solo no sabía qué era, sino que no estaba preparado. Entonces me salió con el cuento de que él confiaba mucho en mí y que por la naturaleza de la acción, su grupo, que jamás me lo identificó, había decidido esperar hasta el último momento para comprometerme con ella.

—¡Qué estilo de clandestinidad! —exclamó ahora Julio, quien parecía que se había olvidado de su ojo ante la curiosa narración de Pinilla.

—Como vi que tenía ciertas dudas sobre lo que iba a realizar, a pesar de que no me confié de qué se trataba, me sentí en la obligación, no solo como compañero, sino como amigo, de tratar de echar para atrás una práctica que no solo me parecía irresponsable sino absurda y suicida, ya que a pocas horas de llevarla a cabo, aún tenían detalles sin resolver.

—¿Pero no le dijo que iban a matar a un ministro? —intervino de nuevo Cecilia.

—No, ni siquiera me dijo de matar a nadie. Todo el tiempo pensé que se trataba de una expropiación. Si me hubiese dicho todo, jamás hubiese ido con Luisito a donde me llevó.

Pinilla descansó un instante. Miró a sus compañeros y continuó, luego de prender el último cigarrillo que le quedaba. Julio hacía algunos gestos de dolor, de rato en rato, pero había cambiado su expresión de fastidio por tener que permanecer en el sitio un rato más.

—Cuando nos cerraron la cafetería, como a las once de la noche, nos dirigimos a un local amplio, en el tercer piso de un edificio de la Catorce con Séptima. Era una especie de bodega de una papelería. Antes de pasar a la parte de atrás de un estante gigante en donde estaban sentados tres tipos encapuchados, Luisito me dijo que me llamaba Sergio y me dio un pasamontañas igual a los que tenían sus compañeros. El único que permaneció con la cara destapada fue él.

—Bueno, por lo menos algo de clandestinidad tienen esos locos —comentó Cecilia con una leve sonrisa.

—Allí me enteré que lo que querían era que yo los esperara en un carro viejo que a veces llevo a la empresa, a la salida de la acción, a unas cuadras del sitio donde la iban a realizar. Y que lo que iban a hacer era nada menos que ultimar a un personaje de la vida nacional. Nunca me dijeron que era el ministro, pero se les soltó que era en el Chicó.

—¿Y usted, compa, qué hizo? —bajó el tono recio Julio, muy interesado en la narración.

—Cuando me soltaron el cuento casi me voy de espaldas como Condorito —precisó Pinilla—. Pero como mi carro está dañado desde hace algunos días, les dije que me disculparan pero que era imposible. Luego, cuando uno de los encapuchados me pidió que dijera mi opinión sobre la acción, les dije que me parecía no solo muy arriesgada sino imprudente, ya que veía que no tenían todos los elementos para llevarla a cabo. Como Luisito me apoyara, estuve el resto de la noche, casi hasta la madrugada, tratando de convencerlos que un asesinato aislado nada servía para enfrentar al Gobierno. Y

que por el contrario, traería inútilmente más represión de Pastrana a las organizaciones políticas y sindicales.

—Eso estuvo bien, compa. ¿Pero qué argumentaban? —preguntó Gonzalo.

—Ellos decían que la persona a quien iban a ajusticiar era un perseguidor de dirigentes sindicales y políticos, que era el responsable de la represión, que sabían de sus vinculaciones con la CIA, en fin. Yo estuve a punto de creer que era el jefe del DAS. O el ministro de Defensa. Pero jamás pensé que era Pardo Buevas.

—¿Cómo terminó todo? —intervino de nuevo Cecilia— porque necesitamos debatir sobre su seguridad, compañero. A pesar de que parece que ni lo conocieron, ni usted los identificó. Pero el hecho de que Luisito sea del sindicato y que usted haya estado tan vinculado a su vida en los últimos meses, lo pone, por lo menos, en la mira de los investigadores del caso. Y es mejor evitar sorpresas —puntualizó Cecilia en tono grave.

Hasta ese momento, Pinilla no había caído en cuenta de que realmente muchas personas podían vincularlo con Luisito. No solo porque almorzaba casi todos los días con el joven almacenista de la empresa, sino porque en algunas oportunidades, pocas realmente, habían partido juntos de la editorial en su viejo automóvil. Pero trató de hacer memoria Pinilla, asustado por las palabras de Cecilia; Luisito no tenía su teléfono particular, jamás lo había llamado a su casa. Y él nunca había realizado un grupo de estudio en la casa de Luisito. Además, quiso calmarse Pinilla, siempre que almorzaban lo hacían junto a otros afiliados al sindicato. Pero..., pensaba el, abogado, sin duda había que discutir, como lo proponía Cecilia, la situación. La forma de enfrentar a los investigadores, en caso de que lo llamasen a declarar. La posición del sindicato, ya que Luisito era vocal de la Junta Directiva. Y también su seguridad personal.

138 —¿Alguien escuchó, cuando al ir a almorzar el viernes pasado, con el grupo de sindicalistas, que Luisito le comentó que necesitaba hablar urgentemente con Ud.? —interrogó Cecilia, con tal acuciosidad, que Pinilla se sintió en una indagatoria.

—Usted parece Juez de la República, compañera —era la primera vez que hacía un comentario de los que acostumbraba el abogado, quien era por demás de muy buen humor, pero que no se había atrevido, hasta ahora, a quitarle patetismo a las reuniones.

Todos soltaron la risa. Hasta Julio, que era especialmente serio y grave en todas sus actuaciones, tanto laborales como conspirativas.

—No, compañero —contestó sonriente Cecilia—, pero debí estudiar derecho, no medicina —hizo cara de niña pícara.

—No, compa, Luisito se cuidó muy bien de que nadie escuchara. Como yo le dije que nos encontraríamos por la tarde en el Centro, no se habló más del asunto.

—¿Y cómo terminó la reunión esa noche, Fernando? Porque no nos dijo cómo se safó de los compas —intervino Julio.

—Como a las cuatro y media de la madrugada yo les dije que me iba, pero me dijeron que era imposible. Que antes de las cinco y media no podría salir. Entonces me dijeron que si quería descansar, al otro lado del depósito había una cama. Que me recostara y ellos me despertarían en el momento oportuno. Yo, obviamente no dormí el resto de la noche.

—¿Y no le hicieron ninguna recomendación? —preguntó Gonzalo.

—Sí, cuando me iba para el sitio que me habían asignado, me despidieron cortésmente y me dijeron: “Usted no ha escuchado nada, compañero, ¿no es cierto?”.

—No se preocupen, amigos, él me conoce, señalé a Luisito, no he escuchado nada. En todo caso, buena suerte, compas —repitió Pinilla delante del grupo las últimas palabras de aquella absurda reunión.

—Yo pienso —intervino Julio, como para concluir su presencia en la reunión—, y con esto tengo que retirarme, compañeros, que lo que debe hacer Fernando, en caso de ser llamado a declarar, como nos puede pasar a Miguel o a mí, es sostener que su relación con Luisito era estrictamente sindical. Y que jamás, como afectivamente es cierto, le escuchó de pertenecer a ningún grupo político.

—¿Luisito tiene algún material suyo, un libro o cualquier otra cosa? —puntualizó Cecilia cuando Julio ya estaba en la puerta de la habitación. Este se paró un instante para escuchar la respuesta de Pinilla.

—No, compa, el último me lo entregó hace algunos días. Además, jamás le di nada que tuviera mi firma. Ahora que recuerdo, Luisito había faltado, sin justificarme por qué, a las dos últimas reuniones del grupo de estudio. Pienso que ya estaba metido en la organización de la acción del sábado.

—En la desorganización, ¿querrá decir, compañero? —soltó con ironía Julio desapareciendo detrás de la puerta de la habitación.

—Yo creo que no va a haber mayor problema ni para usted ni para el sindicato, que no es responsable de la acción de Luisito, pero sí es necesario que estemos sobre la jugada, por si las moscas —concluyó Cecilia, organizando unos libros que estaban desparrramados sobre la mesa. Y que hacían parte del “Minuto” de la reunión de esa noche.

Jeanette estaba de acuerdo con la propuesta de Pinilla y de Gonzalo. Entre más contaba lo que le había pasado, más se radicalizaba. Hasta les había consultado sobre la bondad de iniciar una acción legal contra T. T., por intento de violación. Los abogados quedaron de estudiar las posibilidades de una denuncia penal. Por lo pronto, lograron que la gran mayoría del sindicato, en la reunión extraordinaria del sábado siguiente aprobara un día de paro en protesta por la acción de T. T. a quien declaraban persona no grata y exigían a la empresa que prescindiera de sus servicios como jefe de Personal, dándole una semana para echarlo de la Compañía. O someterse a la paralización total de la empresa por veinticuatro horas.

La editorial reaccionó, como lo había previsto Cecilia, con violencia. No podía dejar que el sindicato le tomara ventaja en vísperas de la negociación. Había defendido a T. T., absurdamente, calumniando a la muchacha, acusándola de estar mintiendo y de haber seducido al jefe de Personal, para conseguir el préstamo. Valiéndose del testimonio de varias secretarías afectas a la empresa, de haber

visto a la muchacha, aquel día, en la oficina de T. T., antes del fin de la jornada de la tarde.

Esta salida de la Compañía, enfureció a los trabajadores. Sobre todo a las operarias y a las compañeras de Jeanette, quienes juraron que sacarían a T. T. a las buenas o a las malas.

La guerra había comenzado.

Capítulo decimotercero

¡Ahí están... esos son...!

Consuelo había colaborado ampliamente en la organización del Paro. No solo porque ya estaba ligada sentimental e ideológicamente a Pinilla y al sindicato, porque era muy amiga de Jeanette, sino porque desde que se había cambiado de sicología a sociología, a instancias del abogado y disgusto de su familia, había ido tomando cada día posiciones más consecuentes con la lucha que algunos sectores, revolucionarios feministas, adelantaban contra el machismo de todas las militancias de la universidad.

Había formado un fuerte grupo de activistas en la Univ. que hacían estudios y tomaban partido a menudo contra el alienante y contrarrevolucionario accionar de todos los grupos de izquierda. Andaba a toda hora con los libros de Simone de Beauvoir y de Krupskaya, la compañera de Lenin, debajo del brazo. Su cambio de actitud y de linderos ideopolíticos, no solo le habían traído complicaciones en su casa, en donde su padre, un machista y reaccionario de siete suelas, comenzó a torpedear su relación con Pinilla, sino en la propia empresa. Con mayor razón después del Paro. Consuelo se tomó como propia la ofensa de T. T. y comenzó a idear toda suerte de acciones contra el asombrado jefe de Personal que creyó tener en ella una amiga y a la que sin suerte había intentado cortejar o seducir en múltiples oportunidades, según ella misma se lo había confiado a Pinilla: “Es el hombre más imbécil y desagradable que he conocido en mi vida”, decía a menudo. Comenzó por convencer a todas las operarias de planta, y a no pocas secretarias y

ejecutivas, de enviar cada una un telegrama a T. T., protestando, como mujeres y trabajadoras, por el acto vandálico, así lo llamaba en su telegrama particular, que había intentado realizar. La protesta, que rebasaba el marco de lo sindical y así lo hacía saber cuando hablaba con alguna compañera de la empresa, gustó tanto a las mujeres de la empresa que muchas donaron una pequeña cuota de su salario, para financiar el envío de los mensajes contestatarios. Era, como lo proclamaba a los cuatro vientos Consuelo, una lucha de las mujeres, exigiendo respeto de las “mentes vaginales”, como llamaba al cerebro de los hombres que así procedían. En menos de ocho días, el escritorio de Personal se vio invadido de decenas de hojas de Telecom, que exigían a T. T., si realmente era más varón que macho, retirarse de su puesto con dignidad, y presentarle disculpas públicas a Jeanette, quien no solo se sintió sumamente halagada con tanta solidaridad, sino resarcida de la ofensa, a pesar de que ni T. T., que ardía de la ira y la vergüenza, ni la empresa, hicieron nada para contestar positivamente las misivas ni escapar del escándalo. Por el contrario, en la fiesta de la Secretaria, optaron por enviar gigantescos ramos de flores a aquellas pocas mujeres que no habían firmado telegramas. Estas recibían los ramos avergonzadas, ganándose el desprecio y la burla del resto de las féminas de la Compañía, sacándolos de sus oficinas o de sus escritorios, casi furtivamente, para no exhibir diariamente la prueba pública de su traición al género, según la retórica que Consuelo empezó a manejar en su discurso.

Su segunda acción fue más contundente. Empezó a preparar, a propósito del Paro, una pequeña publicación en formato tabloide y en la técnica del mimeógrafo, que bajo el nombre de *El Sádico* —quiso titularlo inicialmente *El Violador* pero fue convencida de que era excesivo— apareció en todos los escritorios de la empresa a las ocho de la mañana del día anterior al Paro, haciendo todo tipo de consideraciones burlonas y en serio con respecto al machismo, a la violación, al acoso sexual de los ejecutivos, al respeto a la dignidad de la mujer, a T. T., sin nombrarlo. La publicación fue anónima. No por temor a la Compañía, a la cual ya no le tenía ni respeto, ni apego, sino por hacer más contundente y lúdica

la confrontación, explicó a las poquísimas personas que conocieron el proyecto. Pinilla, obviamente le colaboró, no solo con pequeñas notas, sino con su elaboración mecanográfica. Entonces, la empresa y T. T. reaccionaron violentamente. Aquella le envió un memorándum conminándola a que recogiese la publicación, amenazándola con destituir la ante cualquier otra acción de esa naturaleza. Y, T. T., ya en franca guerra con la muchacha, le advirtió públicamente que cualquier otra ofensa pública a su persona y la sometería a una denuncia penal por injuria. Esto fue peor. Con el apoyo jurídico de Pinilla y de Gonzalo, Consuelo presentó un descargo ante la Compañía, que fotocopió y repartió personalmente en todos los departamentos de la empresa, en una actitud retadora, acusándolos de represores, sacándoles su vergonzante pasado izquierdoso, recordándoles que años atrás, cuando fungían de revolucionarios, habían desviado los dineros de una donación hecha por un país comunista para montar una maquinaria de impresión revolucionaria, utilizándolos para levantar una empresa capitalista y explotadora. Los retaba a probarle, en cualquier tribunal, la autoría de la publicación, so pena, ella sí, de iniciar una querrela por calumnia e injuria contra los que afirmaban que ella había sido la autora del panfleto. Les exigía, no solo la renuncia de T. T., sino que los amenazaba, de no ser así, con hacer conocer de los clientes y de la opinión pública dicha aclaración. “¡Esto ya es demasiado!”, gritaba fuera de sí Caldo Livias, con las rabietas que todo el personal le conocía, mientras ordenaba la elaboración de la carta de despido de la joven y radical activista. Pero no se llevó a efecto, no en ese momento, ya que una junta empresarial, asesorada por un par de abogados laboristas, había convencido al energúmeno gerente y a su no menos iracundo jefe de Personal, que sacarla en ese momento no solo le daría fuerza al sindicato y la convertiría en emblema en vísperas de la negociación, sino que sería una extralimitación jurídica, que afectaría económicamente a la empresa, como editora de textos de carácter laboral de gran prestigio y confiabilidad a nivel nacional. Además, puntualizaron los asesores, nada podía probar hasta ese momento, aun cuando se tuviese por cierto, que ella hubiese escrito

el panfleto, el cual en sí mismo, era tan general, a pesar de que su inspirador era T. T., que no había lugar a ninguna demanda contra la muchacha, cobijada además, desde hacía ya tiempo, por el fuero sindical. La conclusión había sido, contra las protestas del gerente, que le iban a seguir los pasos, que la iban a vigilar especialmente, para encontrarle una caída, y que, una vez pasase la discusión del petitorio, prescindirían de ella.

Por recomendación de Gonzalo y Pinilla, Consuelo fue llamada al Partido. No solo por sus acciones y compromiso con la lucha del sindicato y sus participaciones políticas en la Univ., sino para meterla en cintura, atemperarle su sarampión revolucionario, ya que sus actuaciones voluntaristas, juzgaba la Organización, eran una rueda suelta que podría hacer peligrar la discusión del Pliego de Peticiones y la suerte de la Organización sindical en vísperas de la negociación, que ya se vislumbraba, por los acontecimientos ocurridos, como una dura confrontación obrero-patronal.

Consuelo sintió una gran emoción de permanecer en ese tipo de organizaciones que, meses antes, eran para ella como misteriosas, esotéricas, fantasmales, de las cuales hablaba todos los días la prensa en los peores términos y sobre las que escuchaba todo tipo de comentarios en pro y en contra, en la facultad, en donde la discusión y la confrontación política, a propósito de los diversos tipos de guerrilla, estaban a la orden del día siempre. Más en momentos en que el presidente Pastrana, que todavía cargaba con el estigma de haber llegado al poder por fraude electoral propiciado por el presidente Lleras y operativizado por su ministro de Gobierno, el Tigre Noriega para impedir, se decía, la llegada al poder de la Anapo y su jefe, el general y ex dictador Rojas Pinilla, desataba una represión brutal contra todas las muestras de crítica y organización de los sectores populares, decretando, como tantas otras veces en su gobierno, el estado de sitio, aquel comodín persistente de la política colombiana del siglo xx, para acallar las protestas populares y tapar todas las embarradas del Gobierno y de la clase política.

La muchacha, tres años menor que Pinilla, con el paso de los meses había conformado con el abogado una sociedad dedicada al

estudio, la militancia y el amor. Sin duda amándose y estrechamente identificados ahora en lo político, la pareja se perdía con frecuencia, días enteros, los fines de semana, para entregarse al cultivo de las pieles. El bello y frío cuerpo de ella, que Pinilla había gozado a sus anchas desde la primera entrega, era ahora, además, un reconfortante oasis para el joven abogado, un remanso delicioso de amor, paz y sexo, que cada día satisfacía más su espíritu marcadamente erótico y romántico, acostumbrado a complacerlo con diversas amantes de segundo nivel, como las llamaba cuando algún amigo le ponía en alerta sobre los celos de la aguerrida estudiante de sociología, quien llegó a un momento de tanta fusión con Pinilla, que le hubiese sacado los ojos a la mujer que creyera una amenaza para su relación con el dirigente y abogado.

La muchacha, además, quien había llegado a la vida de Pinilla a propósito de su deseo de recibir de manos de este su primer libro de poesía, despertó y propició sus inquietudes literarias. Algunos cuentos escritos por el abogado, sobre el cuerpo de la amante, empezaron a ganar algunos discretos premios literarios del orden nacional. Y con alguna frecuencia en la prensa, el nombre de Pinilla comenzó a aparecer con comentarios, o mejor reseñas, sobre las grandes figuras de la música clásica universal, nacidas de su vinculación activa con un coro universitario de música antigua, con el cual había viajado a Europa, luego de algunos meses de haber ingresado a la empresa y cuando era un poco el niño mimado de la Gerencia. Ella se convirtió, además, no solo en su primera lectora sino en su más dura crítica, acostumbrada de siempre a no comer entero en nada.

El día del Paro, minuciosamente preparado por el sindicato con la asesoría política del Partido y la sindical de la FEDE, a la cual le habían informado cuando ya las bases habían votado a su favor, las aceras aledañas a la empresa amanecieron físicamente cercadas de cartelones gigantescos con toda suerte de textos y dibujos de protesta contra T. T. y la complicidad de la empresa.

Todos los clientes, que a menudo acudían a las oficinas de la Compañía, se enteraron, no solo por los panfletos que les eran repartidos por muchachitos contratados en la calle por el hijo de la

mujer del restaurante donde almorzaban los sindicalistas y quien odiaba entrañablemente a T. T., sino por las pancartas colocadas en frente de la puerta principal, el motivo de la paralización empresarial. No se le impidió la entrada a ningún trabajador que quisiese laborar, no se atacó verbalmente a ningún ejecutivo, ni siquiera a T. T., ni se asumió ninguna actitud de fuerza. Sencillamente, todas y todos, los afiliados al sindicato, llegaron a la hora a cumplir con el horario, se registraron en la máquina de control de puntualidad y asistencia y se fueron a sus lugares de trabajo, en donde de la manera más pacífica permanecieron todo el día leyendo la prensa, cuidando sus máquinas para evitar cualquier acción de los afectos a la empresa y en absoluto silencio. Esto, destruía los nervios de T. T. y de los directivos empresariales, quienes hubiesen querido un motivo para crear situaciones límites y tener elementos para actuar legalmente contra los trabajadores. Se distinguía a los sindicalizados por un gorrito rojo que portaron todo el día y que solo se quitaron cuando abandonaron, a la hora de la salida, las instalaciones laborales. El sindicato, solo por formalismo y a sabiendas de que difícilmente podían ser sancionados, ya que probaron ante las autoridades laborales la violación de sus derechos por parte de T. T., informaron al Ministerio del Trabajo su acción y pidieron, para parecer más legalistas, que hubiese observadores ministeriales en la planta, para que certificaran la conducta y desempeño de la organización. Cuando a las cinco de la tarde terminó la pacífica jornada de protesta dentro de las instalaciones, todos los implicados se reunieron, frente a la empresa, en plena calle y entonaron, con variaciones, estribillos ad hoc”. “Ahí están, esos son, cómplices del violador”. “Ahí está, en su rincón, nuestro jefe acosador”. “ Cuidado, muchachas, los hombres te emborrachan”.

Diez días más tarde, en medio de grandes tensiones y del gran desprestigio público de la empresa, comenzó la discusión del Pliego.

Y las estratagemas de la humillada y enfurecida directiva empresarial.

Capítulo decimocuarto

Una mentira y una canallada

Pinilla se levantó más temprano que de costumbre. Cumplía veintitrés años y era tradición, en su casa, desayunar juntos y en familia cada vez que un miembro se hacía más viejo. Cuando terminó, salió corriendo para la empresa, a pesar de que había anunciado ante su jefe inmediato que llegaría un poco tarde. Pero era tal la situación suya en la empresa, que prefirió no demorarse demasiado. Además, tenía mucho trabajo. Cada día, para fastidiar a Gonzalo y a él, se les exigía más. El propósito era cansarlos para que renunciaran y prescindir de ellos sin convertirlos en mártires. Y sin indemnizarlos. Ya no gozaban del fuero legal de la etapa de negociación. Pero Pinilla tenía el de directivo sindical y Gonzalo el de afiliado.

La calma chicha que vivía la empresa desde la firma del contrato colectivo, no exenta de tensión, no tuvo nada que la perturbara. Antes del mediodía, Pinilla recibió la llamada de su casa. Su madre había caído en una de esas crisis respiratorias que los médicos achacaban a la menopausia. No era nada nuevo, pero la noticia alteró al joven abogado, quien salió corriendo para su casa a la hora del almuerzo, a sabiendas de que debería volver antes de las dos de la tarde. Tomó un taxi en la esquina de la empresa, perturbado y nervioso.

Gonzalo trabajaba como de costumbre, silencioso, analizando las implicaciones de una medida económica de Pastrana, que marcaría la quiebra de miles de hogares a lo largo del último cuarto del siglo xx y la riqueza desmedida del capital financiero, el tristemente

célebre UPAC. Su implantación había desatado grandes debates y una gran protesta popular, cuyas consecuencias trataba el abogado de desentrañar y eran el tema principal de la publicación económica que acertadamente dirigía, a pesar de no tener formación académica en la especialidad. Y de no contar ya, como en los primeros meses de su trabajo, con las amenas conversaciones aclaratorias con Garza u otros ejecutivos de la empresa, enemigos obviamente del sindicato. Desde su vinculación a la organización, la redacción de su revista era cada día más agotadora y estresante, ya que lo que antes eran informales y agradables discusiones para dilucidar los alcances del acontecer económico del país, se habían convertido en defensas, a veces agrias y bajo presión, de los puntos de vista que consideraba correctos. Pero que cada día coincidían menos con los del jefe de Redacción, a quien ya no le tenía ningún respeto. Y quien se había despreocupado de la suerte laboral de sus dos pupilos sindicalizados. La relación era ahora, cortésmente hipócrita y distante.

Cuando se dio cuenta, estaba prácticamente solo en la empresa. El resto del personal había salido a almorzar. Se quitó las gafas. Echó un vistazo a la planta que estaba silenciosa y desolada y se fue al teléfono. Se había acordado de la crisis de la madre de Pinilla. Y quiso averiguar. No encontró a su compañero, pero el padre de Pinilla le informó que ya estaba recuperada y que su hijo había salido para la empresa. Prendió un cigarrillo. Lo aspiró profundamente y tomó la decisión de salir. Tenía hambre. Estaba cansado. Y algo inquieto.

150 Cuando volvió Pinilla, ya las máquinas impresoras estaban traqueteando. No había ninguna directiva en la empresa. Cuando llegó a Redacción, Rosalba lo miró con una leve sonrisa, que Pinilla tomó con desdén, dirigiéndose al teléfono para indagar por su madre. Efectivamente se había mejorado. Habló unos instantes con ella y, se sentó en la silla, frente a su máquina de escribir. Hubiera querido salir corriendo, recoger a Consuelo y perderse en los pliegues de su cuerpo. Lo necesitaba. Pero era un sueño irrealizable, por lo menos en ese momento. Se quitó el saco e introdujo una hoja en la máquina. Quiso escribir un poema. A menudo lo hacía, cuando la tensión

era muy alta o tenía algún respiro en el trabajo. Siempre y cuando Rosalba no estuviera, como siempre, figgoneando todo. Escribió unas frases deshilvanadas. A menudo iniciaba así sus trabajos literarios. Y los iba conduciendo, poco a poco, hasta la coherencia. No se había dado cuenta que debajo de su máquina había un sobre: “Te espero a la salida en la avenida. Y te invito a comer de cumpleaños, a donde tú quieras, mi gordito adorado y poeta. Luego a amarnos. Te amo mucho. Rosa Luxemburgo”. Así la llamaba desde hacía un tiempo. Y así, Rosa, se había nominado dentro del Partido. Pinilla se sonrió. Guardó la nota. Y empezó a tejer un poema de amor. La tarde transcurrió aburrida pero en calma. Cada cierto tiempo, se paraba y llamaba a su casa. Antes de la última llamada, siendo casi las cinco de la tarde, Mariela convocó a Pinilla y a Gonzalo a la Oficina de Personal. T. T. estaba firmando unas comunicaciones. Pero ambos abogados lo notaron nervioso. Cuando terminó de firmar las cartas, las metió tembloroso en sendos sobres y sin decir nada se las entregó a Pinilla y a Gonzalo.

—Ábranlas, por favor —dijo con la voz menguada.

Cuando Gonzalo leyó la palabra despido y la causal de bajo rendimiento e incumplimiento de las labores para las cuales había sido contratado, montó en cólera.

—Esto es una mentira y una canallada —se puso de pie Gonzalo quien, a pesar de su aspecto calmado, era capaz de gran violencia cuando se veía atacado u ofendido. Estaba amoratado, como le sucedía cuando el mal genio lo poseía.

—Haga el favor de respetarme —alzó la voz T. T., mientras echaba hacia atrás su silla, apoyándose en la pared—, esto es una decisión de la Junta Directiva de la empresa que ha decidido prescindir de sus ser...

—Qué Junta Directiva, ni qué carajos —lo cortó Gonzalo iracundo, intentando abalanzarse sobre el jefe de Personal. Y lo hubiese hecho de no ser por la intervención de Pinilla.

—Tranquilo, hermano, este tipo no vale la pena.

—Nosotros salimos —gritó Gonzalo dirigiéndose hacia la puerta y lanzando una fulminante mirada sobre T. T.—, pero usted también.

Capítulo decimoquinto

La piel de la alucinación

Efectivamente. A los quince días, T. T., acusado por los socios de la editorial de ser el principal responsable de la fundación del sindicato y culpable del paro que le había costado tanto dinero y desprestigio a la Compañía, salió de la empresa. Ante la presión de la Organización Sindical y la amenaza de un nuevo Paro.

Pero por la puerta de atrás.

Consuelo, quien fue despedida un par de meses más tarde, junto con varios directivos sindicales y los miembros más significativos de base, en una razia antisindical que pretendía acabar con la organización, costare lo que costare, se dedicó a la militancia y, sobre todo a Pinilla. Prácticamente pasaban las veinticuatro horas del día juntos. En reuniones sindicales y políticas. En plazas y calles. Y el resto del tiempo en moteles.

Su misión era rescatar, para la militancia del partido, los mejores cuadros del sindicato. Formarlos y penetrar, mientras la organización de base persistiese, las estructuras de la FEDE, a fin de incidir en sus cuadros rescatables y de darle un viraje, en la medida de lo posible, a sus políticas democristianas y sindicaleras.

Pinilla y Consuelo libraban cada día, bajo la dirección del Partido y de manera exitosa en un comienzo, batallas contra la corrupta y burocrática dirigencia de la FEDE y especialmente de la CONFE. Como Pinilla lo había vislumbrado desde un principio, Tomás, el vicepresidente de la CONFE, los apoyaba entre bambalinas. Y sostenía, al margen de la Central, interesantes discusiones

de acercamiento ideopolítico con el grupo de Pinilla, que cada día se parecía más a un comando de choque, ya que a pesar de su reducido número, lograba, mediante una inteligente y hábil maniobra electoral y aprovechando su mayor hondura política, algunos puestos directivos en la FEDE. Allí, a pesar de estar al tanto de la posición ideológica del grupo del sindicato, tuvieron que soportarlos por un tiempo, ante su ascendente en algunos sectores de las bases sindicales del ramo de los gráficos.

La lucha ideológica en el seno de la FEDE se hacía cada vez más intensa. Y más agotadora. Tan solo la alucinación de las pieles recuperaba el aliento de los amantes para el feroz fuego de la acción política pública y de la peligrosa militancia clandestina.

Cada vez que podían, se encerraban en las cuatro paredes de cualquier hotelito de segunda. Entonces los cuerpos tomaban por su cuenta el comando de las acciones, liberados por momentos, del engañoso control de la ideología, de la palabra, de la confrontación política, de la peligrosa acechanza policial. Y se lanzaban a las más libertarias aventuras. Al más lúdico entretenimiento. Al más regenerador de los tónicos.

Solo allí, en aquel mundo clausurado al exterior, pero abierto a las más hondas sensaciones, recuperaban el equilibrio de lo verdadero. La necesaria conciliación con el cosmos. La enloquecida simetría de lo vital.

Los zapatos, prosaicamente terrenales, eran precisamente nuestro pasaporte al Paraíso. Cuando nos desprendíamos de ellos, sabíamos que se había iniciado el rito. Que Eros había hecho su entrada, arrolladora como siempre, en nuestro universo. Al apartar las medias, la mayoría de las veces con premura, un calor interno comenzaba a abrigarnos. Luego venía tu falda, tan corta que me bastaba una mano para dejarla a un lado. Donde cayera. Luego, al final, calcularíamos el nivel de mi urgencia. Tú te encargabas de bajar, y lo hacías con lentitud, casi con miedo, la cremallera. Y yo de doblegar, sin ningún temor y con premura, tu blusa, luego de sacar de combate, uno a uno, a todos los botones. Vencidos ellos, me hallaba cerca de dominar aquellas pequeñas cumbres de tu territorio que

me permitirían, a partir de allí, invadirte toda. Y ellas, sin mayor oposición ni defensa, caían siempre de inmediato, rendidas ante el asalto sin cuartel de mis manos, que no descansaban hasta entregarle a mis labios aquel botín (pequeñas mamas, glandulares mamas, nerviosas mamas, grasosas mamas, adiposas mamas, mamas mías, mamas tuyas, mamas santas, mamas para apretar, aplastar, exprimir, humedecer, ablandar, besar, chupar, morder, mamar, mamar y mamar por los siglos de los siglos, mamén) que enloquecía con su sabor de eternidad a todos los integrantes de mi ejército. Y los adiestraba para el resto del combate.

Nunca se sabía cuando nuestros vellos (los tuyos eran bellos) quedaban frente a frente, pelo a pelo, pubis a pubis como retándose a emprender epopeyas mayores, porque en aquellos momentos, la batalla, sin límites de ninguna naturaleza, ya era cuerpo a cuerpo. Y sin más reglas que nuestra imaginativa, desbordante y desaforada necesidad de entrega.

Capítulo decimosexto

Todo no valió nada...

... y el resto valió menos

El sindicato, con el correr del tiempo y ante el despido de buena parte de los dirigentes de la primera hora, empezó a dar síntomas de desfallecimiento. A pesar de que la Convención había satisfecho las expectativas de los afiliados y del resto de trabajadores, a los cuales se les hizo extensivas las conquistas laborales logradas a partir del petitorio.

Fuera de Antonio Madrid, sobre quien había recaído todo el peso de la organización y de unos cuantos militantes fundadores, el sindicato cada día parecía más acéfalo. Y no contaba con cuadros capaces de robustecerlo. Ni motivados a hacerlo, ante la aguda represión empresarial.

El Mono Viñal y un par de compañeros despedidos por la compañía, al tiempo, con él, reclutados por Consuelo y Pinilla para lides más frontales del trabajo sindical, se incorporaron con entusiasmo a apoyar la lucha al interior de la FEDE. Pero por poco tiempo.

El acoso económico y la cada vez más endeble representación de sus bases —ante el debilitamiento del sindicato, poco a poco desmantelado y a la final arrasado por el gerente Caldo Livias, quien aprovechó una heroica pero desesperada y solitaria acción de Antonio Madrid— hicieron que decayera de manera definitiva la militancia política del grupo inicial de sindicalistas compañeros de Pinilla.

Consuelo y el propio Pinilla, expulsados a la postre de la FEDE, víctimas de la persecución ordenada desde Argentina, sede de la REQUETECONFE, dejaron no obstante un relativo número de jóvenes dirigentes sindicales, tocados por una visión más política de la lucha gremial. Liberados del compromiso militante de intervenir en la Central, se integraron al trabajo revolucionario en diversos frentes urbanos. Pero con algunas reticencias, ante posiciones partidistas que no entendían.

Gonzalo, quien ya hacía parte de los cuadros directivos del Partido a nivel nacional, encargado de muy riesgosas responsabilidades de propaganda clandestina y de coordinar el apoyo urbano a compañeros que realizaban acciones guerrilleras en el campo, cayó, como consecuencia de conflictos familiares y agudas presiones partidistas, en una crisis emocional y política que lo llevó a un reposo clínico.

La situación de Gonzalo puso al descubierto, delante de sus dos compañeros, que algo no andaba bien en la Organización. Parecía que la cúpula se había roto. Que diversas líneas pugnaban por mantener la dirección. El cuento nacional de nunca acabar. La izquierda ha tenido siempre, en la historia del país, la morbosa habilidad para destruirse a sí misma. Para romperse en miles de grupúsculos. Para tragarse su propia cola. El síndrome de la atomización.

Y la extraordinaria capacidad para cohesionar a la derecha.

Consuelo, más pragmática que Pinilla, se separó bien pronto de la organización. Y volvió de inmediato al estudio —abandonado parcialmente por el trabajo político—. A las disciplinas sociológicas que había comenzado al iniciar su relación con Pinilla. Ahora con más ahínco. Y con mayor tiempo, en tanto la relación con Pinilla comenzó a caer en picada, por celos mutuos, diferencias políticas y agotamiento sexual.

158 Aun de estudiante, Consuelo comenzó a realizar importantes investigaciones en la universidad, que le empezaron a labrar una relativa prestancia en los medios académicos.

Pinilla militó un tiempo más, hasta cuando entró en contradicción con algunas directrices del Partido que le parecieron erradas. Y

vio como se desmontaban, por posiciones militaristas trazadas desde el campo, importantes núcleos de militancia urbana que habían logrado significativo ascendiente en diversos barrios y comunidades de muchas ciudades del país.

Presas, como Gonzalo, de una crisis de identidad política, agudizada por la ruptura emocional con su compañera, Pinilla se dedicó, casi exclusivamente, a escribir, aprovechando el caos estructural del Partido, que lanzó en desbandada a buena parte de la militancia.

La ciudad y sus imaginarios fueron sus primeros protagonistas. Poco tiempo después obtuvo un premio literario.

Capítulo decimoséptimo

La tenaz suramericana

Una limosnita por el amor de Dios, pío, pío, pío, palomitas blancas, pío, pío, pío, palomitas negras que también se van al cielo, como los angelitos de Andrés Eloy y los angelitos cachacos, decenticos, calladitos, muy bien puestos y coloreados de la Catedral Primada de Santa Fe de Bogotá. Un 31 de agosto de un año que no diré, lo calló el cura Margallo, un terrible terremoto destruirá Santa Fe, ojalá que solo hubiese sido un Mamador de Gallo en aquella terrible maldición sobre las palomitas blancas, palomitas negras, de la monumental plaza donde el señor Tenerani colocó a Bolívar con su espada y su mirada de futuro para que observara en primera fila, y sin pestañear, como entraban a mansalva y sobreseguros los tanques Cascabel a la Corte Suprema de Justicia de la República del Sagrado Corazón, y de la Virgen del Carmen, y de la Virgen de la Candelaria, y de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, y de Nuestra Señora de las Lajas y de la Virgen de Chiquinquirá, la virgen más vergataria, así les de urticaria a muchos zulianos que creen que la Chinita es propiedad privada de los maracuchos, como si las vírgenes, que ya se están extinguiendo, no fueran un servicio público. Habrase visto, qué molleja, primo.

Total, el tenientico que mandó el golpe de estado de veinticuatro horas, perdón, la toma del Palacio de Justicia, no respetó ni al Señor Caído de Monserrate, quien está tan caído, que no alcanzó a levantarse para impedir que los soldaditos de mierda volvieran ídem la patria que es lo único que saben hacer, machacando de paso,

haciendo naco-puré-poteca-compota la frase del traidor septembrino, del leguleyo de marras, del marrullero de siempre, del Hombre de las Cagadas (la de Bolívar fue no haberlo ajusticiado en su momento, como le aconsejó Manuelita, que tenía pelos pero no en la lengua, y así le hubiera ahorrado al país muchos dolores y cientos de francisquitos jodedorcitos a lo largo y ancho de la Gran Colombia) como aquella que esculpida en el umbral de la puerta recibió a los rangercitos criollos con el cuento chino de que si “las armas os dieron la independendencia las leyes os darán la libertad”, libertad sí, pero para morirnos de hambre y de enfermedades, narco bombitas, quiebrapaticas, rateros, asaltos, mugre, cráteres en las calles, cual si estuviésemos viviendo sobre un cementerio de volcanes y no sobre el río San Francisco, manso como su referente, y como si fuese poco tanta tranquilidad capitalina; luego tuvimos que mamarnos, como en las películas, una mano de cañonazos de las tanquetas, ¿quién le pone cascabel al gato?, disparando con euforia como en el Vietnam o en las películas de Rambo, contra lo único medio respetable de este país, porque no nos podemos quedar atrás de los soldaditos rubios, mientras un hombre, de hondura jurídica y dignidad, gritaba desesperado, desde el fiel de la balanza con el orgullo de su suprema investidura, vuelto mierda del miedo: “¡Sáquenos y dialoguemos, señor presidente!”, el otro, el de los cascabeles y las castañuelas le contestaba: “¡Cállese o los jodemos, señor magistrado”, y los jodió, porque al doctor B. B. E, Ave María por la Virgen de Medellín, porque la de Cali es cachiporra (léase liberal, para los jóvenes de hoy a quienes les importa un rábano la historia), se le aflojaron los pantalones a pesar de que era el Hombre de las calamidades (Palacio de Justicia, Armero, asesinato del ministro Lara, Hijo Maoísta, etc.) o no alcanzó a amarrárselos, o se le corrieron los tiempos, o los espectadores o los colombianos o los siglos (Gaitán y todos los muertos que estáis en los cielos por la violencia de los cincuenta, de Don Laureano y de su hijo, Libradnos Señor, por los siglos de los siglos de los Gómez, amén), amén de que no quiso entrar por la puerta grande de la historia como César Rincón en la Monumental de Madrid, sino agachadito, por la de la cocina. Amagando gobernar, leyendo el

Cuarteto de Alejandría, escribiendo bonitos y retóricos discursos o apoyando empresas españolas, y poetas, y escultores, y pintores y cantantes criollos en busca del tiempo perdido y píntame para Palacio (no Palacio Rudas, sino para el Palacio de Nariño) angelitos negros que, a pesar de no ser todos antioqueños, algunos también se van al cielo como aquellos que se chamuscaron en Armero. Me salió en verso. Eso me pasa cuando converso o cuando hablo de historia del universo. Pero lo que sí es cierto es que se defecó en la patria. No en la de Manizales sino en la de carne y hueso como cualquier burro tieso, en la de 1.138.000 kilómetros cuadrados y nunca se supo cuántos habitantes, porque con esa matazón tan horrible, dislocamos las estadísticas cada noche, luego de ver los noticieros, y pensamos con dolor en la patria que llevamos todos por dentro, sin más remedio que padecerla y adorarla en nuestro silencio mudo antes de que nos metan un balazo desde una moto, por críticos, por habladores, o por fantoches o por huevones.

Ahora que ya nos ubicamos, entonces, síganme los buenos por todos los costados del corazón de la ciudad, para que vean como al paciente señor de Tenerari, parece que las instituciones más hideputas, para ser bien castizos, le hubieran hecho una encerrona en esta plaza, cual si pretendieran mantenerlo al tanto de la destrucción de sus sueños. Cercarlo. Torturarlo. Recordarle que aró en el mar y edificó en el viento (¡qué berraco, arrecho, encachimbado, y cojonudo ese Bolívar. Él sí era virtual, pues se adelantó a la mejor tecnología de punta!).

Para empezar, a sus espaldas le clavaron el imponente y Republicano Parliament con todo y sus cuatrocientos ladrones porque, como todo ha subido con la inflación y el FMI, ahora son cuatrocientos, y con un ineficiente intelectual notable, paradigmas de la pereza, la perversidad, la corrupción, el asalto a la patria. Iguales a aquellos que hace ciento setenta años le agotaron a don Simón las pocas fuerzas que le quedaban, para balbucear su última frustración: “Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, va la madre si me muero”, después no dijo ni pío como las palomitas de la neogótica Catedral a la cual mira con

tristeza a su derecha con sus hermosos techos bermejos, sus majestuosas torres de piedra y sus campanarios enhiestos, su frontispicio magnífico (cagado por las palomitas, pío, pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío, dicen pío, pío. ¡Palomitas unidas, jamás serán comidas!) que el ofensivo lujo de una iglesia en medio de tanta miseria no logra ocultar la desidia, el desamor, la complicidad cuando no la solidaridad con el poder y la corrupción, como en el caso del pobre curita Mahecha que como la viejecita de Pombo la tenía hecha, sin nadita que comer, sino acciones, carros, lotes, porcelanas y mansiones y un genio de los mil demonios con los periodistas que le preguntaban sobre toda la plata, dinero, billullo, mosca, circulante, lana, guita, bille, luca, que le afanó, tumbó, esquilmo, hurtó a los ahorradores de la caja vocacional, ya que tenía gran vocación para el robo, la mentira y la grosería y se creía la vaca que más cagaba de la curia. Pero salió impune con su epistolado y le hizo tremendo pistolazo a los pobres ingenuos que creyeron en la fábula de que mi reino no es de este mundo. Miren el Palacio Arzobispal y verán que sí es de este mundo, de este demonio y de esta carne. Palacio virtual entre tanta pobreza. Pásenla por inocentes y por huevones y miren más bien a la izquierda del señor de Tenerani, para seguir este minitour gratuito (obsequio de la casa editora) por el espinazo y por el dolor de un país y de una ciudad, y verán las arcadas de la incompetencia municipal, las garras de una burocracia especial y espacial que vive en la luna pensando en los huevos del gallo que le maman a siete millones de conciudadanos lavados hasta la madre..., paraguas, paraguas, paraguas, a mil, a mil, viva la democracia representativa de la politiquería de pacotilla enclavada en ese palacete neofrancés del siglo XIX que oficia de Alcaldía de una ciudad criolla hasta los tuétanos como la papa ídem y el quesito bate que bate con chocolate y la almojábana y el tamalito pijao, pasado por baño de María.

Y como si fuera poco, a pesar de tanto que lo jodió y conoció su traición, leguleyismo y marrullas (como las del Francisco de marras y estrellas de la Villa del Rosario) le cerraron el paso por la calle Diez con la estatua de don Camilo. Pero no el decente, el bueno, el valiente, el idealista que quiso combatir el imperialismo (con

un cortaúñas y una casulla sacerdotal, ¡qué ingenuidad guerrillera la suya y qué tan helénica irresponsabilidad!) en las montañas de Santander, donde murió Camilo nació una cruz, pero no de madera sino de luz y cuentan que murió como un héroe, por pendejo, pero con dignidad, que es uno de los recursos agotados y no renovables de este país. Pero hablaba del otro Camilo, del payanés, de aquel que junto con una cuerda de cobardes, digo de notables cobardes, se defecó del susto el 20 de julio (según dice el godito Abella que podrá tener muchas virtudes, menos la de revolucionario) y se escondió en los retretes de los baños y luego, cuando todo estaba bajo control, empezó a dárselas de mucho mosco en leche y a tirárselas de Che Guevara del siglo XIX con memoriales y agravios, cuando ya el Virrey, que no era pendejo, había tomado las de Villadiego y al igual que Rojas Pinilla se había ido, pensado que es mejor que digan “por aquí pasó corriendo que aquí cayó”. Y don Camilo Torres Tenorio, que de intrigas era un bodrio, comenzó a joderle la vida a Nariño y bueno, pa’ qué les cuento más, mejor síganme la cháchara, la carreta por estas calles al norte, calles de mansedumbre que parecen bajar de Monserrate como ríos de cemento. Mansas, pero para los menchos que las recorren después de la hora de nona desde la casona del florero roto que causó el alboroto de 1810. Si perdéis estos momentos de efervescencia (aún no existía el Alka-Seltzer) y calor, cómpreme, usted, este juguitooooo que no vale más que un billeeee, pero de mil, todo lo que usted ve es a mil, a mil, señorita, mamita, masota, tan buenota, tan bellota, ¿cómo decían que la virgen no tenía hermanitas?, acérquese, mi amor, y le muestro mis destornilladores, mis cinturones, mis cuchillas Solinger, mis preservativos Hawai, pa’ decirle al sida ‘good bye’, mi Colibrí Monopol, mi tabaquito chino para que a la china se le ponga fino. Barato, barato, todo a mil, a mil, condones, cojones, cajones, cagones, cabrones, me robaron la cartera. ¡Policía! ¡Policía!, ¿dónde están que no los veo? Yo aquí los puse y no me aparecen. Me roban, me dejan más limpio que el culito del Niño Dios y usted, señor agente, patí caliente, tiene el descaro, las bolas, la envidia de pedirme papeles y licencia para trabajar. ¿Qué licencia ni qué mamá muerta? Los que tienen licencia, pero

para matar, son los paramilitares, los paranormales, y el flemático James Bond, hermano mayor de Hue. Y hablando de licencias, ¿a usted quién se la dio para ser policía?, con esa cara de huevón que no puede con ella. Además, la calle, hermanito, perdón, autoridad, es de quien la trabaja. ¿No es cierto, señor agente, que usted sí me conoce y es llavecita mía?, ¿no es verdad que yo ya le cancelé su cuota diaria?, porque usted también come. Y el que come solo muere solo. Además, de puro bolillo no vive el hombre. También de lo que nos tumbó el nuevo tomo de esta tarde, porque esta tarde vi llover, vi gente correr y envolver sus corotos a la diablo cuando llegó la chota de hijueputas que no dejan trabajar. Ni que estuviéramos robando. Por eso es que en Medellín les dan matarile y aparecen con la jeta llena de moscas, por sapos y porque no saben que al pueblo organizado nadie lo jode por estas calles, porque tanto trabajar y no tengo na'. Además, ¿pa' qué papeles?, ni que fuera Propal o actor de la tivi. ¿O es que no sabe que la constitución garantiza el derecho al trabajo donde se le dé la gana a uno? Así sea en las aceras de la Séptima con Once sobre una mantica tirada en el piso, porque donde la ley no distingue no le cabe al intérprete distinguir. Lo que tiene uno que fajarse, joderse, enladillarse, mamarse, para conseguir la yuca, ¿no es cierto, mi doptor? Marlboro del bueno, no del chiviao, pues entra por Maicao, es más baratico, mi doctor, y sabe a india guajira, a wuuuu. Siga, siga, mi doptor, échese un Septimazo y verá todo lo que hay en esta urbe del INURBE, usted que es un hombre conspicuo y estudiao. Marlboro... Marlboro... buen pizco el doptor, ¿no hermano?... Marlboro... Marl... otra vez la chota... adentro putas que llegó el borracho... pa' qué son paticas. Pa' corrrreer... Luego nos vemos... lector curioso.

Capítulo decimoctavo

¡Cómo se revuelcan, carajo!

Cuando Antonio desapareció por la puerta trasera del establecimiento campestre que la jefatura de Talleres había alquilado para la fiesta, llevaba de nuevo pegada a su cara la grave expresión que le agarró aquella tarde de abril cuando ligeramente encorvado, sobre la mesa de la directiva, habló en medio del más expectante silencio ante los treinta y cinco trabajadores que, con mirada entre curiosa y asustada, asistían a la primera asamblea sindical.

Allí, su elección como presidente había sorprendido sus ojos grandes y nerviosos, un tanto gastados, sus manos anchas y pesadas y sus cincuenta y cinco años bien repartidos entre la cerveza, el monótono cambie-cambie lingotes para el linotipo (dinosaurio de la moderna composición), y la mansa, pastusa, pero obsesiva esperanza de cambios sociales por métodos que jamás tuvo claros y que nunca llegarían a cumplirse, como se lo repetían a diario los articulistas de *El Tiempo* que, religiosamente, leía después del almuerzo o en los ratos libres que le ganaba a los plomos y al saturnismo — que se le había prendido en los pulmones y le cortaba la respiración por momentos.

Todo era para Antonio Madrid como un sueño, como si la elección lo hubiera asaltado y se hubiera clavado en su responsabilidad de la noche a la mañana de un día cualquiera, en el cual se había levantado como siempre siendo un obrero jodido y explotado. Como le recalaba con frecuencia a sus amigos en medio de agrias “para todos que yo invito”; y por la noche, cuando se metió la mano en el

bolsillo, en busca de qué se haría la llave, era otra persona que fabricaba tantas ilusiones y tantas imágenes, revueltas con la cerveza que llevaba adentro, que sostuvo durante varios minutos la llave entre los dedos, sin introducirla en la cerradura, que le parecía desconocida como su nuevo cargo de presidente del sindicato que, a pesar del orgullo que al interior le producía, pasó algunas semanas sin asumirlo totalmente, ante el inicial liderazgo de Pinilla y Vidal.

Pero la vida le obligó a asumirlo, y de qué manera, aquella tarde de diciembre, cuando ya sus primeros compañeros de directiva, con quien había compartido tantos sueños, habían sido despedidos. Tarde navideña de morcilla y cerveza, cuando no aguantó más y estalló frente al jefe de Talleres.

Hitler, colorado como un pizco, con los ojos desorbitados y la nariz grasosa como su barriga, que salía a pedazos con pugnacidad por entre los huecos del chaleco amarillo, se carcajeaba a dos manos sobre la tarima de madera que había hecho instalar en la mitad del solar del restaurante, para que algunos ejecutivos y sus familiares pudieran divertirse cómodamente ese sábado de aguinaldos, viendo como los obreros y sus esposas y sus hijos cavaban un gran espacio de terreno salpicado de palos de rosa abandonados, tratando de encontrar a como diera lugar los miles de pesos que en billetes de cinco mil había escondido (—Que no es conveniente, doctor. —Y a mí qué me importa. —Que el sindicato puede repudiar el acto, doctor. —Y si a mí me da la gana me meto el sindicato por donde sabemos), la noche anterior a la fiesta con la cual la Jefatura de Talleres ha querido reconocerles los servicios prestados durante este año y desearles, en nombre de la compañía y del mío propio, una feliz Navidad y un nuevo año lleno de prosperidad.

168 Mientras los primeros operarios empezaban a cavar con las manos, con las uñas y hasta con la boca repleta de papa criolla, otros improvisaban garlanchas para remover el terreno, uniendo con alambres, con pitas y hasta con sus propios cinturones, palos de escoba y pedazos de latas o piedras del potrero que se clavaban con fuerza en la tierra una y otra vez, y así continuamente a medida que pasaban los minutos.

Entre tanto, Antonio rumiaba solitario su rabia llenándose de cerveza en un rincón, mientras la búsqueda se intensificaba de manera angustiada y las gargantas olorosas empezaban a eructar morcilla y papa criolla y “ajúiiiiijueputa” y toda suerte de groserías que se lanzaban unos a otros maldiciendo las palas y las piedras, que se desmoronaban, o la tierra dura y agusanada de algunos sectores o la empujada de aquel o la recostada de este, “que no me joda”, “que yo estaba aquí primero”, “y a mí qué me importa o es que compró el terreno”, en donde algunos se iban de las palabras a las manos y de las manos a las ropas o al suelo, o restregaban en la cabeza del vecino un gusano destrozado o un terrón corpulento recién sacado.

Antonio sentía que las venas se le inflamaban por todo el cuerpo, especialmente la de la frente, que parecía se le iba a estallar del fastidio o del asco, a medida que los minutos iban cayendo y la noche comenzaba a morder el horizonte de la sabana, y gritó Hitler desde la tarima: “¡Pronto, prendan las luces, para que podamos ver mejor, carajo!”, al tiempo que alguno no pudo contener la emoción que le produjo encontrar el primer billete y como lobos se arrojaron todos encima del descubridor y ocuparon su zona, que desde aquel momento se convirtió en tierra de todos y de nadie. “Y que yo los vi primero y eso es problema suyo, hermanito, porque yo los agarré antes y esto es del que primero se avispe, compadre”, y se vino una lluvia de palos y piedras y botellas rotas que aruñaban con fuerza la tierra y la espalda de los que no querían correrse. Mientras tanto, Antonio tragaba su impotencia. “Y más morcilla y pola, carajo, que los muchachos se me están emocionando y esto se está poniendo bueno, ¿no es cierto? —gritaba, tambaleándose, Hitler sosteniendo un pedazo de morcilla en la mano derecha, con el mismo orgullo de un niño de primera comunión por su cirio, y en la mano izquierda levantada aprisionaba con fuerza una botella medio desocupada de Bavaria y chillaba con la garganta húmeda y la lengua trabada—, eso es, muchachos, sigan cavando sin parar, sin descanso, que no hay límite de tiempo ni reglas ni sanciones ni árbitros ni huevonadas de esa, todo se vale, como en la lucha libre, y hay plata, plata, mucha plata escondida debajo de esos palos de rosa. ¡Caven!, ¡caven!, que

la plata está bien enterrada para que la cosa sea más emocionante”. Tan enterrada que después de mucho tiempo Antonio percibió que solamente algunos pocos habían podido encontrar tal cual billete lleno de gusanos o de marranitos de tierra, al tiempo que otros, extenuados por la borrachera, caían con la ropa hecha jirones sobre el barro o sobre las piedras o encima del vecino, y quedaban profundos arañando las espaldas de la tierra o las del compañero de al lado, y las botellas rotas eran utilizadas por aquellos que aún quedaban en pie, para restregar hasta en los últimos espacios libres en busca de más billetes de cinco mil pesos que ya casi no se alcanzaban a ver porque la luz era muy opaca. Fue entonces cuando Hitler bajó de la escalera de la tarima con el chaleco abierto, la camisa por fuera y gritando a los cuatro vientos fuera de sí con un tono entrecortado y pedregoso: “¡Miren!... ¡miren! ¡Cómo se revuelcan, carajo, parecen marranos!, ¿no es cierto? Antonio sintió una picada en la sien y una gota grande y gorda de sudor frío, que brotó de su nuca, comenzó a recorrer como un arañazo interminable su columna vertebral. Entonces, sin pensarlo, de un salto se paró del rincón en donde había estado recostado toda la tarde aguantando su asco. Antonio, con las entrañas incendiadas, se dirigió a la portezuela del baño. Al encontrarse, cara a cara con Hitler y escuchar la ofensiva y chillona frase del jefe de Talleres, el linotipista destrozó de un golpe el envase de cerveza que portaba entre sus gruesas manos, contra la pared del inodoro... Y, convocando en su memoria treinta años de sufrimiento, humillación y desesperanza, Antonio restregó con fuerza y rabia, la botella rota de cerveza contra el cuello enrojecido de Hitler, quien estaba vociferando una y otra vez: “¡Cómo se revuelcan, carajo, parecen marranos! ¡Cómo se revuelcan, parecen ma...!”. Mientras caía de cara, como un costal de huesos, encima de un charco de sangre que se había fundido, en una de las esquinas del mingitorio, con el calor maloliente de sus propios orines, en una de las esquinas del mingitorio.

170 “El Jefe no ha sido, el Jefe no ha sido”, contestaban en forma decidida casi con rabia todos los operarios que el juez instructor iba interrogando sin que lograra arrancarles otra respuesta, no obstante ponerles de manifiesto las acciones penales que existen para

los que encubren a los encausados. Mientras el traque-traque ruidoso, traque-traque de las máquinas dobladoras, inundaba con su interminable tableteo de metralla los amplios talleres de la empresa editorial que desde aquella mañana decembrina, cuando se extendió como bola de fuego la noticia de la muerte del jefe de Talleres como consecuencia de las heridas recibidas el sábado anterior en la celebración de Navidad, respiraban un ambiente de tensión que a medida que transcurrían los minutos se prendía al pensativo y nervioso silencio de los operarios de la planta, que tan solo alzaban la vista para observar, a manera de condenados que van al cadalso, a los compañeros que poco a poco subían por la escalera que conducía a la oficina de Personal, en donde un hombre pequeño y oscuro, con aspecto de funcionario público, mirada de perro desconfiado y cabello engominado sacaba en forma vulgar, por entre unos dientes forrados en oro, la misma frase y sus variantes olorosas a piel roja:

PREGUNTADO: ¿Cuándo fue la última vez que usted vio a Antonio Madrid?

CONTESTADO: No me acuerdo.

PREGUNTADO: ¿Cree usted que Antonio Madrid es el responsable de la muerte del doctor Adolfo Somoza, quien fue herido en el cuello en la fiesta que la empresa hizo el pasado 20 de diciembre para celebrar la Navidad a los trabajadores?

CONTESTADO: “El Jefe no ha sido”.

Seguían respondiendo todos los operarios que aquella tarde de la fundación del sindicato habían elegido a Antonio Madrid como su presidente, pero que lo habían empezado a respetar y admirar como tal, semanas más tarde, cuando después de haber sido traicionado por algunos de sus compañeros que lo habían elegido, tuvo el valor de denunciar en público y con berraquera las maquinaciones de Hitler, quien desde su oficina de Talleres salió una noche a buscar, casa por casa, a varios operarios afiliados para llevarlos donde las viejas, y en medio de “¡tragos y putas para todos, que yo pago!”, gritaba enardecido que firmaran la renuncia al sindicato, y todos firmaron menos Antonio, quien desde aquella madrugada se convirtió en el hombre más odiado y perseguido por la empresa y más querido

por sus compañeros de Talleres que empezaron a llamarlo con cariño y en forma espontánea “el Jefe”. “El Jefe no ha sido, el Jefe no ha sido”, continuaban testimoniando bajo juramento, aun los no sindicalizados, que le agradecían al Jefe la lucha que había emprendido por la estabilidad laboral para todos los operarios de Talleres que recordaban, a medida que subían donde el juez instructor, cómo el Jefe, con sus cincuenta y cinco años a cuestas, la vista mermada por el cambie-cambie lingotes para el linotipo y los pulmones roídos por el saturnismo de tanto tragar plomo, no dejaba pasar la oportunidad para comunicarse con todos los compañeros de la Planta, darles ánimo, organizarlos y defenderlos de las marrullas de Hitler, quien llegó a prohibirle charlar durante su labor con los demás trabajadores de la planta, obligándolo a rendir cada día inútiles y agotadores informes de producción; y se propuso, para cansarlo, controlarle hasta la respiración, dándose a la tarea de buscarle fallas a su trabajo. Pero el Jefe no desmayaba, a pesar de tanta persecución, en su empeño de fortalecer el sindicato, que ya contaba con más de cien miembros; cuando Hitler lo acusó de robarse los plomos del linotipo, un día antes de la celebración navideña, el Jefe no aguantó más y terminó ajustándole cuentas, sin que las autoridades pudieran encontrar ningún testigo en su contra, pues, después de largas jornadas de recepción de testimonios y, luego de interrogar a buena parte del personal tuvieron que consignar en las diligencias que para los operarios de la empresa, el Jefe no había sido el homicida del doctor Adolfo Somoza.

Tan solo los había liberado del jefe de Personal.

Para siempre.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Presentación y advertencia | 9 |
| Capítulo primero | 17 |
| Después de muerto... para qué sombrero | |
| Capítulo segundo | 25 |
| Con el rostro cortado por la rabia | |
| Capítulo tercero | 37 |
| La madraza del sexo | |
| Capítulo cuarto | 47 |
| La mitad de la vergüenza | |
| Capítulo quinto | 59 |
| Un dirigente obrero tipo Wall Street | |
| Capítulo sexto | 65 |
| Una responsabilidad sietemesina | |
| Capítulo séptimo | 69 |
| Hombres sí, mas no fanáticos | |
| Capítulo octavo | 79 |
| Mata Hari | |

| | |
|--|-----|
| Capítulo noveno El minuto | 85 |
| Capítulo décimo ¡Compañeros militantes, no se hagan los...! | 93 |
| Capítulo undécimo Lo platónico... no quita lo pajuelo | 103 |
| Capítulo duodécimo <i>C'est un problème politique</i> | 123 |
| Capítulo decimotercero <i>¡Ahí están... esos son...!</i> | 143 |
| Capítulo decimocuarto Una mentira y una canallada | 149 |
| Capítulo decimoquinto La piel de la alucinación | 153 |
| Capítulo decimosexto Todo no valió nada... ...y el resto valió menos | 157 |
| Capítulo decimoséptimo La tenaz suramericana | 161 |
| Capítulo decimoctavo ¡Cómo se revuelcan, carajo! | 167 |

EDICIÓN DIGITAL
AGOSTO DE 2018



CARACAS, VENEZUELA

Luis Darío Bernal Pinilla (Bogotá, Colombia, 1949)

Abogado y escritor. Entre algunas de sus ocupaciones podemos mencionar las de asesor internacional de la Cátedra de Literatura infantil “José Martí” con sede en Caracas, Venezuela; catedrático de Literatura Infantil y Juvenil en la Universidad de San Buenaventura de Bogotá; y la de consultor de la Unesco-Cerlalc para la promoción de la lectura y la divulgación de literatura infantil y juvenil en América Latina. Es coautor del libro *Promoción de la lectura en la biblioteca y en el aula* (Unesco-Cerlalc y Ministerio de Educación Nacional de Colombia). Exmiembro del Comité Ejecutivo de la Aclij (Asociación Colombiana para el Libro Infantil y Juvenil) seccional colombiana de la IBBY (International Board on Books from Young People). Ha sido director de talleres sobre metodología, promoción de lectura, literatura infantil y juvenil, crítica literaria, conferencista y lector de cuento y poesía en: Ecuador, Venezuela, Panamá, Nicaragua, Cuba y Colombia. Entre los premios literarios otorgados: Premio Nacional de Novela Infantil con la obra *Catalino Bocachica* (1979), Premio en Concurso Internacional de Cuento Pola de Lena, España (1980). Con Alfaguara ha publicado: *Catalino Bocachica* (1990), *Fortunato* (1994) y *Kataplum plam pluff* (2002).

Este delirio es un relato autobiográfico, profundamente humano, sincero y jovial. Nos narra cosas que todo el mundo hace pero que nadie dice. Aquí, Luis Darío nos narra de manera jocosa sus memorias de infancia y juventud, del amor, las mujeres y la vida; pero, también las que son acerca de la igualdad y de la lucha social. Encontramos un retrato, no solo de la época, cuando recuerda a los personajes o las canciones de moda, sino el retrato político de un luchador social. Esta llega a ser incluso la memoria de Colombia, Latinoamérica y el mundo, en tanto que la lucha contra el sistema opresor político-militar-económico-moral es una y la misma.

